

CALDERON

DE LA MARCA

860-2
CAL



Esta obra es una reproducción digital de un ejemplar conservado en la ***Biblioteca de la Fundación Ortega y Gasset. Madrid***

Podrá ser utilizada con fines de consulta, estudio o investigación, siempre que se respete la autoría y la integridad de la obra, en los términos previstos por la legislación vigente. No se permite en ningún caso el uso comercial de la obra, ni en todo ni en parte. Cualquier otra utilización deberá ser autorizada expresamente por ***La Fundación Ortega y Gasset. Madrid***

861301-499302

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE

DIRIGIDA POR RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

TOMO XI



Se

P

32

106

CALDERON DE LA BARCA

SELECCION HECHA

POR SAMUEL GILIGAYA

Dibujos de F. Marco.

860-2
CAL

1442/4

Departamento

J. J. = G

Categoría

7

Edición

2

Numero

8373

J. ORTEGA GASSET

JOSE ORTEGA Y GASSET
BIBLIOTECA

N.º 11.337

MADRID, MCMXXIII

INSTITUTO — ESCUELA
JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS



LA VIDA ES SUEÑO

JORNADA PRIMERA

A un lado monte fragoso y al otro una torre cuya planta baja sirve de prisión a Segismundo. La puerta, que da frente al espectador, está entreabierta. La acción principia al anochecer.

ESCENA I

[ROSAURA, vestida de hombre, y CLARÍN se han extraviado en los montes de la frontera de Polonia. Descubren una torre de donde parten lamentaciones y ruido de cadenas.]

ESCENA II

SEGISMUNDO, en la torre.—DICHOS.

ROSAURA. Sepamos lo que dice.

(Abrense las hojas de la puerta, y descúbrese SEGISMUNDO con una cadena y vestido de pieles. Hay luz en la torre.)

SEGISM. ¡ Ay, mísero de mí ! ¡ Ay, infelice !

Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo :

aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.

Sólo quisiera saber
para apurar mis desvelos
(dejando a una parte, cielos,
el delito de nacer),
¿qué más os pude ofender,
para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma,
o ramillete con alas,
cuando las etéreas alas
corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma:
¿y teniendo yo más alma,
tengo menos libertad?

Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas

(gracias al docto pincel),
cuando, atrevido y cruel,
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto:
¿y yo con mejor instinto
tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas bajel de escamas
sobre las ondas se mira,
cuando a todas partes gira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frío:
¿y yo con más albedrío
tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas, sierpe de plata,
entre las flores se quiebra,
cuando músico celebra
de las flores la piedad,
que le da la majestad
del campo abierto a su huida:
¿y teniendo yo más vida
tengo menos libertad?

En llegando a esta pasión,
un volcán, un Etna hecho,

quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón:
¿qué ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan süave,
excepción tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?

ROSAURA. Temor y piedad en mí
sus razones han causado.

SEGISM. ¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?

CLARÍN. *(Ap. a su amo.)* Di que sí.

ROSAURA. No es sino un triste (¡ay de mí!)
que en estas bóvedas frías
oyó tus melancolías.

SEGISM. Pues muerte aquí te daré,
porque no sepas que sé *(Asela.)*
que sabes flaquezas mías.

Sólo porque me has oído,
entre mis membrudos brazos
te tengo de hacer pedazos.

CLARÍN. Yo soy sordo, y no he podido
escucharte.

ROSAURA. Si has nacido
humano, baste el postrarme
a tus pies para librarme.

SEGISM. Tu voz pudo enternecerme,
tu presencia suspenderme

y tu respeto turbarme.

¿Quién eres? Que aunque yo aquí
tan poco del mundo sé,

que cuna y sepulcro fué

esta torre para mí:

y aunque desde que nací

(si esto es nacer) sólo advierto

este rústico desierto,

donde miserable vivo,

(siendo un esqueleto vivo,

siendo un animado muerto:

y aunque nunca vi ni hablé,

sino a un hombre solamente

que aquí mis desdichas siente,

por quien las noticias sé

de cielo y tierra, y aunque

aquí, porque más te asombres

y monstruo humano me nombres,

entre asombros y quimeras,

soy un hombre de las fieras,

y una fiera de los hombres:

y aunque en desdichas tan graves

la política he estudiado,

de los brutos enseñado,

advertido de las aves,

y de los astros süaves

los círculos he medido;

tú solo, tú has suspendido

la pasión a mis enojos,

la suspensión a mis ojos,
la admiración a mi oído.

Con cada vez que te veo
nueva admiración me das,
y cuando te miro más
aún más mirarte deseo.
Ojos hidrónicos creo
que mis ojos deben ser,
pues cuando es muerte el beber,
beben más, y desta suerte,
viendo que el ver me da muerte,
estoy muriendo por ver.

Pero véate yo y muera ;
que no sé, rendido ya,
si el verte muerte me da,
el no verte qué me diera.
Fuera, más que muerte fiera,
ira, rabia y dolor fuerte ;
fuera muerte : desta suerte
su rigor he ponderado,
pues dar vida a un desdichado
es dar a un dichoso muerte.

ROSAURA. Con asombro de mirarte,
con admiración de oírte,
ni sé qué pueda decirte,
ni qué pueda preguntarte :
sólo diré que a esta parte
hoy el cielo me ha guiado
para haberme consolado,

si consuelo puede ser
del que es desdichado, ver
otro que es más desdichado.

Cuentan de un sabio, que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas hierbas que cogía.
¿Habrà otro (entre sí decía)
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.

Quejoso de la fortuna
yo en este mundo vivía,
y cuando entre mí decía:
¿habrá otra persona alguna
de suerte más importuna?,
piadoso me has respondido;
pues volviendo en mi sentido,
hallo que las penas mías,
para hacerlas tú alegrías
las hubieras recogido.

Y por si acaso mis penas
pueden en algo aliviarte,
óyelas atento, y toma
las que dellas me sobraren.
Yo soy...

ESCENA III

CLOTALDO, SOLDADOS.—SEGISMUNDO.

ROSAURA, CLARÍN.

CLOTALDO. (*Dentro.*) Guardas desta torre,
que, dormidas o cobardes,
disteis paso a dos personas
que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA. Nueva confusión padezco.

SEGISM. Este es Clotaldo, mi alcaide.
¿Aún no acaban mis desdichas?

CLOTALDO. (*Dentro.*) Acudid, y vigilantes,
sin que puedan defenderse,
o prendedles, o matadles.

[*Entran SOLDADOS con los rostros cubiertos y prenden a ROSAURA y a CLARÍN.*]

ESCENA IV

.....
ROSAURA. Mi espada es ésta, que a ti
solamente ha de entregarse,
porque al fin, de todos eres
el principal, y no sabe
rendirse a menos valor.

(*Da la espada a CLOTALDO.*)

CLARÍN. La mía es tal, que puede darse
al más ruin: tomadla vos. (*A un soldado.*)

ROSAURA. Y si he de morir, dejarte

quiero, en fe desta piedad,
prenda que pudo estimarse
por el dueño que algún día
se la ciñó: que la guardes
te encargo, porque aunque yo
no sé qué secreto alcance,
sé que esta dorada espada
encierra misterios grandes,
pues sólo fiado en ella
vengo a Polonia a vengarme
de un agravio.

CLOTALDO. (*Aparte.*) ¡Santos cielos!
¿Qué es esto? Ya son más graves
mis penas y confusiones,
mis ansias y mis pesares.
¿Quién te la dió?

ROSAURA. Una mujer.

CLOTALDO. ¿Cómo se llama?

ROSAURA. Que calle
su nombre es fuerza.

CLOTALDO. ¿De qué
infiere ahora, o sabes,
que hay secreto en esta espada?

ROSAURA. Quien me la dió, dijo: "Parte
a Polonia, y solicita
con ingenio, estudio o arte,
que te vean esa espada
los nobles y principales,
que yo sé que alguno dellos,

te favorezca y ampare” ;
que por si acaso era muerto,
no quiso entonces nombrarle.

CLOTALDO. (*Ap.*) ¡ Válgame el cielo, qué escucho !

Aun no sé determinarme
si tales sucesos son
ilusiones o verdades.
Esta es la espada que yo
dejé a la hermosa Violante
por señas que el que ceñida
la trajera, había de hallarme
amoroso como hijo,
y piadoso como padre.

Pues ¿ qué he de hacer (¡ ay de mí !)
en confusión semejante,
si quien la trae por favor,
para su muerte la trae,
pues que sentenciado a muerte
llega a mis pies ? ¡ Qué notable
confusión ! ¡ Qué triste hado !
¡ Qué suerte tan inconstante !
Este es mi hijo, y las señas,
dicen bien con las señales
del corazón, que por verlo
llama al pecho, y en él bate
las alas, y no pudiendo
romper los candados, hace
lo que aquel que está encerrado,
y oyendo ruido en la calle

se asoma por la ventana :
él así, como no sabe
lo que pasa, y oye el ruido,
va a los ojos a asomarse,
que son ventanas del pecho
por donde en lágrimas sale.
¿Qué he de hacer? (¡ Valedme, cielos !)
¿Qué he de hacer? Porque llevarle
al Rey, es llevarle (¡ ay triste !)
a morir. Pues ocultarle
al Rey no puedo, conforme
a la ley del homenaje.
De una parte el amor propio,
y la lealtad de otra parte
me rinden. Pero ¿qué dudo?
La lealtad del Rey ¿no es antes
que la vida y que el honor?
Pues ella viva y él falte.
Fuera de que si ahora atiendo
a que dijo que a vengarse
viene de un agravio, hombre
que está agraviado, es infame.—
No es mi hijo, no es mi hijo,
ni tiene mi noble sangre.
Pero si ya ha sucedido
un peligro, de quien nadie
se libró, porque el honor
es de materia tan frágil
que con una acción se quiebra

o se mancha con un aire,
¿qué más puede hacer, qué más,
el que es noble, de su parte,
que a costa de tantos riesgos
haber venido a buscarle?

Mi hijo es, mi sangre tiene,
pues tiene valor tan grande;
y así, entre una y otra duda,
el medio más importante
es irme al Rey, y decirle
que es mi hijo, y que le mate.
Quizá la misma piedad
de mi honor podrá obligarle;
y si le merezco vivo,
yo le ayudaré a vengarse
de su agravio; mas si el Rey,
en sus rigores constante,
le da muerte, morirá
sin saber que soy su padre.—

Venid conmigo, extranjeros,

(A ROSAURA y CLARÍN.)

no temáis, no, de que os falte
compañía en las desdichas,
pues en duda semejante
de vivir o de morir,
no sé cuáles son más grandes.

(Vanse.)

Salón del Palacio Real en la corte.

ESCENA V

[ASTOLFO, gran duque de Moscovia, y su prima ESTRELLA, ignorando la existencia de SEGISMUNDO, deciden caxarse para reunir los derechos que ambos tienen a la corona de Polonia cuando muera el rey BASILIO.]

ESCENA VI

El rey BASILIO, acompañamiento.—ASTOLFO, ESTRELLA, damas, soldados.

ESTRELLA. Sabio Tales...

ASTOLFO. Docto Euclides...

ESTRELLA. Que entre signos...

ASTOLFO. Que entre estrellas...

ESTRELLA. Hoy gobiernas...

ASTOLFO. Hoy resides...

ESTRELLA. Y sus caminos...

ASTOLFO. Sus huellas...

ESTRELLA. Describes...

ASTOLFO. Tasas y mides...

ESTRELLA. Deja que en humildes lazos...

ASTOLFO. Deja que en tiernos abrazos...

ESTRELLA. Hiedra dese tronco sea.

ASTOLFO. Rendido a tus pies me vea.

BASILIO. Sobrinos, dadme los brazos,
y creed, pues que leales,
a mi precepto amoroso
venís con afectos tales,
que a nadie deje quejoso

y los dos quedéis iguales:
y así, cuando me confieso
rendido al prolijo peso,
sólo os pido en la ocasión
silencio, que admiración
ha de pedirla el suceso.
Ya sabéis (estadme atentos,
amados sobrinos míos,
corte ilustre de Polonia,
vasallos, deudos y amigos),
ya sabéis que yo en el mundo
por mi ciencia he merecido
el sobrenombre de docto,
pues, contra el tiempo y olvido,
los pinceles de Timantes,
los mármoles de Lisipo,
en el ámbito del orbe
me aclaman el gran Basilio.
Ya sabéis que son las ciencias
que más curso y más estimo,
Matemáticas sutiles,
por quien al tiempo le quito,
por quien a la fama rompo
la jurisdicción y oficio
de enseñar más cada día;
pues cuando en mis tablas miro
presentes las novedades
de los venideros siglos,
le gano al tiempo las gracias

de contar lo que yo he dicho.
Esos círculos de nieve,
esos doseles de vidrio
que el sol ilumina a rayos,
que parte la luna a giros;
esos orbes de diamantes,
esos globos cristalinos
que las estrellas adornan
y que campean los signos,
son el estudio mayor
de mis años, son los libros
donde en papel de diamante,
en cuadernos de zafiro,
escribe con líneas de oro,
en caracteres distintos,
el cielo nuestros sucesos,
ya adversos o ya benignos.
Estos leo tan veloz,
que con mi espíritu sigo
sus rápidos movimientos
por rumbos y por caminos.
¡Pluguiera al cielo, primero
que mi ingenio hubiera sido
de sus márgenes comento,
y de sus hojas registro,
hubiera sido mi vida
el primero desperdicio
de sus iras, y que en ellas
mi tragedia hubiera sido,

porque de los infelices
aun el mérito es cuchillo,
que a quien le daña el saber,
homicida es de sí mismo!
Dígalo yo, aunque mejor
lo dirán sucesos míos,
para cuya admiración
otra vez silencio os pido.
En Clorilene, mi esposa,
tuve un infelice hijo,

.....
Nació en horóscopo tal;
que el sol, en su sangre tinto,
entraba sañudamente
con la luna en desafío:
y siendo valla la tierra,
los dos faroles divinos
a luz entera luchaban,
ya que no a brazo partido.
El mayor, el más horrendo
eclipse que ha padecido
el sol, después que con sangre
lloró la muerte de Cristo,
éste fué, porque anegado
el orbe en incendios vivos,
presumió que padecía
el último parasismo:
los cielos se oscurecieron,
temblaron los edificios,

llovieron piedras las nubes,
corrieron sangre los ríos.
En aqueste, pues, del sol
ya frenesí, o ya delirio,
nació Segismundo, dando
de su condición indicios.

.....
Yo, acudiendo a mis estudios,
en ellos y en todo miro
que Segismundo sería
el hombre más atrevido,
el príncipe más cruel
y el monarca más impío.
por quien su reino vendría
a ser parcial y díscolo,
escuela de las traiciones
y academia de los vicios;
y él, de su furor llevado,
entre asombros y delitos,
había de poner en mí
las plantas, y yo rendido
a sus pies me había de ver
(¡con qué vergüenza lo digo!)
siendo alfombra de sus plantas
las canas del rostro mío.

.....
Pues dando crédito yo
a los hados, que divinos
me pronosticaban daños

en fatales vaticinios,
determiné de encerrar
la fiera que había nacido,
por ver si el sabio tenía
en las estrellas dominio.
Publicóse que el infante
nació muerto, y prevenido
hice labrar una torre
entre las peñas y riscos
de esos montes, donde apenas
la luz ha hallado camino,
por defenderle la entrada
sus rústicos obeliscos.
Las graves penas y leyes,
que con públicos edictos
declararon que ninguno
entrase a un vedado sitio
del monte, se ocasionaron
de las causas que os he dicho.
Allí Segismundo vive
miserio, pobre y cautivo,
adonde sólo Clotaldo
le ha hablado, tratado y visto.
Este le ha enseñado ciencias;
éste en la ley le ha instruído
católica, siendo sólo
de sus miserias testigo.
Aquí hay tres cosas: la una
que yo, Polonia, os estimo

tanto, que os quiero librar
de la opresión y servicio
de un rey tirano, porque
no fuera señor benigno
el que a su patria y su imperio
pusiera en tanto peligro.
La otra es considerar
que si a mi sangre le quito
el derecho que le dieron
humano fuero y divino,
no es cristiana caridad;
pues ninguna ley ha dicho
que por reservar yo a otro
de tirano y atrevido,
pueda yo serlo, supuesto
que si es tirano mi hijo,
porque él delitos no haga,
vengo yo a hacer los delitos.
Es la última y tercera
el ver cuánto yerro ha sido
dar crédito fácilmente
a los sucesos previstos;
pues aunque su inclinación
le dicte sus precipicios,
quizá no le vencerán,
porque el hado más esquivo,
la inclinación más violenta,
el planeta más impío,
sólo el albedrío inclinan,

no fuerzan el albedrío.
Y así, entre una y otra causa,
vacilante y discursivo,
previne un remedio tal,
que os suspenda los sentidos.
Yo he de ponerle mañana,
sin que sepa que es mi hijo
y Rey vuestro, a Segismundo
(que aqueste su nombre ha sido)
en mi dosel, en mi silla,
y en fin, en el lugar mío,
donde os gobierne y os mande,
y donde todos rendidos
la obediencia le juréis;
pues con aquesto consigo
tres cosas, con que respondo
a las otras tres que he dicho.
Es la primera, que siendo
prudente, cuerdo y benigno,
desmintiendo en todo al hado
que dél tantas cosas dijo,
gozaréis el natural
príncipe vuestro, que ha sido
cortesano de unos montes
y de sus fieras vecino.
Es la segunda, que si él
soberbio, osado, atrevido
y cruel, con rienda suelta
corre el campo de sus vicios,

habré yo piadoso entonces
con mi obligación cumplido ;
y luego en desposeerle
haré como Rey invicto,
siendo el volverle a la cárcel
no crueldad, sino castigo.
Es la tercera, que siendo
el príncipe como os digo,
por lo que os amo, vasallos,
os daré reyes más dignos
de la corona y el cetro ;
pues serán mis dos sobrinos,
que junto en uno el derecho
de los dos, y convenidos
con la fe del matrimonio,
tendrán lo que han merecido.
Esto como rey os mando,
esto como padre os pido,
esto como sabio os ruego,
esto como anciano os digo ;
y si el Séneca español,
que era humilde esclavo, dijo,
de su república un rey,
como esclavo os lo suplico.

ASTOLFO. Si a mí el responder me toca,
como el que en efecto ha sido
aquí el más interesado,
en nombre de todos digo
que Segismundo parezca,

pues le basta ser tu hijo.
TODOS. Danos al príncipe nuestro,
que ya por rey le pedimos.

.....

ESCENA VII

CLOTALDO, ROSAURA, CLARÍN.—BASILIO.

CLOTALDO. ¿Podréte hablar? (Al REY).

BASILIO. ¡Oh Clotaldo!

Tú seas muy bien venido.

CLOTALDO. Aunque viniendo a tus plantas
era fuerza haberlo sido,
esta vez rompe, señor,
el hado triste y esquivo
el privilegio a la ley
y a la costumbre el estilo.

BASILIO. ¿Qué tienes?

CLOTALDO. Una desdicha,
señor, que me ha sucedido,
cuando pudiera tenerla
por el mayor regocijo.

BASILIO. Prosigue.

CLOTALDO. Este bello joven,
osado o inadvertido,
entró en la torre, señor,
adonde al príncipe ha visto,
y es...

BASILIO. No os aflijáis, Clotaldo:

si otro día hubiera sido,
confieso que lo sintiera ;
pero ya el secreto he dicho,
y no importa que él lo sepa,
supuesto que yo lo digo.
Vedme después, porque tengo
muchas cosas que advertiros
y muchas que hagáis por mí ;
que habéis de ser, os aviso,
instrumento del mayor
suceso que el mundo ha visto :
y a esos presos, porque al fin
no presumáis que castigo
descuidos vuestros, perdono. (Vase.)

CLOTALDO. ¡ Vivas, gran señor, mil siglos !

ESCENA VIII

[ROSAURA, al quedar en libertad, revela a CLOTALDO que es mujer y que ha venido a la corte de Polonia para vengarse de ASTOLFO, que la abandonó después de haberle hecho falsas promesas de amor.]





JORNADA SEGUNDA

ESCENA I

BASILIO, CLOTALDO.

CLOTALDO. Todo, como lo mandaste,
queda efectuado.

BASILIO. Cuenta,
Clotaldo, cómo pasó.

CLOTALDO. Fué, señor, desta manera.
Con la apacible bebida,

.....
que el opio, la adormidera
y el beleño compusieron,
bajé a la cárcel estrecha
de Segismundo; con él
hablé un rato de las letras
humanas, que le ha enseñado
la muda naturaleza;
de los montes y los ciclos
en cuya divina escuela
la retórica aprendió
de las aves y las fieras.
Para levantarle más
el espíritu a la empresa
que solícitas, tomé
por asunto la presteza

de un águila caudalosa,
que despreciando la esfera
del viento, pasaba a ser
en las regiones supremas
del fuego rayo de pluma,
o desasido cometa.

Encarecí el vuelo altivo,
diciendo: "Al fin eres reina
de las aves, y así, a todas
es jústo que las prefieras."

El no hubo menester más;
que en tocando esta materia
de la majestad, discurre
con ambición y soberbia;
porque en efecto la sangre
le incita, mueve y alienta
a cosas grandes, y dijo:

"¡Que en la república inquieta
de las aves también haya
quien les jure la obediencia!

En llegando a este discurso
mis desdichas me consuelan;
pues, por lo menos, si estoy
sujeto, lo estoy por fuerza;
porque voluntariamente
a otro hombre no me rindiera."

Viéndole ya enfurecido
con esto, que ha sido el tema
de su dolor, le brindé

con la pócima, y apenas
pasó desde el vaso al pecho
el licor, cuando las fuerzas
rindió al suelo, discurriendo
por los miembros y las venas
un sudor frío, de modo
que a no saber yo que era
muerte fingida, dudara
de su vida. En esto llegan
las gentes de quien tú fías
el valor desta experiencia,
y poniéndole en un coche,
hasta tu cuarto le llevan,
donde prevenida estaba
la majestad y grandeza
que es digna de su persona.
Allí en tu cama le acuestan,
donde al tiempo que el letargo
haya perdido la fuerza,
como a ti mismo, señor,
le sirvan, que así lo ordenas.

.....

BASILIO. Pues aunque ahora se vea
obedecido, y después
a sus prisiones se vuelva,
podrá entender que soñó,
y hará bien cuando lo entienda
porque en el mundo, Clotaldo,
todos los que viven sueñan.



¿Yo cercado de criados
tan lucidos y briosos?

ESCENA II

[ROSAURA, dejando el traje de hombre y titulándose sobrina de CLOTALDO, se queda en Palacio como dama de ESTRELLA.]

ESCENA III

MÚSICOS, cantando, y CRIADOS dando de vestir a SEGISMUNDO, que sale como asombrado.—CLOTALDO, CLARÍN.

SEGISM. ¡Válgame el cielo qué veo!
 ¡Válgame el cielo, qué miro!
 Con poco espanto lo admiro,
 con mucha duda lo creo.
 ¿Yo en palacios suntuosos?
 ¿Yo entre telas y brocados?
 ¿Yo cercado de criados
 tan lucidos y briosos?
 ¿Yo despertar de dormir
 en lecho tan excelente?
 ¿Yo en medio de tanta gente
 que me sirva de vestir?
 Decir que sueño es engaño:
 bien sé que despierto estoy.
 ¿Yo Segismundo no soy?
 Dadme, cielos, desengaño.
 Decidme, ¿qué pudo ser
 esto que a mi fantasía

sucedió mientras dormía,
que aquí me he llegado a ver?

Pero sea lo que fuere,
¿quién me mete en discurrir?
dejarme quiero servir,
y venga lo que viniere.

CRIADO 1.º (*Ap. al CRIADO 2.º y a CLARÍN.*)

¡Qué melancólico está!

CRIADO 2.º ¿Pues a quién le sucediera
esto, que no lo estuviera?

CLARÍN. A mí.

CRIADO 2.º Llega a hablarle ya.

CRIADO 1.º (*A SEGISMUNDO.*) ¿Volverán a cantar?

SEGISM. No,

no quiero que canten más.

CRIADO 2.º Como tan suspenso estás,
quise divertirte.

SEGISM. Yo

no tengo de divertir
con sus voces mis pesares;
las músicas militares
sólo he gustado de oír.

CLOTALDO. Vuestra Alteza, gran señor,
me dé su mano a besar,
que el primero os ha de dar
esta obediencia mi honor.

SEGISM. (*Ap.*) Clotaldo es, ¿pues cómo así
quien en prisión me maltrata,
con tal respeto me trata?

¿Qué es lo que pasa por mí?

CLOTALDO.

Con la grande confusión
 que el nuevo estado te da,
 mil dudas padecerá
 el discurso y la razón ;
 pero ya librarte quiero
 de todas (si puede ser),
 porque has, señor, de saber
 que eres príncipe heredero
 de Polonia. Si has estado
 retirado y escondido,
 por obedecer ha sido
 a la inclemencia del hado,
 que mil tragedias consiente
 a este imperio, cuando en él
 el soberano laurel
 corone tu augusta frente.

Mas fiando a tu atención
 que vencerás las estrellas,
 porque es posible vencellas
 un magnánimo varón,

a palacio te han traído
 de la torre en que vivías,
 mientras al sueño tenias
 el espíritu rendido.

Tu padre, el Rey mi señor,
 vendrá a verte, y dél sabrás,
 Segismundo, lo demás.

SEGISM. Pues vil, infame, traidor.

CRIADO 2.º Que a su Rey obedeció.

SEGISM. En lo que no es justa ley
no ha de obedecer al Rey,
y su príncipe era yo.

CRIADO 2.º El no debió examinar
si era bien hecho o mal hecho.

SEGISM. Qué estáis mal con vos sospecho,
pues me dais que replicar.

.....

ESCENA IV

ASTOLFO.—SEGISMUNDO, CLARÍN, CRIADOS, MÚSICOS.

ASTOLFO. ¡Feliz mil veces el día,
oh Príncipe, que os mostráis,
sol de Polonia, y llenáis
de resplandor y alegría
todos esos horizontes
con tan divino arrebol;
pues que salís como el sol
de los senos de los montes!

Salid, pues, y aunque tan tarde
se corona vuestra frente
del laurel resplandeciente,
tarde muera.

SEGISM. Dios os guarde.

ASTOLFO. El no haberme conocido
sólo por disculpa os doy
de no honrarme más. Yo soy

Astolfo, duque he nacido
de Moscovia, y primo vuestro:
haya igualdad en los dos.

SEGISM. Si digo que os guarde Dios,
¿bastante agrado no os nuestro?

Pero ya que haciendo alarde
de quien sois, desto os quejáis,
otra vez que me veáis
le diré a Dios que no os guarde.

CRIADO 2.º (*A ASTOLFO.*) Vuestra Alteza considere
que como en montes nacido
con todos ha procedido...

(*A SEGISMUNDO.*) Astolfo, señor, prefiere...

SEGISM. Cansóme como llegó
grave a hablarme, y lo primero
que hizo, se puso el sombrero.

CRIADO 2.º Es grande.

SEGISM. Mayor soy yo.

CRIADO 2.º Con todo eso, entre los dos
que haya más respeto es bien
que entre los demás.

SEGISM. ¿Y quién
os mete conmigo a vos?

ESCENA V

ESTRELLA.—DICHOS.

ESTRELLA. Vuestra Alteza, señor, sea
muchas veces bien venido

al dosel que agradecido
le recibe y le desea,
adonde, a pesar de engaños,
viva augusto y eminente,
donde su vida se cuente
por siglos, y no por años.

SEGISM. (A CLARÍN.) Dime tú ahora ¿quién es
esta beldad soberana?

¿Quién es esta diosa humana,
a cuyos divinos pies
postra el cielo su arrebol?

¿Quién es esta mujer bella?

CLARÍN. Es, señor, tu prima Estrella.

SEGISM. Mejor dijeras el sol.

Aunque el parabién es bien (A ESTR.)
darme del bien que conquisto,
de sólo haberos hoy visto
os admito el parabién;

y así, de llegarme a ver
con el bien que no merezco,
el parabién agradezco,
Estrella, que amanecer

podéis, y dar alegría
al más luciente farol.

¿Qué dejáis que hacer al sol,
si os levantáis con el día?

Dadme a besar vuestra mano,
en cuya copa de nieve
el aura candores bebe.

ESTRELLA. Sed más galán cortesano.

ASTOLFO. (*Ap.*) Soy perdido.

CRIADO 2.º (*Ap.*) El pesar sé
de Astolfo, y le estorbaré.
Advierte, señor, que no
es justo atreverse así,
y estando Astolfo...

SEGISM. ¿No digo
que vos no os metáis conmigo?

CRIADO 2.º Digo lo que es justo.

SEGISM. A mí
todo eso me causa enfado.
Nada me parece justo
en siendo contra mi gusto.

CRIADO 2.º Pues yo, señor, he escuchado
de ti que en lo justo es bien
obedecer y servir.

SEGISM. También oíste decir
que por un balcón, a quien
me canse, sabré arrojar.

CRIADO 2.º Con los hombres como yo
no puede hacerse eso.

SEGISM. ¿No?
¡Por Dios! que lo he de probar.

*(Cógele en los brazos y éntrase, y todos tras él, vol-
viendo a salir inmediatamente.)*

ASTOLFO. ¿Qué es esto que llego a ver?

ESTRELLA. Idle todos a estorbar. (*Vase.*)

SEGISM. (*Volviendo.*) Cayó del balcón al mar:
¡vive Dios! que pudo ser.

~~ASTOLFO.~~ Pues medid con más espacio
vuestras acciones severas,
que lo que hay de hombres a fieras,
hay desde un monte a palacio.

SEGISM. Pues en dando tan severo
en hablar con entereza,
quizá no hallaréis cabeza
en que se os tenga el sombrero.

(*Vase ASTOLFO.*)

ESCENA IV

BASILIO, SEGISMUNDO, CLARÍN, CRIADOS.

BASILIO. ¿Qué ha sido esto?

SEGISM. Nada ha sido.

A un hombre que me ha cansado
deste balcón he arrojado.

CLARÍN. (*A SEGISM.*) Que es el Rey está advertido.

BASILIO. ¿Tan presto una vida cuesta
tu venida al primer día?

SEGISM. Díjome que no podía
hacerse, y gané la apuesta.

BASILIO. ↑ Pésame mucho que cuando,
Príncipe, a verte he venido,
pensando hallarte advertido,
de hados y estrellas triunfando,
con tanto rigor te vea,

y que la primera acción
que has hecho en esta ocasión,
un grave homicidio sea.

.....

Yo así, que en tus brazos miro
desta muerte el instrumento,
y miro el lugar sangriento,
de tus brazos me retiro;

y aunque en amorosos lazos
ceñir tu cuello pensé,
sin ellos me volveré,
que tengo miedo a tus brazos.

SEGISM. Sin ellos me podré estar
como me he estado hasta aquí;
que un padre que contra mí
tanto rigor sabe usar,

que su condición ingrata
de su lado me desvía,
como a una fiera me cría,
y como a un monstruo me trata
y mi muerte solicita,
de poca importancia fué
que los brazos no me dé,
cuando el ser de hombre me quita.

BASILIO. Al cielo y a Dios pluguiera
que a dártelo no llegara;
pues ni tu voz escuchara,
ni tu atrevimiento viera.

.....

¡ Bien me agradeces el verte,
de un humilde y pobre preso,
príncipe ya!

SEGISM.

Pues en eso
¿ qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
si viejo y caduco estás,
muriéndote ¿ qué me das?
¿ Dásme más de lo que es mío?
Mi padre eres y mi rey ;
luego toda esta grandeza
me da la naturaleza
por derecho de su ley.

BASILIO.

Bárbaro eres y atrevido:
cumplió su palabra el cielo ;
y así, para el mismo apelo,
soberbio y desvanecido.

Y aunque sepas ya quién eres,
y desengañado estés,
y aunque en un lugar te ves
donde a todos te prefieres,
mira bien lo que te advierto,
que seas humilde y blando,
porque quizá estás soñando,
aunque ves que estás despierto. (*Vase.*)

SEGISM.

¿ Qué quizá soñando estoy,
aunque despierto me veo?
No sueño, pues toco y creo

lo que he sido y lo que soy.

Y aunque ahora te arrepientas
poco remedio tendrás;
sé quien soy, y no podrás,
aunque suspires y sientas,
quitarme el haber nacido
desta corona heredero;
y si me viste primero
a las prisiones rendido,
fué porque ignoré quién era;
pero ya informado estoy
de quien soy, y sé que soy
un compuesto de hombre y fiera.

ESCENA VII

ROSAURA, *en traje de mujer*.—SEGISMUNDO,
CLARÍN, CRIADOS.

- ROSAURA. (*Ap.*) Siguiendo a Estrella vengo,
y gran temor de hallar a Astolfo tengo;
que Clotaldo desca
que no sepa quién soy, y no me vea,
porque dice que importa al honor mío:
y de Clotaldo fio
su efecto, pues le debo agradecida
aquí el amparo de mi honor y vida. [*dado*
CLARÍN. ((*A SEGISM.*) ¿Qué es lo que te ha agra-
más de cuanto aquí has visto y admirado?
SEGISM. Nada me ha suspendido;

que todo lo tenía prevenido;
 mas si admirarme hubiera
 algo en el mundo, la hermosura fuera
 de la mujer. Leía
 una vez yo en los libros que tenía,
 que lo que a Dios mayor estudio debe,
 era el hombre, por ser un mundo breve;
 mas ya que lo es recelo
 la mujer, pues ha sido un breve ciclo;
 y más beldad encierra
 que el hombre, cuanto va de cielo a tierra;
 y más si es la que miro.

ROSAURA. (Ap.) El Príncipe está aquí; yo me retiro.

SEGISM. Oye, mujer, detente;
 no juntes el ocaso y el oriente,
 huyendo al primer paso:
 que juntos el oriente y el ocaso,
 la luz y sombra fría,
 serás sin duda síncopa del día;
 pero ¿qué es lo que veo?

ROSAURA. Lo mismo que estoy viendo dudo y creo.

SEGISM. (Ap.) Yo he visto esta belleza
 otra vez.

ROSAURA. (Ap.) Yo esta pompa, esta grandeza
 he visto reducida
 a una estrecha prisión.

SEGISM. (Ap.) Ya hallé mi vida.
 Mujer, que aqueste nombre
 es el mejor requiebro para el hombre,

¿quién eres?, que sin verte
adoración me debes, y de suerte
por la fe te conquisto,
que me persuado a que otra vez te he visto?
¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA. Disimular me importa.—Soy de Estrella
una infelice dama.

SEGISM. No digas tal; di el sol, a cuya llama
aquella estrella vive,
pues de tus rayos resplandor recibe.
Yo vi en reino de olores
que presidía entre escuadrón de flores
la deidad de la rosa,
y era su emperatriz por más hermosa;
yo vi entre piedras finas
de la docta academia de sus minas
preferir el diamante,
y ser su emperador por más brillante;
yo en esas cortes bellas
de la inquieta república de estrellas,
vi en el lugar primero
por rey de las estrellas al lucero.
Yo en esferas perfetas,
llamando el sol a cortes los planetas,
le vi que presidía,
como mayor oráculo del día.
Pues ¿cómo si entre flores, entre estrellas,
piedras, signos, planetas, las más bellas
prefieren, tú has servido

la de menos beldad, habiendo sido
por más bella y hermosa,
sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

ESCENAS VIII y IX.

[SEGISMUNDO quiere impedir que ROSAURA se retire. CLOTALDO sale a defenderla. SEGISMUNDO, enfurecido, saca la daga para dar muerte a CLOTALDO, al tiempo que ASTOLFO se interpone, desenvaina la espada y lucha con su príncipe.]

ESCENA X.

BASILIO, ESTRELLA y acompañamiento.—SEGISMUNDO, ASTOLFO, CLOTALDO.

BASILIO. ¿Pues aquí espadas?

ESTRELLA. (*Ap.*) ¡Astolfo es, ay de mí, penas airadas!

BASILIO. ¿Pues qué es lo que ha pasado?

ASTOLFO. Nada, señor, habiendo tú llegado.

(*Envainan.*)

SEGISM. Mucho, señor, aunque hayas tú venido:
yo a ese viejo matar he pretendido.

BASILIO. ¿Respeto no tenías
a estas canas?

CLOTALDO. Señor, ved que son mías:
que no importa veréis.

SEGISM. Acciones vanas,
querer que tenga yo respeto a canas;
pues aún esas podría (*Al Rey.*)
ser que viese a mis plantas algún día,

porque aún no estoy vengado
del modo injusto con que me has criado.
(*Vasc.*)

BASILIO. Pues antes que lo veas,
volverás a dormir adonde creas
que cuanto te ha pasado,
como fué bien del mundo, fué soñado.
(*Vanse el REY, CLOTALDO y el acompañamiento.*)

ESCENAS IX a XVI

[*ROSAURA conoce los amores de ASTOLFO y ESTRELLA. En virtud de varios lances, ESTRELLA se entera de la falsedad de las palabras de ASTOLFO; le desprecia y manda que jamás vuelva a verla ni hablarla.*]

ESCENAS XVII y XVIII

Prisión del Príncipe en la torre.

SEGISMUNDO, como al principio, con pieles y cadena,
echado en el suelo; CLOTALDO; BASILIO al paño.

.....
SEGISM. (*Entre sueños.*) Salga a la anchurosa
del gran teatro del mundo [plaza
este valor sin segundo:
porque mi venganza cuadre,
vean triunfar de su padre
al príncipe Segismundo. (*Despierta.*)
Mas ¡ay de mí! ¿dónde estoy?
.....

¿Soy yo por ventura? ¿Soy
el que preso y aherrojado
llego a verme en tal estado?
¿No sois mi sepulcro vos,
torre? Sí. ¡Válgame Dios,
qué de cosas he soñado!

CLOTALDO. (*Ap.*) A mí me toca llegar
a hacer la deshecha ahora.—

¿Es ya de despertar hora?

SEGISM. Sí, hora es ya de despertar.

CLOTALDO. ¿Todo el día te has de estar
durmiendo? ¿Desde que yo
al águila que voló
con tardo vuelo seguí,
y te quedaste tú aquí,
nunca has despertado?

SEGISM.

No,

ni aun agora he despertado;
que según, Clotaldo, entiendo,
todavía estoy durmiendo:
y no estoy muy engañado;
porque si ha sido soñado
lo que vi palpable y cierto,
lo que veo será incierto;
y no es mucho que rendido,
pues veo estando dormido,
que sueñe estando despierto.

CLOTALDO. Lo que soñaste me dí.

SEGISM. Supuesto que sueño fué,

no diré lo que soñé,
lo que vi, Clotaldo, sí.
Yo desperté, yo me vi
(¡qué crueldad tan lisonjera!)
en un lecho que pudiera
con matices y colores
ser el catre de las flores
que tejió la primavera.

Aquí mil nobles rendidos
a mis pies nombre me dieron
de su príncipe, y sirvieron
galas, joyas y vestidos.
La calma de mis sentidos
tú trocaste en alegría,
diciendo la dicha mía,
que, aunque estoy desta manera,
príncipe en Polonia era.

CLOTALDO. Buenas albricias tendría.

SEGISM. No muy buenas: por traidor,
con pecho atrevido y fuerte
dos veces te daba muerte.

CLOTALDO. ¿Para mí tanto rigor?

SEGISM. De todos era señor,
y de todos me vengaba;
sólo a una mujer amaba...
Que fué verdad, creo yo,
en que todo se acabó,
y esto solo no se acaba. (*Vase el REY.*)

CLOTALDO. (*Ap.*) Enternecido se ha ido

el Rey de haberle escuchado.—
Como habíamos hablado
de aquella águila, dormido,
tu sueño imperios han sido;
mas en sueños fuera bien
honrar entonces a quien
te crió en tantos empeños,
Segismundo, que aun en sueños
no se pierde el hacer bien. (Vase.)

ESCENA XIX

SEGISMUNDO.

Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos:
y sí haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.

Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe;
y en cenizas le convierte

la muerte (¡desdicha fuerte!):
¿que hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?

Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.





JORNADA TERCERA

ESCENAS I a III

[*Los soldados se han enterado de que vive su príncipe legítimo. Van a la torre en que se halla prisionero, dispuestos a libertarle y proclamarle rey de Polonia. Ruido de cajas, clarines y voces.*]

VOCES. (*Dentro.*) ¡Viva Segismundo, viva!

SEGISM. ¿Otra vez (¡que es esto, cielos!)
queréis que sueñe grandezas,
que ha de deshacer el tiempo?
¿Otra vez queréis que vea
entre sombras y bosquejos
la majestad y la pompa
desvanecida del viento?
¿Otra vez queréis que toque
el desengaño, o el riesgo
a que el humano poder
nace humilde y vive atento?
Pues no ha de ser, no ha de ser
mirarme otra vez sujeto
a mi fortuna; y pues sé
que toda esta vida es sueño,
idos, sombras, que fingís
hoy a mis sentidos muertos

cuerpo y voz, siendo verdad
que no tenéis voz ni cuerpo;
que no quiero majestades
fingidas, pompas no quiero
fantásticas, ilusiones
que al soplo menos ligero
del aura han de deshacerse,
bien como el florido almendro,
que por madrugar sus flores,
sin aviso y sin consejo,
al primer soplo se apagan,
marchitando y desluciendo
de sus rosados capillos
belleza, luz y ornamento.
Ya os conozco, ya os conozco;
y sé que os pasa lo mismo
con cualquiera que se duerme:
para mí no hay fingimientos;
que, desengañado ya,
sé bien que *la vida es sueño*.

SOLD. 2.^o Si piensas que te engañamos,
vuelve a esos montes soberbios
los ojos, para que veas
la gente que aguarda en ellos
para obedecerte.

SEGISM. Ya
otra vez vi aquesto mismo
tan clara y distintamente
como ahora lo estoy viendo,

y fué sueño.

SOLD. 2.º

Cosas grandes

siempre, gran señor, trajeron
anuncios; y esto sería,
si lo soñaste primero.

SEGISM.

Dices bien, anuncio fué;

y caso que fuese cierto,
pues que la vida es tan corta,
soñemos, alma, soñemos
otra vez; pero ha de ser
con atención y consejo
de que hemos de despertar
de este gusto al mejor tiempo;
que llevándolo sabido,
será el desengaño menos;
que es hacer burla del daño
adelantarle el consejo.

Y con esta prevención
de que cuando fuese cierto,
es todo el poder prestado
y ha de volverse a su dueño,
atrevámonos a todo.—

Vasallos, yo os agradezco
la lealtad; en mí lleváis
quien os libre osado y diestro
de extranjera esclavitud.

Tocad al arma, que presto
veréis mi inmenso valor.

Contra mi padre pretendo

tomar armas, y sacar
verdaderos a los cielos.
Puesto he de verle a mis plantas...'
(Ap.) Mas si antes desto despierto,
¿no será bien no decirlo,
supuesto que no he de hacerlo?

TODOS. ¡Viva Segismundo, viva!

ESCENA IV

CLOTALDO.—SEGISMUNDO, CLARÍN, SOLDADOS.

CLOTALDO. ¿Qué alboroto es éste, cielos?

SEGISM. Clotaldo.

CLOTALDO. Señor... (Ap.) En mi
su rigor prueba.

CLARÍN. (Ap.) Yo apuesto
que le despeña del monte. (Vase.)

CLOTALDO. A tus reales plantas llego,
ya sé que a morir.

SEGISM. Levanta,
levanta, padre, del suelo;
que tú has de ser norte y guía
de quien fie mis aciertos;
que ya sé que mi crianza
a tu mucha lealtad debo.
Dame los brazos.

CLOTALDO. ¿Qué dices?

SEGISM. Que estoy soñando, y que quiero
obrar bien, pues no se pierde

Salón del Palacio Real.

ESCENA V

BASILIO y ASTOLFO.

BASILIO. ¿Quién, Astolfo, podrá parar prudente
la furia de un caballo desbocado?
¿Quién detener de un río la corriente
que corre al mar soberbio y despeñado?
¿Quién un peñasco suspender valiente
de la cima de un monte desgajado?
Pues todo fácil de parar se mira,
más que de un vulgo la soberbia ira.

 Dígalo en bandos el rumor partido,
pues se oye resonar en lo profundo
de los montes el eco repetido,
unos *¡Astolfo!* y otros *¡Segismundo!*
El dosel de la jura, reducido
a segunda intención, a horror segundo,
teatro funesto es, donde importuna
representa tragedias la fortuna.

ASTOLFO. Señor, suspéndase hoy tanta alegría;
cese el aplauso y gusto lisonjero,
que tu mano feliz me prometía;
que si Polonia (a quien mandar espero)
hoy se resiste a la obediencia mía,
es porque la merezca yo primero.
Dadme un caballo, y de arrogancia lleno,
rayo descienda el que blasona trueno.

(Vase.)

BASILIO. Poco reparo tiene lo infalible,
y mucho riesgo lo previsto tiene:
si ha de ser, la defensa es imposible,
que quien la excusa más, más la previene.
¡Dura ley! ¡Fuerte caso! ¡Horror terrible!
Quien piensa huir el riesgo, al riesgo viene;
con lo que yo guardaba me he perdido;
yo mismo, yo mi patria he destruído.

ESCENAS VI a IX

[BASILIO *se prepara para luchar contra los sublevados.*]

ESCENA X

[SEGISMUNDO *marcha en dirección a la corte al frente de sus tropas. ROSAURA le sale al encuentro y le cuenta los agravios que ha recibido de ASTOLFO.*]

SEGISM. (*Ap.*) Cielos, si es verdad que sueño,
suspendedme la memoria,
que no es posible que quepan
en un sueño tantas cosas.
¡Válgame Dios, quién supiera,
o saber salir de todas,
o no pensar en ninguna!
¿Quién vió penas tan dudosas?
Si soñé aquella grandeza
en que me ví, ¿cómo ahora
esta mujer me refiere
unas señas tan notorias?
Luego fué verdad, no sueño;

y si fué verdad (que es otra
confusión, y no menor),
¿cómo mi vida le nombra
sueño? Pues ¿tan parecidas
a los sueños son las glorias,
que las verdaderas son
tenidas por mentirosas,
y las fingidas por ciertas?
¡Tan poco hay de unas a otras,
que hay cuestión sobre saber
si lo que se ve y se goza,
es mentira o es verdad!
¿Tan semejante es la copia
al original, que hay duda
en saber si es ella propia?
Pues si es así, y ha de verse
desvanecida entre sombras
la grandeza y el poder,
la majestad y la pompa,
sepamos aprovechar
este rato que nos toca,
pues sólo se goza en ella
lo que entre sueños se goza.
Rosaura está en mi poder,
su hermosura el alma adora;
gocemos, pues, la ocasión;
el amor las leyes rompa
del valor y la confianza
con que a mis plantas se postra.

Esto es sueño, y pues lo es,
soñemos dichas ahora,
que después serán pesares.
Mas ¡ con mis razones propias
vuelvo a convencerme a mí!
Si es sueño, si es vanagloria,
¿quién por vanagloria humana
pierde una divina gloria?
¿Qué pasado bien no es sueño?
¿Quién tuvo dichas heroicas
que entre sí no diga, cuando
las revuelve en su memoria:
sin duda que fué soñado
cuanto vi? Pues si esto toca
mi desengaño, si sé
que es el gusto llama hermosa,
que la convierte en cenizas
cualquiera viento que sopla,
acudamos a lo eterno,
que es la fama vividora
donde ni duermen las dichas,
ni las grandezas reposan.
Rosaura está sin honor;
más a un príncipe le toca
el dar honor que quitarle.
¡Vive Dios! que de su honra
he de ser conquistador,
antes que de mi corona.
Huyamos de la ocasión,

que es muy fuerte.— Al arma ahora.

(A un soldado.)

Que hoy he de dar la batalla,
antes que la oscura sombra
sepulte los rayos de oro
entre verdinegras ondas.

ROSAURA. ¿Señor! ¿pues así te ausentas?
¿Pues ni una palabra sola
no te debe mi cuidado,
ni merece mi congoja?
¿Cómo es posible, señor,
que ni me mires ni oigas?
¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISM. Rosaura, al honor le importa,
por ser piadoso contigo,
ser crüel contigo ahora.
No te responde mi voz,
porque mi honor te responda;
no te hablo, porque quiero
que te hablen por mí mis obras,
ni te miro, porque es fuerza,
en pena tan rigurosa,
que no mire tu hermosura
quien ha de mirar tu honra.

(Vase y los soldados con él.)

ROSAURA. ¿Qué enigmas cielos, son éstas?
Después de tanto pesar,
¡aun me queda que dudar
con equívocas respuestas!

ESCENAS XI a XIII

[Dase la batalla. Las tropas reales son derrotadas. BASILIO huye.]

BASILIO. Si está de Dios que yo muera,
o si la muerte me aguarda
aquí, hoy la quiero buscar,
esperando cara a cara. (*Tocan al arma.*)

ESCENA XIV

SEGISMUNDO, ESTRELLA, ROSAURA, SOLDADOS, *acompañamiento*.—BASILIO, ASTOLFO, CLOTALDO.

SOLDADO. En lo intrincado del monte,
entre sus espesas ramas,
el Rey se esconde.

SEGISM. ¡Seguidle!
No quede en sus cumbres planta
que no examine el cuidado,
tronco a tronco, y rama a rama.

CLOTALDO. ¡Huye, señor!

BASILIO. ¿Para qué?

ASTOLFO. ¿Qué intentas?

BASILIO. Astolfo, aparta.

CLOTALDO. ¿Qué quieres?

BASILIO. Hacer, Clotaldo,

un remedio que me falta.—

Si a mí buscándome vas, (*A SEGISM.*)

ya estoy, príncipe, a tus plantas:

(*Arrodillándose.*)

sea dellas blanca alfombra

esta nieve de mis canas.

Pisa mi cerviz, y huella

mi corona; postra, arrastra

mi decoro y mi respeto;

toma de mi honor venganza,

sírvete de mí cautivo;

y tras prevenciones tantas,

cumpla el hado su homenaje,

cumpla el cielo su palabra.

SEGISM.

Corte ilustre de Polonia,

que de admiraciones tantas

sois testigos, atended,

que vuestro príncipe os habla.

Lo que está determinado

del cielo, y en azul tabla

Dios con el dedo escribió,

de quien son cifras y estampas

tantos papeles azules

que adornan letras doradas,

nunca engaña, nunca miente;

porque quien miente y engaña

es quien, para usar mal dellas,

las penetra y las alcanza.

Mi padre, que está presente,

por excusarse a la saña
de mi condición, me hizo
un bruto, una fiera humana;
de suerte, que cuando yo
por mi nobleza gallarda,
por mi sangre generosa,
por mi condición bizarra,
hubiera nacido dócil
y humilde, sólo bastara
tal género de vivir,
tal linaje de crianza,
a hacer fieras mis costumbres;
¡qué buen modo de estorbarlas!
Si a cualquier hombre dijese:
“Alguna fiera inhumana
te dará muerte”, ¿escogiera
buen remedio en despertalla
cuando estuviera durmiendo?
Si dijeran: “Esta espada
que traes ceñida, ha de ser
quien te dé la muerte”; vana
diligencia de evitarlo
fuera entonces desnudarla
y ponérsela a los pechos.
Si dijese: “Golfos de agua
han de ser tu sepultura
en monumentos de plata”;
mal hiciera en darse al mar,
cuando soberbio levanta

rizados montes de nieve,
de cristal crespas montañas.
Lo mismo le ha sucedido
que a quien, porque le amenaza
una fiera, la despierta;
que a quien, temiendo una espada,
la desnuda; y que a quien mueve
las ondas de una borrasca:
y cuando fuera (escuchadme)
dormida fiera mi saña,
templada espada mi furia,
mi rigor quieta bonanza,
la fortuna no se vence
con injusticia y venganza,
porque antes se incita más;
y así, quien vencer aguarda
a su fortuna, ha de ser
con cordura y con templanza.
No antes de venir el daño
se reserva ni se guarda
quien le previene; que aunque
puede humilde (cosa es clara)
reservarse dél, no es
sino después que se halla
en la ocasión, porque aquesta
no hay camino de estorbarla.
Sirva de ejemplo este raro
espectáculo, esta extraña
admiración, este horror,

este prodigio ; pues nada
es más, que llegar a ver
con prevenciones tan varias,
rendido a mis pies a un padre,
y atropellado a un monarca.
Sentencia del cielo fué ;
por más que quiso estorbarla
él, no pudo ; ¿ y podré yo
que soy menor en las canas,
en el valor y en la ciencia,
vencerla ?—Señor, levanta ; (Al REY.)
dame tu mano ; que ya
que el cielo te desengaña
de que has errado en el modo
de vencerla, humilde aguarda
mi cuello a que tú te vengues :
rendido estoy a tus plantas.

BASILIO. Hijo, que tan noble acción
otra vez en mis entrañas
te engendra, príncipe eres.
A ti el laurel y la palma
se te deben ; tú venciste ;
corónente tus hazañas.

TODOS. ¡ Viva Segismundo, viva !

SEGISM. Pues que ya vencer aguarda
mi valor grandes victorias,
hoy ha de ser la más alta
vencerme a mí.—Astolfo dé
la mano luego a Rosaura,

- pues sabe que de su honor
es deuda y yo he de cobrarla.
- ASTOLFO. Aunque es verdad que la debo
obligaciones, repara
que ella no sabe quién es;
y es bajeza y es infamia
casarme yo con mujer...
- CLOTALDO. No prosigas, tente, aguarda;
porque Rosaura es tan noble
como tú, Astolfo, y mi espada
lo defenderá en el campo;
que es mi hija, y esto basta.
- ASTOLFO. ¿Qué dices?
- CLOTALDO. Que yo hasta verla
casada, noble y honrada,
no la quise descubrir.
La historia desto es muy larga;
pero, en fin, es hija mía.
- ASTOLFO. Pues siendo así, mi palabra
cumpliré.
- SEGISM. Pues porque Estrella
no quede desconsolada,
viendo que príncipe pierde
de tanto valor y fama,
de mi propia mano yo
con esposo he de casarla
que en méritos y fortuna,
si no le excede, le iguala.
Dame la mano.

- ESTRELLA. Yo gano
en merecer dicha tanta.
- SEGISM. A Clotaldo, que leal
sirvió a mi padre, le aguardan
mis brazos, con las mercedes
que él pidiere que le haga.
- SOLDADO. Si así a quien no te ha servido
honras, ¿a mí, que fui causa
del alboroto del reino,
y de la torre en que estabas
te saqué, qué me darás?
- SEGISM. La torre; y porque no salgas
della nunca, hasta morir
has de estar allí con guardas.
Que el traidor no es menester
siendo la traición pasada.
- BASILIO. Tu ingenio a todos admira.
- ASTOLFO. ¡Qué condición tan mudada!
- ROSAURA. ¡Qué discreto y qué prudente!
- SEGISM. ¿Qué os admira? ¿qué os espanta,
si fué mi maestro un sueño,
y estoy temiendo en mis ansias
que he de despertar y hallarme
otra vez en mi cerrada
prisión? Y cuando no sea,
el soñarlo sólo basta;
pues así llegué a saber
que toda la dicha humana
en fin pasa como un sueño,

y quiero hoy aprovecharla
el tiempo que me durare:
pidiendo de nuestras faltas
perdón, pues de pechos nobles
es tan propio el perdonarlas.





EL ALCALDE DE ZALAMEA

JORNADA PRIMERA

ESCENAS I y II

[*Varios SOLDADOS del tercio de DON LOPE DE FIGUEROA marchan cantando alegremente en dirección a Zalamea, donde deben quedar alojados hasta la llegada de DON LOPE con el resto de las fuerzas.*]

ESCENA III

Calle del pueblo.

El CAPITÁN, el SARGENTO.

CAPITÁN. Señor Sargento, ¿ha guardado
las boletas para mí,
que me tocan?

SARGENTO. Señor, sí.

CAPITÁN. ¿Y dónde estoy alojado?

SARGENTO. En la casa de un villano,
que el hombre más rico es
del lugar, de quien después
he oído que es el más vano

hombre del mundo, y que tiene
más pompa y más presunción
que un infante de León.

CAPITÁN. Bien a un villano conviene
rico, aquesa vanidad.

SARGENTO. Dicen que esta es la mejor
casa del lugar, señor :
y si va a decir verdad,
yo la escogí para ti,
no tanto porque lo sea,
como porque en Zalamea
no hay tan bella mujer...

CAPITÁN. Di.

SARGENTO. Como una hija suya.

CAPITÁN. Pues
por muy hermosa y muy vana,
¿será más que una villana
con malas manos y pies?

SARGENTO. ¿Que haya en el mundo quien diga
eso?

CAPITÁN. ¿Pues no, mentecato?

SARGENTO. ¿Hay más bien gastado rato
(a quien amor no le obliga,
sino ociosidad no más)
que el de una villana, y ver
que no acierta a responder
a propósito jamás?

CAPITÁN. Cosa es que en toda mi vida
ni aun de paso me agradó;

porque en no mirando yo
aseada y bien prendida
una mujer, me parece
que no es mujer para mí.

SARGENTO. Pues para mí, señor, sí.
Cualquiera que se me ofrece.

.....

ESCENAS IV a VII

[*El villano PEDRO CRESPO educa a sus hijos, ISABEL y JUAN, en la observancia más rígida de los principios del honor.*]

Patio o portal de la casa de Pedro Crespo.

ESCENA VIII

CRESPO, JUAN, *el* SARGENTO.

SARGENTO. ¿Vive Pedro Crespo aquí?

CRESPO. ¿Hay algo que usted le mande?

SARGENTO. Traer a su casa la ropa
de don Alvaro de Ataide,
que es el capitán de aquesta
compañía, que esta tarde
se ha alojado en Zalamea.

CRESPO. No digáis más; eso baste;
que para servir a Dios
y al Rey en sus capitanes,
está mi casa y mi hacienda.
Y en tanto que se le hace

el aposento, dejad
la ropa en aquella parte,
y id a decirle que venga
cuando su merced mandare
a que se sirva de todo.

SARGENTO. El vendrá luego al instante. (Vase.)

ESCENA IX

CRESPO, JUAN.

JUAN. ¿Que quieras, siendo tan rico,
vivir a estos hospedajes
sujeto?

CRESPO. Pues ¿cómo puedo
excusarlos ni excusarme?

JUAN. Comprando una ejecutoria.

CRESPO. Dime por tu vida, ¿hay alguien
que no sepa que yo soy,
si bien de limpio linaje,
hombre llano? No, por cierto.
Pues ¿qué gano yo en comprarle
una ejecutoria al Rey,
si no le compro la sangre?
¿Dirán entonces que soy
mejor que ahora? Es dislate.
Pues ¿qué dirán? Que soy noble
por cinco o seis mil reales,
y eso es dinero y no es honra,
que honra no la compra nadie.

ESCENA X

ISABEL, INÉS.—CRESPO, JUAN.

CRESPO. Hija, el Rey nuestro señor,
que el cielo mil años guarde,
va a Lisboa, porque en ella
solicita coronarse
como legítimo dueño ;
a cuyo efecto marciales
tropas caminan con tantos
aparatos militares
hasta bajar a Castilla
el tercio viejo de Flandes
con un don Lope, que dicen
todos que es español Marte.
Hoy han de venir a casa
soldados, y es importante
que no te vean ; y así, hija,
al punto has de retirarte
en estos desvanes, donde
yo vivía.

ISABEL. A suplicarte
me dieses esta licencia
venía. Yo sé que el estarme
aquí, es estar solamente
a escuchar mil necedades.
Mi prima y yo en ese cuarto
estaremos, sin que nadie,
ni aun el mismo sol, hoy sepa

de nosotras.

CRESPO.

Dios os guarde.

ESCENA XI

El CAPITÁN, el SARGENTO.—JUAN.

SARGENTO. Esta es, señor, la casa.

CAPITÁN. Pues del cuerpo de guardia al punto pasa
toda mi ropa.

SARGENTO. (*Ap. al Capitán.*) Quiero
registrar la villana lo primero. (*Vase.*)

JUAN. Vos seáis bien venido
a aquesta casa, que ventura ha sido
grande venir a ella un caballero
tan noble como en vos le considero.

.....

ESCENA XII

El SARGENTO.—El CAPITÁN.

CAPITÁN. ¿Qué hay, Sargento? ¿Has ya visto
a la tal labradora?

SARGENTO. Vive Cristo,
que con aquese intento
no he dejado cocina ni aposento,
y no la he encontrado.

CAPITÁN. Sin duda el villanchón la ha retirado.

SARGENTO. Pregunté a una criada
por ella, y respondiome que ocupada
su padre la tenia

en ese cuarto alto, y que no había
de bajar nunca acá ; que es muy celoso.

CAPITÁN. ¿ Qué villano no ha sido malicioso ?
Si acaso aquí la viera,
della caso no hiciera ;
y sólo porque el viejo la ha guardado
deseo, ; vive Dios !, de entrar me ha dado
donde está.

SARGENTO. Pues ¿ qué haremos
para que allá, señor, con causa entremos,
sin dar sospecha alguna ?

CAPITÁN. Sólo por tema la he de ver, y una
industria he de buscar.

SARGENTO. Aunque no sea
de mucho ingenio, para quien la vea
hoy, no importará nada ;
que con eso será más celebrada.

CAPITÁN. Oyela, pues, ahora.

SARGENTO. Di, ¿ qué ha sido ?

CAPITÁN. Tú has de fingir... Mas no ; pues ha venido
(Viendo venir a Rebolledo.)
ese soldado, que es más despejado,
él fingirá mejor lo que he trazado.

ESCENA XIII

[REBOLLEDO *ruega al CAPITÁN que le conceda por aquel día tener el juego del boliche por su cuenta.*]

CAPITÁN. Digo que eso es muy justo,
y el alférez sabrá que ese es mi gusto.

REBOLL. Daréle ese recado.

CAPITÁN. Oye, primero
que le lleves. De ti fiarme quiero
para cierta invención que he imaginado,
con que salir espero de un cuidado.

REBOLL. Pues ¿qué es lo que se aguarda?
Lo que tarda en saberse, es lo que tarda
en hacerse.

CAPITÁN. Escúchame. Yo intento
subir a ese aposento
por ver si en él una persona habita,
que de mí hoy esconderse solicita.

REBOLL. Pues ¿por qué a él no subes?

CAPITÁN. No quisiera
sin que alguna color para esto hubiera,
por disculparlo más; y así, fingiendo
que yo riño contigo, has de irte huyendo
por ahí arriba. Entonces yo, enojado,
la espada sacaré; tú, muy turbado,
has de entrarte hasta donde
la persona que busco se me esconde.

.....

[*Vase el CAPITÁN corriendo tras REBOLLEDO; el SARGENTO, tras el CAPITÁN: sale JUAN con espada, y después su padre.*]

ESCENA XIV

JUAN, CRESPO.—*La CHISPA.*

JUAN. Acudid todos presto.

- CRESPO. ¿Qué ha sucedido aquí?
JUAN. ¿Qué ha sido esto?
CHISPA. Que la espada ha sacado
el Capitán aquí para un soldado,
y esa escalera arriba
sube tras él.
CRESPO. ¿Hay suerte más esquivada?
CHISPA. Subid todos tras él.
JUAN. (Ap.) Acción fué vana
esconder a mi prima y a mi hermana.
(Vanse.)

Cuarto alto de la misma casa.

ESCENA XV

REBOLLEDO, *huyendo, se encuentra con ISABEL e INÉS;*
después, el CAPITÁN y el SARGENTO.

- REBOLL. Señoras, pues siempre ha sido
sagrado el que es templo, hoy
sea mi sagrado aquí,
puesto que es templo de amor.
ISABEL. ¿Quién a huir desamano
os obliga?
INÉS. ¿Qué ocasión
tenéis de entrar hasta aquí?
ISABEL. ¿Quién os sigue o busca?
(Salen el CAPITÁN y el SARGENTO.)
CAPITÁN. Yo,
que tengo de dar la muerte

al pícaro, ¡vive Dios!
si pensase...

ISABEL. Deteneos,
siquiera porque, señor,
vino a valerse de mí;
que los hombres como vos
han de amparar las mujeres,
si no por lo que ellas son,
porque son mujeres; que esto
basta, siendo vos quien sois.

CAPITÁN. No pudiera otro sagrado
librarle de mi furor,
sino vuestra gran belleza:
por ella vida le doy.
Pero mirad que no es bien
en tan precisa ocasión
hacer vos el homicidio
que no queréis que haga yo.

ISABEL. Caballero, si cortés
ponéis en obligación
nuestras vidas, no zozobre
tan presto la intercesión.
Que dejéis este soldado
os suplico, pero no
que cobréis de mí la deuda,
a que agradecida estoy.

CAPITÁN. No sólo vuestra hermosura
es de rara perfección,
pero vuestro entendimiento

lo es también, porque hoy en vos
alianza están jurando
hermosura y discreción.

ESCENA XVI

CRESPO y JUAN, *con espadas desnudas*;
la CHISPA.—DICHOS.

- CRESPO. ¿Cómo es eso, caballero?
Cuando pensó mi temor
hallaros matando un hombre,
os hallo...
- ISABEL. (*Ap.*) ¡Válgame Dios!
- CRESPO. Requebrando una mujer.
Muy noble, sin duda, sois,
pues que tan presto se os pasan
los enojos.
- CAPITÁN. Quien nació
con obligaciones, debe
acudir a ellas, y yo
al respeto desta dama
suspendí todo el furor.
- CRESPO. Isabel es hija mía,
y es labradora, señor,
que no dama.
- JUAN. (*Ap.*) ¡Vive el cielo,
que todo ha sido invención
para haber entrado aquí!
Corrido en el alma estoy
de que piensen que me engañan,

y no ha ser.—Bien, señor
Capitán, pudierais ver
con más segura atención
lo que mi padre desea
hoy serviros, para no
haberle hecho este disgusto.

CRESPO. ¿Quién os mete en eso a vos,
rapaz? ¿Qué disgusto ha habido?
Si el soldado le enojó,
¿no había de ir tras él? Mi hija
estima mucho el favor
del haberle perdonado,
y el de su respeto yo.

CAPITÁN. Claro está que no habrá sido
otra causa, y ved mejor
lo que decís.

JUAN. Yo lo he visto
muy bien.

CRESPO. Pues ¿cómo habláis vos
así?

CAPITÁN. Porque estáis delante,
más castigo no le doy
a este rapaz.

CRESPO. Detened,
señor Capitán; que yo
puedo tratar a mi hijo
como quisiere, y no vos.

JUAN. Y yo sufrirlo a mi padre;
mas a otra persona, no.

- CAPITÁN. ¿Qué habíais de hacer?
JUAN. Perder
la vida por la opinión.
CAPITÁN. ¿Qué opinión tiene un villano?
JUAN. Aquella misma que vos;
que no hubiera un capitán,
si no hubiera un labrador.
CAPITÁN. ¡Vive Dios, que ya es baja
sufrirlo!
CRESPO. Ved que yo estoy
de por medio. (*Sacan las espadas.*)
REBOLL. ¡Vive Cristo,
Chispa, que ha de haber hurgón!
CHISPA. (*Voceando.*) ¡Aquí del cuerpo de guardia!
REBOLL. ¡Don Lope! (*Ap.*) Ojo avizor.

ESCENA XVII

DON LOPE, *con hábito muy galán y bengala; soldados,
un tambor.*—DICHOS.

- DON LOPE. ¿Qué es aquesto? La primera
cosa que he de encontrar hoy,
acabado de llegar,
¿ha de ser una cuestión?
CAPITÁN. (*Ap.*) ¡A qué mal tiempo don Lope
de Figueroa llegó!
CRESPO. (*Ap.*) Por Dios que se las tenía
con todos el rapagón.
DON LOPE. ¿Qué ha habido? ¿Qué ha sucedido?

CAPITÁN. Pues es que alojado estoy
en esta casa. Un soldado...

DON LOPE. Decid.

CAPITÁN. Ocasión me dió
a que sacase con él
la espada: hasta aquí se entró
huyendo; entréme tras él
donde estaban esas dos
labradoras; y su padre
y su hermano, o lo que son,
se han disgustado de que
entrase hasta aquí.

DON LOPE. Pues yo
a tan buen tiempo he llegado,
satisfaré a todos hoy,
¿Quién fué el soldado, decid,
que a su capitán le dió
ocasión de que sacase
la espada?

REBOLL. (*Ap.*) ¿A que pago yo
por todos?

ISABEL. Aquéste fué
el que huyendo hasta aquí entró.

DON LOPE. Denle dos tratos de cuerda.

REBOLL. ¿Tra-qué han de darme, señor?

DON LOPE. Tratos de cuerda.

REBOLL. Yo hombre
de aquesos tratos no soy.

CHISPA. (*Ap.*) De esta vez me lo estropean.

CAPITÁN (*Ap. a él*) ¡Ah, Rebolledo! Por Dios,
que nada digas; yo haré
que te libren.

REBOLL. (*Ap. al CAPITÁN.*) ¿Cómo no
lo he de decir, pues si callo
los brazos me pondrán hoy
atrás, como mal soldado?—
El Capitán me mandó
que fingiese la pendencia,
para tener ocasión
de entrar aquí.

CRESPO. Ved ahora
si hemos tenido razón.

DON LOPE. No tuvisteis para haber
así puesto en ocasión
de perderse este lugar.—
Hola, echa un bando, tambor,
que al cuerpo de guardia vayan
los soldados cuantos son,
y que no salga ninguno,
pena de muerte, en todo hoy.—
Y para que no quedéis
con aqueste empeño vos,
y vos con este disgusto,
y satisfechos los dos,
buscad otro alojamiento;
que yo en esta casa estoy
desde hoy alojado, en tanto
que a Guadalupe no voy,

donde está el Rey.

CAPITÁN. Tus preceptos
órdenes precisas son.

(Vanse todos, menos CRESPO y DON LOPE.)

ESCENA XVIII

CRESPO, DON LOPE.

CRESPO. Mil gracias, señor, os doy
por la merced que me hicisteis
de excusarme la ocasión
de perderme.

DON LOPE. ¿Cómo habíais,
decid, de perderos vos?

CRESPO. Dando muerte a quien pensara
ni aun el agravio menor...

DON LOPE. ¿Sabéis, vive Dios, que es
capitán?

CRESPO. Sí, vive Dios;
y aunque fuera el general,
en tocando a mi opinión,
le matara.

DON LOPE. A quien tocara,
ni aun al soldado menor,
solo un pelo de la ropa,
viven los cielos, que yo
le ahorcara.

CRESPO. A quien se atreviera
a un átomo de mi honor,
viven los cielos también,

que también le ahorcara yo.

DON LOPE. ¿Sabéis que estáis obligado a sufrir, por ser quien sois, estas cargas?

CRESPO. Con mi hacienda, pero con mi fama no. Al Rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios.

DON LOPE. ¡Vive Cristo, que parece que vais teniendo razón!

CRESPO. Sí, vive Cristo, porque siempre la he tenido yo.

DON LOPE. Yo vengo cansado, y esta pierna que el diablo me dió ha menester descansar.

CRESPO. Pues ¿quién os dice que no? Ahí me dió el diablo una cama, y servirá para vos.

DON LOPE. ¿Y dióla hecha el diablo?

CRESPO. Sí.

DON LOPE. Pues a deshacerla voy; que estoy, voto a Dios, cansado.

CRESPO. Pues descansad, voto a Dios.

DON LOPE. (*Ap.*) Testarudo es el villano; tan bien jura como yo.

CRESPO. (*Ap.*) Caprichudo es el don Lope; no haremos migas los dos.



JORNADA SEGUNDA

Calle.

ESCENA III

El CAPITÁN, el SARGENTO, REBOLLEDO.

CAPITÁN. ¡Que en una villana haya
tan hidalga resistencia,
que no me haya respondido
una palabra siquiera
apacible!

SARGENTO. Estas, señor,
no de los hombres se prendan
como tú: si otro villano
la festejara y sirviera,
hiciera más caso dél;
fuera de que son tus quejas
sin tiempo. Si te has de ir
mañana, ¿para qué intentas
que una mujer en un día
te escuche y te favorezca?

CAPITÁN. En un día el sol alumbra
y falta; en un día se trueca
un reino todo; en un día
es edificio una peña;

en un día una batalla
pérdida y victoria ostenta;
en un día tiene el mar
tranquilidad y tormenta;
en un día nace un hombre
y muere: luego pudiera
en un día ver mi amor
sombra y luz como planeta,
pena y dicha como imperio,
gente y brutos como selva,
paz y inquietud como mar,
triunfo y ruina como guerra,
vida y muerte como dueño
de sentidos y potencias.

-
- SARGENTO. Verla una vez solamente
¿a tanto extremo te fuerza?
- CAPITÁN. ¿Qué más causa había de haber,
llegando a verla, que verla?
De sola una vez a incendio
crece una breve pavesa;
de una vez sola un abismo
sulfúreo volcán revienta;
de una vez se enciende el rayo,
que destruye cuanto encuentra;
de una vez escupe horror
la más reformada pieza.
¿De una vez amor, qué mucho,
fuego de cuatro maneras,

mina, incendio, pieza y rayo,
postre, abrase, asombre y hiera?

SARGENTO. ¿No decías que villanas
nunca tenían belleza?

CAPITÁN. En toda mi vida vi
más divina, más perfecta
hermosura. ¡Ay, Rebolledo!
No sé qué hiciera por verla.

REBOLL. En la compañía hay soldado
que canta por excelencia,
y la Chispa, que es mi alcaida
del boliche, es la primera
mujer en jacarear.

Haya, señor, jira y fiesta
y música a su ventana;
que con esto podrás verla,
y aun hablarla.

CAPITÁN. Como está
don Lope allí, no quisiera
despertarle.

REBOLL. Pues don Lope
¿cuándo duerme, con su pierna?
Fuera, señor, que la culpa,
si se entiende, será nuestra,
no tuya, si de rebozo
vas en la tropa.

CAPITÁN. Aunque tenga
mayores dificultades
pase por todas mi pena.

Juntaos todos esta noche;
mas de suerte que no entiendan
que yo lo mando. ¡Ah, Isabel,
qué de cuidados me cuestas!

(*Vanse el CAPITÁN y el SARGENTO.*)

.....

*Sala baja en casa de CRESPO, con vistas y salida a un jardín
Ventana a un lado.*

ESCENA V

DON LOPE, CRESPO.

CRESPO. (*Dentro.*) En este paso, que está
más fresco, poned la mesa
al señor don Lope. Aquí
os sabrá mejor la cena;
que al fin los días de agosto
no tienen más recompensa
que sus noches.

DON LOPE. Apacible
estancia en extremo es ésta.
Sentaos, Crespo.

CRESPO. Yo estoy bien.

DON LOPE. Sentaos.

CRESPO. Pues me dais licencia,
digo, señor, que obedezco,
aunque excusarlo pudierais. (*Siéntase.*)

DON LOPE. ¿No sabéis qué he reparado?
Que ayer la cólera vuestra

os debió de enajenar
de vos.

CRESPO. Nunca me enajena
a mí de mí nada.

DON LOPE. Pues
¿cómo ayer, sin que os dijera
que os sentarais, os sentasteis,
y aun en la silla primera?

CRESPO. Porque no me lo dijisteis;
y hoy, que lo decís, quisiera
no hacerlo: la cortesía
tenerla con quien la tenga.

DON LOPE. Ayer todo erais reniegos,
porvidas, votos y pesias;
y hoy estáis más apacible,
con más gusto y más prudencia.

CRESPO. Yo, señor, respondo siempre
en el tono y en la letra
que me hablan; ayer vos
así hablabais, y era fuerza
que fueran de un mismo tono
la pregunta y la respuesta.
Demás de que yo he tomado
por política discreta
jurar con aquel que jura,
rezar con aquel que reza.
A todo hago compañía;
y es aquesto de manera,
que en toda la noche pude

dormir, en la pierna vuestra
pensando, y amanecí
con dolor en ambas piernas ;
que por no errar la que os duele,
si es la izquierda o la derecha,
me dolieron a mí en ambas.
Decidme por vida vuestra
cuál es, y sépalo yo,
porque una sola me dueña.

DON LOPE. ¿No tengo mucha razón
de quejarme, si ha ya treinta
años que asistiendo en Flandes
al servicio de la guerra,
el invierno con la escarcha
y el verano con la fuerza
del sol, nunca descansé,
y no he sabido qué sea
estar sin dolor un hora ?

CRESPO. ¡Dios, señor, os dé paciencia !

ESCENAS VI y VII

[Cena DON LOPE, acompañado de CRESPO, JUAN, ISABEL e
INÉS.]

ESCENA VIII

SOLDADOS, REBOLLEDO.—DICHOS.

UN SOLD. (*Dentro:*) Mejor se cantará aquí.

REBOLL. (*Dentro:*) Vaya a Isabel una letra.

y por que despierte, tira
a su ventana una piedra.

(*Suena una piedra en una ventana.*)

CRESPO. (*Ap.*) A ventana señalada
va la música: paciencia.

UNA VOZ (*Canta dentro*):
*Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
y mañana serán miel.*

DON LOPE. (*Ap.*) Música, vaya; mas esto
de tirar es desvergüenza...
¡Y a la casa donde estoy
venirse a dar cantaletas!...
Pero disimularé
por Pedro Crespo y por ella.
¡Qué travesuras!

CRESPO. Son mozos.
(*Ap.*) Si por don Lope no fuera,
yo les hiciera...

JUAN. (*Ap.*) Si yo
una rodelilla vieja,
que en el cuarto de don Lope
está colgada, pudiera
sacar... (*Hace que se va.*)

CRESPO. ¿Dónde vais, mancebo?

JUAN. Voy a que traigan la cena.

CRESPO. Allá hay mozos que la traigan.

SOLDADOS. (*Dentro cantando:*)

Despierta, Isabel, despierta.

ISABEL. (*Ap.*) ¿Qué culpa tengo yo, cielos,
para estar a esto sujeta?

DON LOPE. Ya no se puede sufrir,
porque es cosa muy mal hecha.
(*Arroja la mesa.*)

CRESPO. Pues ¡y cómo que lo es!
(*Arroja la silla.*)

DON LOPE. (*Ap.*) Lléveme de mi impaciencia.
¿No es, decidme, muy mal hecho
que tanto una pierna duela?

CRESPO. Deso mismo hablaba yo.

DON LOPE. Pensé que otra cosa era,
como arrojasteis la silla...

CRESPO. Como arrojasteis la mesa
vos, no tuve que arrojar
otra cosa yo más cerca.
(*Ap.* Disimulemos, honor.)

DON LOPE. (*Ap.*) ¡Quién en la calle estuviera!
Ahora bien, cenar no quiero.
Retiraos.

CRESPO. En hora buena.

DON LOPE. Señora, quedad con Dios.

ISABEL. El cielo os guarde.

DON LOPE. (*Ap.*) A la puerta
de la calle ¿no es mi cuarto?
Y en él ¿no está una rodela?

CRESPO. (*Ap.*) ¿No tiene puerta el corral,
y yo una espadilla vieja?

DON LOPE. Buenas noches.

CRESPO. Buenas noches.

(Ap.) Encerraré por defuera
a mis hijos.

DON LOPE. (Ap.) Dejaré
un poco la casa quieta.

ISABEL. (Ap.) ¡Oh qué mal, cielos, los dos
disimulan que les pesa!

INÉS. (Ap.) Mal el uno por el otro
van haciendo la deshecha.

CRESPO. ¿Hola, mancebo!...

JUAN. Señor...

CRESPO. Acá está la cama vuestra. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENAS IX y X

[*Siguen cantando en la calle los soldados. El CAPITÁN está con ellos esperando que se asome ISABEL.*]

ESCENA XI

DON LOPE y CRESPO, a un tiempo, con broqueles, y
cada uno por su lado.—DICHOS.

(*Acuchillan DON LOPE y CRESPO a los soldados
métenlos y vuelve DON LOPE.*)

DON LOPE. Huyeron, y uno ha quedado
dellos, que es el que está aquí.

(*Vuelve CRESPO.*)

CRESPO. (Ap.) Cierto es que el que queda allí

sin duda es algún soldado.

DON LOPE. (*Ap.*) Ni aun éste se ha de escapar
sin almagre.

CRESPO. (*Ap.*) Ni éste quiero
que quede sin que mi acero
la calle le haga dejar.

DON LOPE. Huíd con los otros.

CRESPO. Huíd vos,
que sabréis huir más bien. (*Riñen.*)

DON LOPE. (*Ap.*) ¡Vive Dios, que riñe bien!

CRESPO. (*Ap.*) ¿Bien pelea, vive Dios!

ESCENA XII

JUAN, *con espada*, DON LOPE, CRESPO.

JUAN. (*Ap.*) Quiera el cielo que le tope.
Señor, a tu lado estoy.

DON LOPE. ¿Es Pedro Crespo?

CRESPO. Yo soy.

¿Es don Lope?

DON LOPE. Sí, es don Lope.

¿Que no habíais, no dijisteis,
de salir? ¿Qué hazaña es ésta?

CRESPO. Sean disculpa y respuesta
hacer lo que vos hicisteis.

DON LOPE. Aquesta era ofensa mía;
vuestra, no.

CRESPO. No hay que fingir,
que yo he salido a reñir
por haceros compañía.

ESCENA XIII

SOLDADOS, *el* CAPITÁN.—DICHOS.

SOLDADO. (*Dentro.*) A dar muerte nos juntemos
a estos villanos.

CAPITÁN. (*Dentro.*) Mirad...

(*Salen los SOLDADOS y el CAPITÁN.*)

DON LOPE. ¿Adónde vais? Esperad.

¿De qué son estos extremos?

CAPITÁN. Los soldados han tenido
(porque se estaban holgando
en esta calle, cantando
sin alboroto y rüido)

una pendencia, y yo soy
quien los está deteniendo.

DON LOPE. Don Alvaro, bien entiendo
vuestra prudencia; y pues hoy
aqueste lugar está
en ojeriza, yo quiero
excusar rigor más fiero;
y pues amanece ya,
orden doy que en todo el día,
para que mayor no sea
el daño de Zalamea,
saquéis vuestra compañía:
y estas cosas acabadas,
no vuelvan a ser, porque
otra vez la paz pondré,

vive Dios, a cuchilladas.

CAPITÁN. Digo que por la mañana
la compañía haré marchar.
(Ap.) La vida me has de costar,
hermosísima villana.

ESCENAS XIV a XVII

[JUAN obtiene permiso de su padre para alistarse como soldado en el tercio de DON LOPE. El CAPITÁN, el SARGENTO y varios SOLDADOS se conciertan para raptar a ISABEL antes de salir del pueblo.]

ESCENA XVIII

DON LOPE, CRESPO, JUAN.

DON LOPE. A muchas cosas os soy
en extremo agradecido ;
pero sobre todas, esta
de darme hoy a vuestro hijo
para soldado, en el alma
os lo agradezco y estimo.

CRESPO. Yo os le doy para criado.

DON LOPE. Yo os le llevo para amigo ;
que me ha inclinado en extremo
su desenfado y su brío.

.....

ESCENAS XIX a XXII

[DON LOPE y JUAN se despiden de CRESPO, ISABEL e INÉS, y salen de Zalamea. Al anochecer, CRESPO, su hija y su sobrina están sentados en el portal de su casa.]

ESCENA XXIII

El CAPITÁN, el SARGENTO, REBOLLEDO, la CHISPA y SOLDADOS, embozados.—CRESPO, ISABEL, INÉS.

CAPITÁN. (*Ap. a los suyos.*) Pisad sin ruido.
llega, Rebolledo, tú,
y da a la criada aviso
de que ya estoy en la calle.

REBOLL. Yo voy. Mas ¿qué es lo que miro?
A su puerta hay gente.

SARGENTO. Y yo
en los reflejos y visos
que la luna hace en el rostro,
que es Isabel imagino
ésta.

CAPITÁN. Ella es: más que la luna,
el corazón me lo ha dicho.
A buena ocasión llegamos.
Si ya, una vez que venimos,
nos atrevemos a todo,
buena venida habrá sido.

SARGENTO. Intenta lo que quisieres.

CAPITÁN. Yo he de llegar, y atrevido
quitar a Isabel de allí.
Vosotros a un tiempo mismo
impedid a cuchilladas
el que me sigan.

SARGENTO. Contigo
venimos, y a tu orden hemos



¡Ah, traidor! Señor, ¿qué es esto?

de estar.

CAPITÁN. Advertid que el sitio
donde habemos de juntarnos
es ese monte vecino,
que está a la mano derecha,
como salen del camino.

.....
Yo he de llegar el primero.

CRESPO. Harto hemos gozado el sitio.
Entrémonos allá dentro.

CAPITÁN. (*Ap. a los suyos.*) Ya es tiempo, llegad,
[amigos.]

[*Lléganse a los tres los soldados, detienen a CRESPO y a INÉS, y se apoderan de ISABEL.*]

ISABEL. ¡Ah, traidor! Señor, ¿qué es esto?

CAPITÁN. Es una furia, un delirio
de amor. (*Llévala y vase.*)

ISABEL. (*Dentro:*) ¡Ah, traidor!—¡Señor!

CRESPO. ¡Ah, cobardes!

ISABEL. (*Dentro:*) ¡Padre mío!

INÉS. (*Ap.*) Yo quiero aquí retirarme. (*Vase.*)

CRESPO. ¡Cómo echáis de ver, ah impíos,
que estoy sin espada, alevés,
falsos y traidores!

REBOLL. Idos,
si no queréis que la muerte
sea el último castigo.

(*Vanse los robadores.*)

CRESPO. ¿Qué importará, si está muerto
 mi honor, el quedar yo vivo?
 ¡Ah, quién tuviera una espada!
 Porque sin armas seguirlos
 es en vano; y si brioso
 a ir por ella me aplico,
 los he de perder de vista.
 ¿Qué he de hacer, hados esquivos,
 que de cualquiera manera
 es uno solo el peligro?

ESCENA XXIV

INÉS, *con una espada*.—CRESPO.

INÉS. Ya tienes aquí la espada.

CRESPO. A buen tiempo la has traído.
 Ya tengo honra, pues tengo
 espada con que seguiros. (*Vanse.*)

Campo.

ESCENA XXV

CRESPO, *viendo con el SARGENTO, REBOLLEDO y los
 SOLDADOS; después, ISABEL.*

CRESPO. Soltad la presa, traidores
 cobardes, que habéis cogido;
 que he de cobrarla, o la vida
 he de perder.

SARGENTO. Vano ha sido

JORNADA SEGUNDA

- tu intento, que somos muchos.
- CRESPO. Mis males son infinitos,
y riñen todos por mí... (Cae.)
—Pero la tierra que piso
me ha faltado.
- REBOLL. Dadle muerte.
- SARGENTO. Mirad que es rigor impío
quitarle vida y honor.
Mejor es en lo escondido
del monte dejarle atado,
porque no lleve el aviso.
- ISABEL (Dentro:) ¡Padre y señor!
- CRESPO. ¡Hija mía!
- REBOLL. Retírale como has dicho.
- CRESPO. Hija, solamente puedo
seguirte con mis suspiros. (Llévante.)

ESCENA XXVI

[JUAN, que había quedado rezagado por haber caído del caballo, oye ruido en el monte y acude en defensa de su hermana. Hierne al CAPITÁN, pero tiene que retirarse ante el número de soldados que se lanzan contra él.]





JORNADA TERCERA

Interior de un monte.

ESCENAS I a III

[ISABEL, abandonada en el monte, llora sus desdichas. De pronto oye la voz de su padre que se lamenta amarrado fuertemente a un árbol. Le desata, refiere sus penas y termina diciendo:]

ISABEL. Tu hija soy, sin honra estoy
y tú libre; solicita
con mi muerte tu alabanza,
para que de ti se diga
que por dar vida a tu honor
diste la muerte a tu hija.

[CRESPO y su hija vuelven al pueblo.]

ESCENA IV

Calle a la entrada de Zalamea.

El ESCRIBANO.—CRESPO, ISABEL.

ESCRIB. ¡Oh señor

Pedro Crespo! Dadme albricias.

CRESPO. ¡Albricias! ¿De qué, Escribano?

ESCRIB. El concejo a queste día
os ha hecho alcalde, y tenéis
para estrena de justicia
dos grandes acciones hoy:

la primera es la venida
 del Rey, que estará hoy aquí
 o mañana en todo el día,
 según dicen; es la otra,
 que ahora han traído a la villa
 de secreto unos soldados,
 a curarse con gran prisa,
 a aquel Capitán que ayer
 tuvo aquí su compañía.
 El no dice quién le hirió;
 pero si esto se averigua,
 será una gran causa.

CRESPO. (Ap.) ; Cielos!
 ¡ Cuando vengarse imagina,
 me hace dueño de mi honor
 la vara de la justicia!

.....

ESCRIB. Venid a la casa
 del concejo, y recibida
 la posesión de la vara,
 haréis en la causa misma
 averiguaciones.

CRESPO. Vamos.—
 A tu casa te retira.

ISABEL. ; Duélase el cielo de mí!
 ; No he de acompañarte?

CRESPO. ; Hija,
 ya tenéis el padre alcalde;
 él os guardará justicia! (Vanse.)

Alojamiento del CAPITÁN.

ESCENA V

El CAPITÁN, con banda, como herido: el SARGENTO.

CAPITÁN. Pues la herida no era nada,
¿por qué me hicisteis volver
aquí?

SARGENTO. ¿Quién pudo saber
lo que era antes de curada?

Ya la cura prevenida,
hemos de considerar
que no es bien aventurar
hoy la vida por la herida.

¿No fuera mucho peor
que te hubieras desangrado?

CAPITÁN. Puesto que ya estoy curado,
detenernos será error.

Vámonos, antes que corra
voz de que estamos aquí.
¿Están ahí los otros?

SARGENTO. Sí.

CAPITÁN. Pues la fuga nos socorra.

.....

ESCENA VII

CRESPO, *el* ESCRIBANO, LABRADORES.—DICHOS.

CRESPO. (*Dentro:*) Todas las puertas tomad,
y no me salga de aquí

ESCENA VIII

CRESPO, *el* CAPITÁN.

CRESPO. Ya que yo, como justicia,
me valí de su respeto
para obligaros a oírme,
la vara a esta parte dejo,
y como un hombre no más,
deciros mis penas quiero;

(Arrima la vara.)

y puesto que estamos solos,
señor don Alvaro, hablemos
más claramente los dos,
sin que tantos sentimientos
como han estado encerrados
en las cárceles del pecho
acierten a quebrantar
las prisiones del silencio.

.....
Deseando, pues, remediar
agravio tan manifiesto,
buscar remedio a mi afrenta
es venganza, no es remedio;
y vagando de uno en otro,
uno solamente advierto
que a mí me está bien, y a vos
no mal, y es que desde luego
os toméis toda mi hacienda,
sin que para mi sustento

ni el de mi hijo (a quien yo
traeré a echar a los pies vuestros)
reserve un maravedí.

.....

Restaurad una opinión
que habéis quitado. No creo
que desluzcáis vuestro honor,
porque los merecimientos
que vuestros hijos, señor,
perdieren por ser mis nietos,
ganarán con más ventaja,
señor, por ser hijos vuestros.
En Castilla, el refrán dice
que el caballo (y es lo cierto)
lleva la silla.—Mirad (*De rodillas.*)
que a vuestros pies os lo ruego.

.....

¿Qué os pido? Un honor os pido,
que me quitasteis vos mesmo;
y con ser mío, parece,
según os lo estoy pidiendo
con humildad, que no es mío
lo que os pido, sino vuestro.
Mirad que puedo tomarle
por mis manos, y no quiero,
sino que vos me le deis.

CAPITÁN. Ya me falta el sufrimiento.

Viejo cansado y prolijo,
agradeced que no os doy

la muerte a mis manos hoy,
por vos y por vuestro hijo;
 porque quiero que debáis
no andar con vos más crüel
a la beldad de Isabel.
Si vengar solicitáis
 por armas vuestra opinión,
poco tengo que temer;
si por justicia ha de ser,
no tenéis jurisdicción.

CRESPO. ¿Qué en fin, no os mueve mi llanto?

CAPITÁN. Llanto no se ha de creer
de viejo, niño y mujer.

CRESPO. ¿Qué no pueda dolor tanto
 mereceros un consuelo?

CAPITÁN. ¿Qué más consuelo queréis,
pues con la vida volvéis?

CRESPO. Mirad que echado en el suelo,
 mi honor a voces os pido.

CAPITÁN. ¡Qué enfado!

CRESPO. Mirad que soy
alcalde en Zalamea hoy.

CAPITÁN. Sobre mí no habéis tenido
 jurisdicción: el consejo
de guerra enviará por mí.

CRESPO. ¿En eso os resolvéis?

CAPITÁN. Sí,
caduco y cansado viejo.

CRESPO. ¿No hay remedio?

- CAPITÁN. Sí, el callar
es el mejor para vos.
- CRESPO. ¿No otro?
- CAPITÁN. No.
- CRESPO. Pues juro a Dios,
que me lo habéis de pagar.—
¡Hola! (*Levántase y toma la vara.*)

ESCENA IX

LABRADORES, CRESPO, *el* CAPITÁN.

- LABRAD. (*Dentro:*) ¡Señor!
- CAPITÁN. (*Ap.*) ¿Qué querrán
estos villanos hacer?
(*Salen los LABRADORES.*)
- LABRAD. ¿Qué es lo que mandas?
- CRESPO. Prender
mando al señor Capitán.
- CAPITÁN. ¡Buenos son vuestros extremos!
Con un hombre como yo,
y en servicio del Rey, no
se puede hacer.
- CRESPO. Probaremos.
De aquí, si no es preso o muerto,
no saldréis.
- CAPITÁN. Yo os apercibo
que soy un capitán vivo.
- CRESPO. ¿Soy yo acaso alcalde muerto?
Daos al instante a prisión.

CAPITÁN. No me puedo defender:
fuerza es dejarme prender.
Al Rey desta sinrazón
me quejaré.

CRESPO. Yo también
de esotra —y aun bien que está
cerca de aquí, y nos oirá
a los dos—. Dejar es bien
esa espada.

CAPITÁN. No es razón
que...

CRESPO. ¿Cómo no, si vais preso?

CAPITÁN. Tratad con respeto...

CRESPO. Eso
está muy puesto en razón.
Con respeto le llevad
a las casas, en efeto,
del concejo; y con respeto
un par de grillos le echad
y una cadena; y tened,
con respeto, gran cuidado
que no hable a ningún soldado;
y a esos dos también poned
en la cárcel; que es razón
y aparte, porque después,
con respeto, a todos tres
les tomen la confesión.

Y aquí para entre los dos,
si hallo harto paño, en efeto,

con muchísimo respeto
os he de ahorcar, juro a Dios.
(*Vanse los LABRADORES con el CAPITÁN.*)

ESCENA XI

[*JUAN regresa a su casa.*]

ESCENA XII

INÉS, ISABEL, *muy triste*; JUAN.

INÉS. Tanto sentimiento deja;
que vivir tan afligida,
no es vivir, matarte es.

ISABEL. ¿Pues quién te ha dicho ¡ay, Inés!
que no aborrezco la vida?

JUAN. Diré a mi padre... (*Ap.*) ¡Ay de mí!
¿No es esta Isabel? Es llano
pues ¿qué espero? (*Saca la daga.*)

INÉS. ¡Primo!

ISABEL. ¡Hermano!

¿Qué intentas?

JUAN. Vengar así
la ocasión en que hoy has puesto
mi vida y mi honor.

ISABEL. Advierte...

JUAN. ¡Tengo de darte la muerte,
viven los cielos!

ESCENA XIII

CRESPO, LABRADORES.—DICHOS.

CRESPO. ¿Qué es esto?

JUAN. Es satisfacer, señor,
un injuria, y es vengar
una ofensa y castigar...

CRESPO. Basta, basta; que es error
que os atreváis a venir...

JUAN. ¿Qué es lo que mirando estoy?

CRESPO. ¿Delante así de mí hoy,
acabando ahora de herir
en el monte un capitán?

JUAN. Señor, sí le hice esa ofensa.
Que fué en honrada defensa,
de tu honor...

CRESPO. Ea, basta, Juan.—
Hola, llevadle también
preso.

JUAN. ¿A tu hijo, señor,
tratas con tanto rigor?

CRESPO. Y aun a mi padre también
con tal rigor le tratara.
(*Ap.*) Aquesto es asegurar
su vida, y han de pensar
que es la justicia más rara
del mundo.

JUAN. Escucha por qué,
habiendo un traidor herido,

a mi hermana he pretendido
matar también.

CRESPO. Ya lo sé;
pero no basta sabello
yo como yo; que ha de ser
como alcalde, y he de hacer
información sobre ello.

.....

JUAN. Nadie entender solicita
tu fin, pues sin honra ya,
prendes a quien te la da,
guardando a quien te la quita.
(*Llévanle preso.*)

ESCENA XIV

.....

CRESPO. Inés, pon ahí esa vara;
que pues por bien no ha querido
ver el caso concluído,
querrá por mal. (*Vase INÉS.*)

ESCENA XV

DON LOPE, SOLDADOS, CRESPO.

DON LOPE. (*Dentro:*) Para, para.

CRESPO. ¿Qué es aquesto? ¿Quién, quién hoy
se apea en mi casa así?
Pero ¿quién se ha entrado aquí?
(*Salen DON LOPE y SOLDADOS.*)

DON LOPE. ¡Oh Pedro Crespo! Yo soy;

que volviendo a este lugar
de la mitad del camino
(donde me trae, imagino,
un grandísimo pesar),
no era bien ir a apearme
a otra parte, siendo vos
tan mi amigo.

CRESPO. Guárdeos Dios;
que siempre tratáis de honrarme.

DON LOPE. Vuestro hijo no ha parecido
por allá.

CRESPO. Presto sabréis
la ocasión: la que tenéis,
señor, de haberos venido,
me haced merced de contar,
que venís mortal, señor.

DON LOPE. La desvergüenza es mayor
que se puede imaginar.

Es el mayor desatino
que hombre ninguno intentó.

Un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino...

—Que estoy perdido, os confieso,
de cólera.

CRESPO. Proseguid.

DON LOPE. Que un alcaldillo de aquí
al Capitán tiene preso.—

Y ¡vive Dios!, no he sentido
en toda aquesta jornada

esta pierna excomulgada,
sino es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado
donde el castigo le dé.
¡Vive Jesucristo, que
al grande desvergonzado
a palos le he de matar!

CRESPO. Pues habéis venido en balde,
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.

DON LOPE. Pues dárselos, sin que deje
dárselos.

CRESPO. Malo lo veo,
ni que haya en el mundo creo
quien tan mal os aconseje.
¿Sabéis por qué le prendió?

DON LOPE. No; mas sea lo que fuere,
justicia la parte espere
de mí; que también sé yo
degollar si es necesario.

CRESPO. Vos no debéis de alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.

DON LOPE. ¿Será más que un villanote?

CRESPO. Un villanote será,
que si es cabezudo da
en que ha de darle garrote,
por Dios, se salga con ello.

DON LOPE. No se saldrá tal, por Dios;

y si por ventura vos,
si sale o no, queréis vello,
decid dónde vive o no.

CRESPO. Bien cerca vive de aquí.

DON LOPE. Pues a decirme veni
quién es el alcalde.

CRESPO. Yo.

DON LOPE. ¡Vive Dios, que si sospecho!...

CRESPO. ¡Vive Dios, como os lo he dicho!

DON LOPE. Pues, Crespo, lo dicho, dicho.

CRESPO. Pues, señor, lo hecho, hecho.

DON LOPE. Yo por el preso he venido,
y a castigar este exceso.

CRESPO. Pues yo acá lo tengo preso
por lo que acá ha sucedido.

DON LOPE. ¿Vos sabéis que a servir pasa
al Rey, y soy su juez yo?

CRESPO. ¿Vos sabéis que me robó
a mi hija de mi casa?

DON LOPE. ¿Vos sabéis que mi valor
dueño desta causa ha sido?

CRESPO. ¿Vos sabéis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?

DON LOPE. ¿Vos sabéis cuánto os prefiere
el cargo que he gobernado?

CRESPO. ¿Vos sabéis que le he rogado
con la paz, y no la quiere?

DON LOPE. Que os entráis, es bien se arguya,
en otra jurisdicción.

- CRESPO. El se me entró en mi opinión,
sin ser jurisdicción suya.
- DON LOPE. Yo sabré satisfacer,
obligándome a la paga.
- CRESPO. Jamás pedí a nadie que haga
lo que yo me puedo hacer.
- DON LOPE. Yo me he de llevar el preso.
Ya estoy en ello empeñado.
- CRESPO. Yo por acá he sustanciado
el proceso.
- DON LOPE. ¿Qué es proceso?
- CRESPO. Unos pliegos de papel
que voy juntando, en razón
de hacer la averiguación
de la causa.
- DON LOPE. Iré por él
a la cárcel.
- CRESPO. No embarazo
que vais: sólo se repare
que hay orden que al que llegare
le den un arcabuzazo.
- DON LOPE. Como esas balas estoy
enseñado yo a esperar.
Mas no se ha de aventurar
nada en esta acción de hoy.—
Hola, soldado, id volando,
y a todas las compañías
que alojadas estos días
han estado y van marchando,

decid que bien ordenadas
lleguen aquí en escuadrones,
con balas en los cañones
y con las cuerdas caladas.

UN SOLD. No fué menester llamar
la gente; que habiendo oído
aquesto que ha sucedido,
se han entrado en el lugar.

DON LOPE. Pues vive Dios, que he de ver
si me dan el preso o no.

CRESPO. Pues vive Dios, que antes yo
haré lo que se ha de hacer. (*Vanse.*)

Sala de la cárcel.

ESCENA XVI

DON LOPE, *el* ESCRIBANO, SOLDADOS, CRESPO, *todos*
dentro.

(*Suenan cajas.*)

DON LOPE. Esta es la cárcel, soldados,
adonde está el Capitán:
si no os le dan al momento
poned fuego y la abrasad,
y si se pone en defensa
el lugar, todo el lugar.

ESCRIB. Ya, aunque la cárcel enciendan,
no han de darle libertad.

SOLDADOS. Mueran aquestos villanos.

CRESPO. ¿Qué mueran? Pues ¡qué! ¿no hay más?

DON LOPE. Socorro les ha venido.

DON LOPE. Este es el alcalde, y es
su padre.

CRESPO. No importa en tal
caso, porque si un extraño
se viniera a querellar,
¿no había de hacer justicia?
Sí: pues ¿qué más se me da
hacer por mi hija lo mismo
que hiciera por los demás?
Fuera de que, como he preso
un hijo mío, es verdad
que no escuchara a mi hija,
pues era la sangre igual...
Mírese si está bien hecha
la causa, miren si hay
quien diga que yo haya hecho
en ella alguna maldad,
si he inducido algún testigo,
si está escrito algo de más
de lo que he dicho, y entonces
me den muerte.

REY. Bien está
sentenciado; pero vos
no tenéis autoridad
de ejecutar la sentencia
que toca a otro tribunal.
Allá hay justicia, y así
remitid el preso.

CRESPO. Mal

podré, señor, remitirle,
porque como por acá
no hay más que sola una audiencia,
cualquiera sentencia que hay
la ejecuta ella, y así
está ejecutada ya.

REY. ¿Qué decís?

CRESPO. Si no creéis
que es esto, señor, verdad,
volved los ojos y vedlo:
aqueste es el Capitán.

*(Abren una puerta y aparece dado garrote en una silla
el CAPITÁN.*

REY. Pues ¿cómo así os atrevisteis?...

CRESPO. Vos habéis dicho que está
bien dada aquesta sentencia:
luego esto no está hecho mal.

REY. El consejo ¿no supiera
la sentencia ejecutar?

CRESPO. Toda la justicia vuestra
es solo un cuerpo no más:
si éste tiene muchas manos,
decid, ¿qué más se me da
matar con aquesta un hombre
que estotra había de matar?
Y ¿qué importa errar lo menos,
quien ha acertado lo más?

REY. Pues ya que aquesto es así,
¿por qué, como a capitán

y caballero, no hicisteis
degollarle?

CRESPO. ¿Eso dudáis?

Señor, como los hidalgos
viven tan bien por acá,
el verdugo que tenemos
no ha aprendido a degollar.
Y esa es querrela del muerto,
que toca a su autoridad,
y hasta que él mismo se queje,
no les toca a los demás.

REY. Don Lope, aquesto ya es hecho.
Bien dada la muerte está,
que errar lo menos no importa,
si acertó lo principal.
Aquí no quede soldado
alguno, y haced marchar
con brevedad; que me importa
llegar presto a Portugal.—
Vos, por alcalde perpetuo
de aquesta villa os quedad.

CRESPO. Sólo vos a la justicia
tanto supierais honrar.

(Vase el REY y el ACOMPAÑAMIENTO.)

DON LOPE. Agradeced al buen tiempo
que llegó Su Majestad.

CRESPO. Par Dios, aunque no llegara,
no tenía remedio ya.

.....



EL PRINCIPE CONSTANTE

JORNADA PRIMERA

ESCENAS I a VI

[*En la corte del REY DE FEZ vive la bella princesa FÉ-NIX, amada por MULEY, general valiente y de noble linaje. Sus amores se ven contrariados por la voluntad del REY, que desea casar a su hija con el poderoso príncipe TARUDANTE.*

Llegan a la corte noticias de que la fuerte armada del REY DE PORTUGAL se dispone a atacar la plaza de Tánger. El rey moro envía a MULEY para que con algunos jinetes entretenga con escaramuzas al enemigo, mientras él en persona se pone al frente de su ejército para expulsar a los portugueses de las tierras africanas.]

Plaza de Tánger.

ESCENA VII

Tocan dentro un clarín; hay ruido de desembarcar, y van saliendo DON FERNANDO, DON ENRIQUE, DON JUAN COUTIÑO y SOLDADOS portugueses.

D. FERN. Yo he de ser el primero, Africa bella, que he de pisar tu margen arenosa, porque oprimida al peso de mi huella

sientas en tu cerviz la poderosa
fuerza que ha de rendirte.

- D. ENR. Yo en el suelo
africano la planta generosa (Cae.)
el segundo pondré. ¡Válgame el cielo!
Hasta aquí los agüeros me han seguido.
- D. FERN. Pierde, Enrique, a esas cosas el recelo,
porque el caer agora, antes ha sido
que ya, como a señor, la misma tierra
los brazos en albricias te ha pedido.
- D. ENF. Desierta esta campaña y esta sierra
los alarbes, al vernos, han dejado.
- D. JUAN. Tánger las puertas de sus muros cierra.
- D. FERN. Todos se han retirado a su sagrado.
Don Juan Coutiño, conde de Miralva,
reconoced la tierra con cuidado:
antes que el sol, reconociendo el alba,
con más furia nos hiera y nos ofenda,
haced a la ciudad la primer salva.
Decid que defenderse no pretenda,
porque la he de ganar a sangre y fuego,
que el campo inunde, el edificio encienda.
- D. JUAN. Tú verás que a sus mismas puertas llego,
aunque volcán de llamas y de rayos
le deje al sol con pardas nubes ciego.

(Vase)

ESCENA VIII

[DON JUAN *ha ido a reconocer los alrededores. El infante DON ENRIQUE tiene vagos presentimientos que inquietan su espíritu, acerca de la jornada que van a comenzar los portugueses. Su hermano DON FERNANDO procura tranquilizarle.*]

ESCENA IX

DON JUAN.—DICHOS.

- D. JUAN. Señor,
yendo al muro a obedecerte,
a la falda de ese monte
vi una tropa de jinetes,
que de la parte de Fez
corriendo a esta parte vienen
tan veloces, que a la vista
aves, no brutos, parecen.
El viento no los sustenta,
la tierra apenas los siente;
y así la tierra ni el aire
saben si corren o vuelen.
- D. FERN. Saigamos a recibirlos,
haciendo primero frente
los arcabuceros: luego
los que caballos tuvieren
salgan también a su usanza,
con lanzas y con arneses.
; Ea. Enrique, buen principio

esta ocasión nos ofrece!

¡Animo!

D. ENR.

¡Tu hermano soy!

no me espantan accidentes

del tiempo, ni me espantara

el semblante de la muerte. (Vanse.)

ESCENAS X y XI

[*Se traba una reñida escaramuza entre las tropas portuguesas y las de MULEY. Los moros quedan vencidos y MULEY cae prisionero después de luchar bravamente. DON FERNANDO repara en que aflige a MULEY honda tristeza, que no puede ser producida por la pérdida de su libertad, pues es imposible "que tan tiernamente llorc. quien tan duramente hiere". El moro contesta que su mal es de amor, celos y ausencia. El generoso DON FERNANDO se conmueve y le da libertad para que vuelva a ver a su amada.*]

ESCENA XII

DON ENRIQUE, DON FERNANDO.

D. ENR.

¡Oh Fernando!

Tu persona, veloz, vengo buscando.

D. FERN.

Enrique, ¿qué hay de nuevo?

D. ENR.

Aquellos ecos,

ejércitos de Fez y de Marruecos

son; porque Tarudante

al rey de Fez socorre, y arrogante

el Rey con gente viene:

en medio cada ejército nos tiene,

de modo que cercados,
somos los sitiadores y sitiados.
Si la espalda volvemos
al uno, mal del otro nos podemos
defender; pues por una y otra parte
nos deslumbran relámpagos de Marte.
¿Qué haremos, pues, de confusiones lle-

D. FERN. ¿Qué? Morir como buenos, [nos?
con ánimos constantes.
¿No somos dos Maestres, dos Infantes,
cuando bastara ser dos portugueses
particulares, para no haber visto
la cara al miedo? Pues *Avis y Cristo*
a voces repitamos,
y por la fe muramos,
pues a morir venimos.

ESCENA XIII

DON JUAN.—DON FERNANDO, DON ENRIQUE.

D. JUAN. Mala salida a tierra dispusimos.

D. FERN. Ya no es tiempo de medios:
a los brazos apelen los remedios,
pues uno y otro ejército nos cierra
en medio. ¡Avis y Cristo!

D. JUAN. ¡Guerra, guerra!

(*Entranse sacando las espadas, y dase la batalla.*)

ESCENA XIV a XVI

[*Dase una batalla sangrienta en la que los moros vencen y persiguen a los portugueses.*]

ESCENA XVII

DON FERNANDO. *retirándose del REY y de otros moros.*

REY. Rinde la espada, altivo
portugués, que si logro el verte vivo
en mi poder, prometo
ser tu amigo. ¿Quién eres?

D. FERN. Un caballero soy; saber no esperes
más de mí. Dame muerte.

ESCENA XVIII

DON JUAN, *que se pone al lado de DON FERNANDO.*—DICHOS.

D. JUAN. Primero, gran señor, mi pecho fuerte.
que es muro de diamante,
tu vida guardará puesto delante.
¡Ea, Fernando mío,
muéstrese ahora el heredado brío!

REY. Si esto escucho, ¿qué espero?
Suspéndanse las armas, que no quiero
hoy más felice gloria;
que este preso me basta por victoria.
Si tu prisión o muerte

con tal sentencia decretó la suerte,
da la espada, Fernando,
al Rey de Fez.

| con

ESCENA XIX

MULEY; *después* DON ENRIQUE.—DICHOS.

MULEY. ¿Qué es lo que estoy mirando?

D. FERN. Sólo a un rey la rindiera,
que desesperación negarla fuera.

(Sale DON ENRIQUE.)

D. ENR. ¡Preso mi hermano!

D. FERN. Enrique,
tu voz más sentimiento no publique;
que en la suerte importuna
estos son los sucesos de fortuna.

REY. Enrique, don Fernando
está hoy en mi poder; y aunque mostrando
la ventaja que tengo,
pudiera daros muerte, yo no vengo
hoy más que a defenderme;
que vuestra sangre no viniera a hacerme
honras tan conocidas
como podrán hacerme vuestras vidas.
Y para que el rescate
con más puntualidad al Rey se trate,
vuelve tú; que Fernando
en mi poder se quedará, aguardando
que vengas a libralle.
Pero dile a Duarte, que en llevalle

será su intento vano,
si a Ceuta no me entrega por su mano.—
Y agora Vuestra Alteza,
a quien debo esta honra, esta grandeza,
a Fez venga conmigo.

D. FERN. Iré a la esfera cuyos rayos sigo.

MULEY. (Ap.) Porque yo tenga ¡cielos!
más que sentir entre amistad y celos.

D. FERN. Enrique, preso quedo.
Ni al mal ni a la fortuna tengo miedo.
Dirásle a nuestro hermano
que haga aquí como príncipe cristiano
en la desdicha mía.

D. ENR. ¿Pues quién de sus grandezas desconfía?

D. FERN. Esto te encargo y digo
que haga como cristiano.

D. ENR. Yo me obligo
a volver como tal.

D. FERN. Dame esos brazos.

D. ENR. Tú eres el preso y pónesme a mí lazos.

D. FERN. Don Juan, adiós.

D. JUAN. Yo he de quedar contigo;
de mí no te despidas.

D. FERN. ¡Leal amigo!

D. ENR. ¡Oh infelice jornada!

D. FERN. Dirásle al Rey... Mas no le digas nada,
si con grande silencio el miedo vano
estas lágrimas lleva al Rey mi hermano.

(Vanse.)



JORNADA SEGUNDA

Falda de un monte cercano a los jardines del REY DE FEZ.

ESCENA I

FÉNIX, y luego MULEY.

FÉNIX. ¡Zara! ¡Rosa! ¡Estrella! ¿No
hay quien me responda? (*Sale MULEY.*)

MULEY. Sí,

que tú eres sol para mí
y para ti sombra yo,
y la sombra al sol siguió.
El eco dulce escuché
de tu voz, y apresuré
por esta montaña el paso.
¿Qué sientes?

FÉNIX. Oye, si acaso
puedo decir lo que fué.

Lisonjera, libre, ingrata,
dulce y süave una fuente
hizo apacible corriente
de cristal y undosa plata;
lisonjera se desata,
porque hablaba y no sentía;
süave, porque fingía;
libre, porque claro hablaba;
dulce, porque murmuraba;
e ingrata, porque corría.

Aquí cansada llegué,
después de seguir ligera
en ese monte una fiera,
en cuya frescura hallé
ocio y descanso; porque
de un montecillo a la espalda,
de quien corona y guirnalda
fueron clavel y jazmín,
sobre un catre de carmín
hice un foso de esmeralda.

Apenas en él rendí
el alma al susurro blando
de las soledades, cuando
ruido en las hojas sentí.
Atenta me puse y vi
una caduca africana,
espíritu en forma humana,
ceño arrugado y esquivo,
que era un esqueleto vivo
de lo que fué sombra vana,
cuya rústica fiereza,
cuyo aspecto esquivo y bronco
fué escultura hecha de un tronco
sin pulirse la corteza.
Con melancolía y tristeza,
pasiones siempre infelices
(para que te atemorices)
una mano me tomó,
y entonces ser tronco yo

afirmé por las raíces.

Hielo introdujo en mis venas
el contacto, horror las voces,
que discurriendo veloces,
de mortal veneno llenas,
articuladas apenas,
esto les pude entender :
“¡Ay infelice mujer !
¡Ay forzosa desventura !
¿Qué en efecto esta hermosura
precio de un muerto ha de ser?”

Dijo, y yo tan triste vivo,
que diré mejor que muero ;
pues por instantes espero
de aquel tronco fugitivo
cumplimiento tan esquivo,
de aquel oráculo yerto
el presagio y fin tan cierto,
que mi vida ha de tener.—
¡Ay de mí ! que yo he de ser
precio vil de un hombre muerto ! (*Vase.*)

ESCENA II

MULEY. Fácil es de descifrar
ese sueño, esa ilusión,
pues las imágenes son
de mi pena singular.
A Tarudante has de dar
la mano de esposa ; pero

yo, que en pensarlo me muero,
estorbaré mi rigor;
que él no ha de gozar tu amor
si no me mata primero.

Perderte yo, podrá ser;
mas no perderte y vivir;
luego si es fuerza el morir
antes que lo llegue a ver,
precio mi vida ha de ser
con que ha de comprarte, ¡ay cielos!,
y tú en tantos desconsuelos
precio de un muerto serás,
pues que morir me verás
de amor, de envidia y de celos.

ESCENA III

[DON FERNANDO trata fraternalmente a sus compañeros de cautiverio.]

ESCENA IV

DON FERNANDO, MULEY.

D. FERN. El alma
queda en lastimosa calma,
viendo que os vais sin favor
de mis manos. ¡Quién pudiera
socorrerlos! ¡Qué dolor!

MULEY. Aquí estoy viendo el amor
con que la desdicha fiera

de esos cautivos tratáis.

D. FERN. Duélome de su fortuna,
y en la desdicha importuna
que a esos cautivos miráis
aprendo a ser infelice;
y algún día podrá ser
que los haya menester.

MULEY. ¿Eso Vuestra Alteza dice?

D. FERN. Naciendo infante, he llegado
a ser esclavo y así
temo venir desde aquí
a más miserable estado;
que si ya en aqueste vivo,
mucha más distancia tray
de infante a cautivo, que hay
de cautivo a más cautivo.

Un día llama a otro día,
y así llama y encadena
llanto a llanto y pena a pena.

MULEY. ¡No fuera mayor la mía!

Que Vuestra Alteza mañana,
aunque hoy cautivo está,
a su patria volverá;
pero mi esperanza es vana,
pues no puede alguna vez
mejorarse mi fortuna,
mudable más que la luna.

.....

ESCENA V

El REY.—DON FERNANDO.

REY. Por la falda deste monte
vengo siguiendo a Tu Alteza,
porque antes que el sol se oculte
entre corales y perlas,
te diviertas en la lucha
de un tigre, que ahora cercan
mis cazadores.

D. FERN. Señor,
gustos por puntos inventas
para agradarme: si así
a tus esclavos festejas,
no echarán menos la patria.

REY. Cautivos de tales prendas
que honran al dueño, es razón
servirlos desta manera.

ESCENA VI

DON JUAN.—DICHOS.

D. JUAN. Sal, gran señor, a la orilla
del mar, y verás en ella
el más hermoso animal
que añadió naturaleza
al artificio; porque
una cristiana galera
llega al puerto, tan hermosa,

aunque toda oscura y negra,
que al verla se duda cómo
es alegre su tristeza.

Las armas de Portugal
vienen por remate della;
que como tienen cautivo
a su Infante, tristes señas
visten por su esclavitud,
y a darle libertad llegan,
diciendo su sentimiento.

D. FERN. Don Juan amigo, no es esa
de su luto la razón;
que si a librarme vinieran,
en fe de mi libertad
fueran alegres las muestras.

ESCENA VII

DON ENRIQUE, *vestido de luto, con un
pliego.*—DICHOS.

D. ENR. (*Al REY.*) Dadme, gran señor, los brazos.

REY. Con bien venga Vuestra Alteza.

D. FERN. ¡Ay, don Juan, cierta es mi muerte!

REY. ¡Ay, Muley, mi dicha es cierta!

D. ENR. Ya que de vuestra salud
me informa vuestra presencia,
para abrazar a mi hermano
me dad, gran señor, licencia.
¡Ay, Fernando! (*Abrázanse.*)

FERN.

Enrique mío,
 ¿qué traje es ese? Mas cesa;
 harto me han dicho tus ojos,
 nada me diga tu lengua.
 No llores, que si es decirme
 que es mi esclavitud eterna
 eso es lo que más deseo;
 albricias pedir pudieras,
 y en vez de dolor y luto
 vestir galas y hacer fiestas.
 ¿Cómo está el Rey, mi señor?
 Porque como salud tenga,
 nada siento. ¿Aún no respondes?

D. ENR.

Si repetidas las penas
 se sienten dos veces, quiero
 que sola una vez las sientas.—
 Tú escúchame, gran señor: (Al REY.)
 que aunque una montaña sea
 rústico palacio, aquí
 te pido me des audiencia,
 a un preso la libertad,
 y atención justa a estas nuevas.
 Rota y deshecha la armada,
 que fué con vana soberbia
 pesadumbre de las ondas,
 dejando en Africa presa
 la persona del Infante,
 a Lisboa di la vuelta.
 Desde el punto que Duarte

oyó tan trágicas nuevas,
de una tristeza cubrió
el corazón, de manera
que pasando a ser letargo
la melancolía primera,
muriendo desmintió a cuantos
dicen que no matan penas.
Murió el Rey, que esté en el cielo.

D. FERN. ¡Ay de mí! ¿Tanto le cuesta
mi prisión?

REY. De esa desdicha
sabe Alá lo que me pesa :
prosigue.

D. ENR. En su testamento
el Rey mi señor ordena
que luego por la persona
del Infante se dé a Ceuta.
Y así yo con los poderes
de Alfonso, que es quien le hereda,
porque solo este lucero
suplira del sol la ausencia,
vengo a entregar la ciudad ;
y pues...

D. FERN. No prosigas, cesa,
cesa, Enrique ; porque son
palabras indignas esas,
no de un portugués infante,
de un maestro, que profesa
de Cristo la religión,

pero aun de un hombre lo fueran
vil, de un bárbaro sin luz
de la fe de Cristo eterna.
Mi hermano, que está en el cielo,
si en su testamento deja
esa cláusula, no es
para que se cumpla y lea,
sino para mostrar solo
que mi libertad desea,
y esa se busque por otros
medios y otras conveniencias,
o apacibles o crueles.
Porque decir: "Dése a Ceuta",
es decir: hasta eso haced
prodigiosas diligencias.
Que un rey católico y justo,
¿cómo fuera, cómo fuera
posible entregar a un moro
una ciudad que le cuesta
su sangre, pues fué el primero
que con sólo una rodela
y una espada enarboló
las quinias en sus almenas?
Y esto es lo que importa menos.
Una ciudad que confiesa
católicamente a Dios,
la que ha merecido iglesias
consagradas a sus cultos
con amor y reverencia.

¿ fuera católica acción,
fuera religión expresa,
fuera cristiana piedad,
fuera hazaña portuguesa
que los templos soberanos,
atlantes de las esferas,
en vez de doradas luces,
adonde el sol reverbera,
vieran otomanas sombras,
y que sus lunas opuestas
en la iglesia, estos eclipses
ejecutasen tragedias?

¿ Fuera bien que sus capillas
a ser establos vinieran,
sus altares a pesebres,
y cuando aquesto no fuera,
volvieran a ser mezquitas?
Aquí enmudece la lengua,
aquí me falta el aliento,
aquí me ahoga la pena ;
porque en pensarlo no más
el corazón se me quiebra,
el cabello se me eriza
y todo el cuerpo me tiembla.

.....

¿ En misero cautiverio
fuera bueno que murieran
hoy tantas vidas, por una
que no importa que se pierda? —

¿Quién soy yo? ¿soy más que un hombre?
Si es número que acrecienta
el ser infante, ya soy
un cautivo: de nobleza
no es capaz el que es esclavo:
no lo soy; luego ya yerra
el que infante me llamare.
Si no lo soy, ¿quién ordena
que la vida de un esclavo
en tanto precio se venda?
Morir es perder el ser,
yo le perdí en una guerra:
perdí el ser, luego morí:
morí, luego ya no es cuerda
hazaña que por un muerto
hoy tantos vivos perezcan.
Y así estos vanos poderes,
hoy, divididos en piezas,
serán átomos del sol,
serán del fuego centellas.

(Rompe el pliego que traía DON ENRIQUE.)

Mas no, yo los comeré
porque aun no quede una letra
que informe al mundo que tuvo
la lusitana nobleza
este intento.—Rey, yo soy
tu esclavo, dispón, ordena
de mí; libertad no quiero,
ni es posible que la tenga.

Enrique, vuelve a tu patria :
di que en Africa me dejas
enterrado ; que mi vida
ya haré que muerte parezca.
Cristianos, Fernando es muerto ;
moros, un esclavo os queda ;
cautivos, un compañero
hoy se añade a vuestras penas ;
cielos, un hombre restaura
vuestras divinas iglesias ;
mar, un misero, con llanto,
vuestras ondas acrecienta ;
montes, un triste os habita,
igual ya de vuestras fieras ;
viento, un pobre con sus voces
os duplica las esferas ;
tierra, un cadáver hoy labra
en tus entrañas su huesa :
porque rey, hermano, moros,
cristianos, sol, luna, estrellas,
cielo, tierra, mar y viento,
fieras, montes, todos sepan
que hoy un *Príncipe constante*,
entre desdichas y penas,
la fe católica ensalza,
la ley de Dios reverencia.

REY.

.....
Desagradecido, ingrato
a las glorias y grandezas

de mi reino, ¿cómo así
hoy me quitas, hoy me niegas
lo que más he deseado?
Mas si en mi reino gobiernas
más que en el tuyo, ¿qué mucho
que la esclavitud no sientas?
Pero ya que esclavo mío
te nombras y te confiesas,
como a esclavo he de tratarte:
tu hermano y los tuyos vean
que ya como vil esclavo
los pies ahora me besas.

D. ENR. ¡Qué desdicha!

MULEY. ¡Qué dolor!

D. ENR. ¡Qué desventura!

D. JUAN. ¡Qué pena!

REY. Mi esclavo eres.

D. FERN. Es verdad,

y poco en eso te vengas;
que si para una jornada
salió el hombre de la tierra
al fin de varios caminos,
es para volver a ella.
Más tengo que agradecerte
que culparte, pues me enseñas
atajos para llegar
a la posada más cerca.
REY. Siendo esclavo tú, no puedes
tener títulos ni rentas.

Hoy Ceuta está en tu poder :
si cautivo te confiesas,
si me confiesas por dueño,
¿por qué no me das a Ceuta?

D. FERN. Porque es de Dios, y no es mía.

REY. ¿No es precepto de obediencia
obedecer al señor?

Pues yo te mando con ella
que la entregues.

D. FERN. En lo justo

dice el cielo que obedezca
el esclavo a su señor ;
porque si el señor dijera
a su esclavo que pecara,
obligación no tuviera
de obedecerle ; porque
quien peca mandado, peca.

REY. Daréte muerte.

D. FERN. Esa es vida.

REY. Pues para que no lo sea,
vive muriendo, que yo
rigor tengo.

D. FERN. Y yo paciencia.

REY. Pues no tendrás libertad.

D. FERN. Pues no será tuya Ceuta.

REY. ¡Hola!

ESCENA VIII

CELÍN, MOROS.—DICHOS.

CELÍN. Señor...
REY. Luego al punto
aquese cautivo sea
igual a todos: al cuello
y a los pies le echad cadenas:
a mis caballos acuda
y en baño y jardín, y sea
abatido como todos;
no vista ropas de seda,
sino sarga humilde y pobre;
coma negro pan, y beba
agua salobre; en mazmorras
húmedas y oscuras duerma;
y a criados y a vasallos
se extienda aquesta sentencia.
Llevadlos todos.

D. ENR. ¡Qué llanto!

MULEY. ¡Qué desdicha!

D. JUAN. ¡Qué tristeza!

REY. Veré, bárbaro, veré
si llega a más tu paciencia
que mi rigor.

D. FERN. Sí verás,
porque ésta en mí será eterna. (*Llévanle.*)

REY. Enrique, por el seguro
de mi palabra, que vuelvas

a Lisboa te permito ;
el mar africano deja.
Di en tu patria que su Infante
su Maestre de Avis, queda
curándome los caballos ;
que a darle libertad vengan.

D. ENR. Sí harán, que si yo le dejo
en su infelice miseria,
y me sufre el corazón
el no acompañarle en ella,
es porque pienso volver
con más poder y más fuerza,
para darle libertad.

REY. Muy bien harás, como puedas.

ESCENAS IX y X

[El REY DE FEZ reduce a cautiverio riguroso a DON FERNANDO, el cual se ve obligado a trabajar como los demás cautivos.]

ESCENA XI

DON FERNANDO, con dos cubos de agua.

DON JUAN.—CAUTIVOS.

D. FERN. Mortales, no os espante
ver un Maestre de Avis, ver un Infante
en tan misera afrenta,
que el tiempo estas miserias representa.

D. JUAN. Pues, señor, ¡ Vuestra Alteza

en tan mísero estado! De tristeza
rompa el dolor el pecho.

D. FERN. ¡Válgate Dios, qué gran pesar me has he-
don Juan, en descubrirme; [cho,
que quisiera ocultarme y encubrirme
entre mi misma gente,
sirviendo pobre y miserablemente!

CAUT. 1.º Señor, que perdonéis humilde os ruego
haber andado yo tan loco y ciego.

CAUT. 2.º Danos, señor, tus pies.

D. FERN. Alzad, amigo,
no hagáis tal ceremonia ya conmigo.

D. JUAN. Vuestra Alteza...

D. FERN. ¿Qué Alteza
ha de tener quien vive en tal bajeza?
Ved que yo humilde vivo,
y soy entre vosotros un cautivo:
ninguno ya me trate
sino como a su igual.

D. JUAN. ¡Que no desate
un rayo el cielo para darme muerte!

D. FERN. Don Juan, no ha de quejarse desa suerte
un noble. ¿Quién del cielo desconfía?
La prudencia, el valor, la bizarría
se ha de mostrar ahora.

.....

ESCENA XIII

FÉNIX, ROSA, ZARA.

FÉNIX. ¿Mandaste que me trajesen
las flores?

ZARA. Ya lo mandé.

FÉNIX. Sus colores deseé
para que me divirtiesen.

ROSA. ¡Que tales, señora, fuesen,
creyendo tus fantasías,
tus graves melancolías!

ZARA. ¿Qué te obligó a estar así?

FÉNIX. No fué sueño lo que vi,
que fueron desdichas mías.

 Cuando sueña un desdichado
que es dueño de algún tesoro,
ni dudo, Zara, ni ignoro
que entonces es bien soñado;
mas si a soñar ha llegado
en fortuna tan incierta
que desdichas le concierta.
ya aquellos sus ojos ven,
pues soñando el mal y el bien,
halla el mal cuando despierta.

 Piedad no espero, ¡ay de mí!,
porque mi mal será cierto.

ZARA. ¿Y qué dejas para el muerto,
si tú lo sientes así?

FÉNIX. Ya mis desdichas creí.
¡Precio de un muerto! ¿Quién vió
tal pena? No hay gusto, no,
a una infelice mujer.
¿Que al fin de un muerto he de ser?
¿Quién será este muerto?

ESCENA XIV

DON FERNANDO, *con las flores*.—FÉNIX, ZARA, ROSA.

D. FERN. Yo.
FÉNIX. ¡Ay, cielos! ¿Qué es lo que veo?
D. FERN. ¿Qué te admira?
FÉNIX. De una suerte
me admira el oírte y verte.
D. FERN. No lo jures, bien lo creo.
Yo, pues, Fénix, que deseo
servirte humilde, traía
flores, de la suerte mía
jeroglíficos, señora,
pues nacieron con la aurora,
y murieron con el día.
FÉNIX. A la maravilla dió
ese nombre al descubrilla.
D. FERN. ¿Qué flor, di, no es maravilla
cuando te la sirvo yo?
FÉNIX. Es verdad. Dí, ¿quién causó
esta novedad?
D. FERN. Mi suerte.



¿Qué flor, di, no es maravilla
cuando te la sirvo yo?

- FÉNIX. ¿Tan rigurosa es?
D. FERN. Tan fuerte.
FÉNIX. Pena das.
D. FERN. Pues no te asombre.
FÉNIX. ¿Por qué?
D. FERN. Porque nace el hombre
sujeto a fortuna y muerte.
FÉNIX. ¿No eres Fernando?
D. FERN. Sí soy.
FÉNIX. ¿Quién te puso así?
D. FERN. La ley
de esclavo.
FÉNIX. ¿Quién la hizo?
D. FERN. El Rey.
FÉNIX. ¿Por qué?
D. FERN. Porque suyo soy.
FÉNIX. ¿Pues no te ha estimado hoy?
D. FERN. Y también me ha aborrecido.
FÉNIX. ¿Un día posible ha sido
a desunir dos estrellas?
D. FERN. Para presumir por ellas,
las flores habrán venido.
Estas, que fueron ponipa y alegría
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana,
durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz, que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana.

¡ Tanto se emprende en término de un día!

A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecerse florecieron:
cuna y sepulcro en un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron:
en un día nacieron y espiraron:
que pasados los siglos, horas fueron.

FÉNIX. Horror y miedo me has dado,
ni oírte ni verte quiero;
sé el desdichado primero
de quien huye un desdichado.

D. FERN. ¿Y las flores?

FÉNIX. Si has hallado
jeroglíficos en ellas,
deshacellas y rompellas
sólo sabrán mis rigores.

D. FERN. ¿Qué culpa tienen las flores?

FÉNIX. Parecerse a las estrellas.

D. FERN. ¿Ya no las quieres?

FÉNIX. Ninguna
estimo en su rosicler.

D. FERN. ¿Cómo?

FÉNIX. Nace la mujer
sujeta a muerte y fortuna;
y en esta estrella importuna
tasada mi vida vi.

D. FERN. ¿Flores con estrellas?

FÉNIX. Sí.

D. FERN. Aunque sus rigores lloro.

esa propiedad ignoro.

FÉNIX. Escucha, sabráslo.

D. FERN. Di.

FÉNIX. Esos rasgos de luz, esas centellas que cobran con amagos superiores alimentos del sol en resplandores, aquello viven que se duele dellas.

Flores nocturnas son; aunque tan be-
efímeras padecen sus ardores, [llas,
pues si un día es el siglo de las flores,
una noche es la edad de las estrellas.

De esa, pues, primavera fugitiva
ya nuestro mal, ya nuestro bien se infiere:
registro es nuestro, o muera el sol o viva.

¿Qué duración habrá que el hombre es-
o qué mudanza habrá, que no reciba [pere,
de astro, que cada noche nace y muere?

(Vanse FÉNIX, ZARA y ROSA.)

ESCENAS XV a XVII

[MULEY, agradecido a la generosidad que DON FERNAN-
DO había usado con él, le ofrece medios para evadirse de
Fez con los demás cautivos. El INFANTE rechaza esta
proposición, porque estima que los deberes de la amistad
deben estar en MULEY por debajo de la lealtad para con
su príncipe. DON FERNANDO desea únicamente "sér un
príncipe constante en la esclavitud de Fez".]



JORNADA TERCERA

Sala de una quinta del REY moro.

ESCENAS I a III

[MULEY y FÉNIX suplican al REY que se apiade del INFANTE, al cual las enfermedades y el hambre han reducido a lastimoso estado; pero el REY, en vez de compadecerse, aumenta más y más su crueldad para con el pobre cautivo, que soporta con paciencia inalterable todas sus desdichas.]

ESCENA IV

DON ALFONSO y TARUDANTE, cada uno por su parte.

El REY, FÉNIX, MULEY.

- TARUD. Generoso rey de Fez...
D. ALF. Rey de Fez altivo y fuerte...
TARUD. Cuya fama...
D. ALF. Cuya vida...
TARUD. Nunca muera...
D. ALF. Viva siempre...
TARUD. (A FÉNIX.) Y tú de aquel sol aurora...
D. ALF. Tú de aquel ocaso oriente...
TARUD. A pesar de siglos dures...
D. ALF. A pesar de tiempos reines...
TARUD. Porque tengas...
D. ALF. Porque goces...
TARUD. Felicidades...
D. ALFON. Laureles...

- TARUD. Altas dichas...
- D. ALF. Triunfos grandes...
- TARUD. Pocos males...
- D. ALF. Muchos bienes...
- TARUD. ¿Cómo mientras hablo yo,
tú, cristiano, a hablar te atreves?
- D. ALF. Porque nadie habla primero
que yo, donde yo estuviere.
- TARUD. A mí, por ser de nación
alarbe, el lugar me deben
primero; que los extraños
donde hay propios, no prefieren.
- D. ALF. Donde saben cortesía,
sí hacen; pues vemos siempre
que dan en cualquiera parte
el mejor lugar al huésped.
- TARUD. Cuando esa razón lo fuera,
aun no pudiera vencerme;
porque el primero lugar
sólo se le debe al huésped.
- REY. Ya basta, y los dos ahora
en mis estrados se sienten.
Hable el portugués, que en fin
por de otra ley, se le debe
más honor.
- TARUD. (*Ap.*) Corrido estoy.
- D. ALF. Ahora yo seré breve:
Alfonso de Portugal,
rey famoso, a quien celebre

la fama en lenguas de bronce
a pesar de envidia y muerte,
salud te envía, y te ruega
que pues libertad no quiere
Fernando, como su vida
la ciudad de Ceuta cueste,
que reduzcas su valor
hoy a cuantos intereses
el más avaro codicie,
el más liberal desprecie;
y que dará en plata y oro
tanto precio como pueden
valer dos ciudades. Esto
te pide amigablemente;
pero si no se le entregas,
que ha de librarle promete
por armas, a cuyo efecto
ya sobre la espalda leve
del mar ciudades fabrica
de mil armados bajeles,
y jura que a sangre y fuego
ha de librarle y vencerte,
dejando aquesta campaña
llena de sangre, de suerte
que cuando el sol se levante
halle los matices verdes
esmeraldas, y los pierda
rubies cuando se acueste.

TARUD. Aunque como embajador

no me toca responderte,
en cuanto toca a mi rey,
puedo, cristiano, atreverme,
porque ya es suyo este agravio,
como hijo que obedece
al rey mi señor; y así
decir de su parte puedes
a don Alfonso que venga,
porque en término más breve
que hay de la noche a la aurora,
vea en púrpura caliente
agonizar estos campos,
tanto que los cielos piensen
que se olvidaron de hacer
otras flores que claveles.

D. ALF. Si fueras, moro, mi igual,
pudiera ser que se viese
reducida esta victoria
a dos jóvenes valientes;
mas dile a tu Rey que salga
si ganar fama pretende,
que yo haré que salga el mío.

TARUD. Casi has dicho que lo eres;
y siendo así, Tarudante
sabrás también responderte.

D. ALF. Pues en campaña te espero.

TARUD. Yo haré que poco me esperes,
porque soy rayo.

D. ALF. Yo, viento.

TARUD. Volcán soy que llamas vierte.

D. ALF. Hidra soy que fuego arroja.

TARUD. Yo soy furia.

D. ALF. Yo soy muerte.

REY. Señores, Vuestras Altezas,
ya que los enojos pueden
correr al sol las cortinas
que le embozan y obscurecen,
advertan que en tierra mía
campo aplazarse no puede
sin mí, y así yo le niego,
para que tiempo me quede
de serviros.

D. ALF. No recibo
yo hospedaje ni mercedes
de quien recibo pesares.
Por Fernando vengo: el verle
me obligó a llegar a Fez
disfrazado desta suerte:
antes de entrar en tu corte
supe que a esta quinta alegre
asistías, y así vine
a hablarte porque fin diese
la esperanza que me trajo;
y pues tan mal me sucede,
adviento, señor, que sólo
la respuesta me detiene.

REY. La respuesta, rey Alfonso,

será compendiosa y breve:
que si no me das a Ceuta,
no hayas miedo que le lleves.

- D. ALF. Pues yo he venido por él,
y he de llevarle: prevente
para la guerra que aplazo.—
Embajador, o quien eres,
veámonos en la campaña.
¡Hoy toda el Africa tiembre! (Vase.)

ESCENAS V y VI

[El REY concierta las bodas de TARUDANTE con su hija.
TARUDANTE sale a ponerse al frente de sus tropas para
combatir a los portugueses.]

ESCENA VII

- REY. Que tenga fe en este estado,
tan mísero y desdichado,
más me ofende, más me infama.—
Maestre, Infante.
- BRITO. El Rey llama.
- D. FERN. ¿A mí? Brito, haste engañado:
ni Infante ni Maestre soy,
el cadáver suyo, sí;
y pues ya en la tierra estoy,
aunque Infante y Maestre fui,
no es ese mi nombre hoy.
- REY. Pues no eres Maestre ni Infante,

respóndeme por Fernando.

D. FERN. Ahora, aunque me levante
de la tierra, iré arrastrando
a besar tu pie.

REY. Constante
te muestras, a mi pesar.
¿Es humildad o valor
esta obediencia?

D. FERN. Es mostrar
cuánto debe respetar
el esclavo a su señor.

Y pues que tu esclavo soy,
y estoy en presencia tuya
esta vez, tengo de hablarte:
mi Rey y señor, escucha.
Rey te llamé, y aunque seas
de otra ley, es tan augusta
de los reyes la deidad,
tan fuerte y tan absoluta,
que engendra ánimo piadoso.

.....
Porque el ser no te disculpa
de otra ley, que la crueldad
en cualquiera ley es una.
No quiero compadecerte
con mis lástimas y angustias
para que me des la vida,
que mi voz no la procura;
que bien sé que he de morir

de esta enfermedad que turba
mis sentidos, que mis miembros
discurre helada y caduca.
Bien sé que herido de muerte
estoy, porque no pronuncia
voz la lengua, cuyo aliento
no sea una espada aguda.
Bien sé al fin que soy mortal,
y que no hay hora segura.

.....
Tan cerca vivimos, pues,
de nuestra muerte; tan juntas
tenemos, cuando nacemos,
el lecho como la cuna.
¿Qué aguarda quien esto oye?
Quien esto sabe, ¿qué busca?
Claro está que no será
la vida: no admite duda;
la muerte, sí: ésta te pido,
porque los cielos me cumplan
un deseo de morir
por la fe; que aunque presumas
que esto es desesperación,
porque el vivir me disgusta,
no es sino afecto de dar
la vida en defensa justa
de la fe, y sacrificar
a Dios vida y alma juntas:
y así, aunque pida la muerte,

el afecto me disculpa.
Y si la piedad no puede
vencerte, el rigor presuma
obligarte. ¿Eres león?
pues ya será bien que rujas,
y despedaces a quien
te ofende, agravia e injuria.
¿Eres águila? Pues hiere
con el pico y con las uñas
a quien tu nido deshace.
¿Eres delfín? Pues anuncia
tormentas al marinero
que el mar de este mundo sulca.
¿Eres árbol real? Pues muestra
todas las ramas desnudas
a la violencia del tiempo,
que ira de Dios ejecuta.
¿Eres diamante? Hecho polvos
sé, pues, venenosa furia,
y cánsate; porque yo,
aunque más tormentos sufra,
aunque más rigores vea,
aunque lllore más angustias,
aunque más miserias pase,
aunque halle más desventuras,
aunque más hambre padezca,
aunque mis carnes no cubran
estas ropas, y aunque sea
mi esfera esta estancia sucia,

firme he de estar en mi fe ;
porque es el sol que me alumbra,
porque es la luz que me guía,
es el laurel que me ilustra,
no has de triunfar de la Iglesia ;
de mí, si quieres, triunfa ;
Dios defenderá mi causa,
pues yo defiendo la suya.

REY. ¿Posible es que en tales penas
blasones y te consueles,
siendo propias? ¿Que condenas
no me duelan, siendo ajenas,
si tú de ti no te dueles?

Que pues tu muerte causó
tu misma mano y yo no,
no esperes piedad de mí ;
ten tú lástima de ti,
Fernando, y tendréla yo. (Vase.)

D. FERN. (A TARUDANTE.) Señor Vuestra Majestad
me valga.

TARUD. ¡Qué desventura! (Vase.)

D. FERN. (A FÉNIX.) Si es alma de la hermosura
esa divina deidad,
vos, señora, me amparad
con el Rey.

FÉNIX. ¡Qué gran dolor!

D. FERN. ¿Aún no me miráis?

FÉNIX. ¡Qué horror!

D. FERN. Hacéis bien; que vuestros ojos

no son para ver enojos.

FÉNIX. ¡Qué lástima! ¡Qué pavor!

D. FERN. Pues aunque no me miréis
y ausentaros intentéis,
señora, es bien que sepáis,
aunque tan bella os juzgáis,
que más que yo no valéis,
y yo quizá valgo más.

FÉNIX. Horror con tu voz me das,
y con tu aliento me hieres.
¡Déjame, hombre! ¿Qué me quieres?
que no puedo sentir más. (Vase.)

ESCENA VIII

DON JUAN, *con un pan*.—DON FERNANDO, BRITO.

D. JUAN. Por alcanzar este pan
que traerte, me han seguido
los moros, y me han herido
con los palos que me dan.

D. FERN. Esa es la herencia de Adán.

D. JUAN. Tómale.

D. FERN. Amigo leal,
tarde llegas, que mi mal
es ya mortal.

D. JUAN. Déme el cielo
en tantas penas consuelo.

D. FERN. Pero ¿qué mal no es mortal
si mortal el hombre es,

y en este confuso abismo
la enfermedad de sí mismo
le viene a matar después?
Hombre mira que no estés
descuidado, la verdad
sigue, que hay eternidad,
y otra enfermedad no esperes
que te avise, pues tú eres
tu mayor enfermedad.

Pisando la tierra dura
de continuo el hombre está,
y cada paso que da
es sobre su sepultura.
Triste ley, sentencia dura
es saber que en cualquier caso
cada paso (¡gran fracaso!)
es para andar adelante,
y Dios no es a hacer bastante
que no haya dado aquel paso.

Amigos, a mi fin llevo;
llevadme de aquí en los brazos.

D. JUAN. Serán los últimos lazos
de mi vida.

D. FERN. Lo que os ruego,
noble don Juan, es que luego
que expire me desnudéis;
en la mazmorra hallaréis
de mi religión el manto,
que le traje tiempo tanto;

con éste me enterraréis
descubierto, si el Rey fiero
ablanda la saña dura,
dándome la sepultura;
y señaladla; que espero,
que aunque hoy cautivo muero,
rescatado he de gozar
el sufragio del altar;
que pues yo os he dado a vos
tantas iglesias, mi Dios,
alguna me habéis de dar.

(*Muere. Llévanle en brazos.*)

Playa distante de la ciudad de Fez.—Es de noche.

ESCENAS IX y X

[DON ALFONSO y DON ENRIQUE *desembarcan con sus tropas y se preparan para marchar contra Fez.*]

ESCENA XI

DON FERNANDO, DICHOS,

- D. FERN. (*Dentro.*) ¡Embiste, gran Alfonso! ¡Gue-
D. ALF. ¿Oyes confusas voces [rra! ¡Guerra!
romper los vientos tristes y veloces?
D. ENR. Sí, y en ellos se oyeron
trompetas que a embestir señal hicieron.
D. ALF. ¡Pues a embestir, Enrique, que no hay duda
que el cielo ha de ayudarnos hoy!

(Aparece el infante DON FERNANDO con manto capítular, y una hacha encendida.)

- D. FERN. Sí ayuda,
 porque obligando al cielo,
 que vió tu fe, tu religión, tu celo,
 hoy tu causa defiende.
 Librarme a mí de esclavitud pretende,
 porque por raro ejemplo,
 por tantos templos, Dios me ofrece un tem-
 y con esta luciente [plo;
 antorcha desasida del oriente,
 tu ejército arrogante
 alumbrando he de ir siempre delante,
 para que hoy en trofeos
 iguales, grande Alfonso, a tus deseos,
 llegues a Fez, no a coronarte agora,
 sino a librar mi ocaso en el aurora. (*Vase.*)
- D. ENR. Dudando estoy, Alfonso, lo que veo.
- D. ALF. Yo no, todo lo creo;
 y si es de Dios la gloria,
 no digas guerra ya, sino victoria. (*Vanse.*)

Vista interior de los muros de Fez.

ESCENA XII

*El REY y CELÍN; y en lo alto estará DON JUAN y un
 CAUTIVO, y un ataúd en que parezca estar
 el INFANTE.*

- D. JUAN. Bárbaro, gózate aquí

de que tirano quitaste
la mejor vida.

REY. ¿Quién eres?

D. JUAN. Un hombre, que aunque me maten
no he de dejar a Fernando,
y aunque de congoja rabie,
he de ser perro leal
que en muerte he de acompañarle.

REY. Cristianos, ese es padrón
que a las futuras edades
informe de mi justicia;
que rigor no ha de llamarse
venganza de agravios hechos
contra personas reales.
Venga Alfonso agora, venga
con arrogancia a sacarle
de esclavitud; que aunque yo
perdí esperanzas tan grandes
de que Ceuta fuese mía;
porque las pierda arrogante
de su libertad, me huelgo
de verle en estrecha cárcel.
Aun muerto no ha de estar libre
de mis rigores notables;
y así puesto a la vergüenza
quiero que esté a cuantos pase.

D. JUAN. Presto verás tu castigo,
que por campañas y mares
ya descubro desde aquí

- mis cristianos estandartes.
REY. Subamos a la muralla
a saber sus novedades.
D. JUAN. Arrastrando las banderas
y destemplados los parches,
muertas las cuerdas y luces,
todas son tristes señales. (*Vanse.*)

Vista interior de los muros.

ESCENA XIII

Tocan cajas destempladas; sale DON FERNANDO delante con un hacha encendida y detrás DON ALFONSO, DON ENRIQUE y SOLDADOS, que traen presos a TARUDANTE, FÉNIX y MULEY; después el REY y CELÍN.

- D. FERN. En el horror de la noche,
por sendas que nadie sabe,
te guié; ya con el sol
pardas nubes se deshacen.
Victorioso, gran Alfonso,
a Fez conmigo llegaste;
este es el muro de Fez,
trata en él de mi rescate. (*Vase.*)
D. ALF. ¡Ah de los muros! Decid
al Rey que salga a escucharme.
(Salen el REY y CELÍN al muro.)
REY. ¿Qué quieres, valiente joven?
D. ALF. Que me entregues al Infante,

al maestro don Fernando,
y te daré por rescate
a Tarudante y a Fénix,
que presos están delante.
Escoge lo que quisieres:
morir Fénix, o entregarle.

REY. ¿Qué he de hacer, Celín amigo,
en confusiones tan grandes?
Fernando es muerto, y mi hija
está en su poder. ¡Mudable
condición de la fortuna,
que a tal estado me trae!

FÉNIX. ¿Qué es esto, señor? Pues viendo
mi persona en este trance,
mi vida en este peligro,
mi honor en este combate,
¡dudas qué has de responder!
¿Un minuto, ni un instante
de dilación te permite
el deseo de librarme?
En tu mano está mi vida,
¿y consientes (¡pena grave!)
que la mía (¡dolor fiero!)
injustas prisiones aten?
De tu voz está pendiente
mi vida (¡rigor notable!),
¿y permites que la mía
turbe la esfera del aire?
A tus ojos ves mi pecho

rendido a un desnudo alfanje,
 ¿y consientes que los míos
 tiernas lágrimas derramen?
 Siendo Rey, has sido fiera;
 siendo padre, fuiste áspid;
 siendo juez, eres verdugo:
 ni eres Rey, ni juez, ni padre.

REY. Fénix, no es la dilación
 de la respuesta negarte
 la vida, cuando los cielos
 quieren que la mía acabe.
 Y puesto que ya es forzoso
 que una ni otra se dilate,
 sabe, Alfonso, que a la hora
 que Fénix salió ayer tarde,
 con el sol llegó al ocaso,
 sepultándose en dos mares
 de la muerte y de la espuma,
 juntos el sol y el Infante.
 Esta caja humilde y breve
 es de su cuerpo el engaste.
 Da la muerte a Fénix bella,
 venga tu sangre en mi sangre.

FÉNIX. ¡Ay de mí! Ya mi esperanza
 de todo punto se acabe.

REY. Ya no me queda remedio
 para vivir un instante.

D. ENR. ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?
 ¡Qué tarde, cielos, qué tarde

le llegó la libertad!

D. ALF. No digas tal; que si antes
Fernando en sombras nos dijo
que de esclavitud le saque,
por su cadáver lo dijo,
porque goce su cadáver
por muchos templos un templo,
y a él se ha de hacer el rescate.—
Rey de Fez, porque no pienses
que muerto Fernando vale
menos que aquesta hermosura,
por él cuando muerto yace
te la trueco. Envía, pues,
la nieve por los cristales,
el enero por los mayos,
las rosas por los diamantes,
y al fin, un muerto infelice
por una divina imagen.

REY. ¿Qué dices, invicto Alfonso?

D. ALF. Que esos cautivos le bajen.

FÉNIX. Precio soy de un hombre muerto;
cumplió el cielo su homenaje.

REY. Por el muro descolgad
el ataúd, y entregadle;
que para hacer las entregas
a sus pies voy a arrojarme.

*(Quítase del muro.—Bajan el ataúd con cuerdas
por el muro.)*

D. ALF. En mis brazos os recibo,

divino Príncipe mártir.

D. ENR. Yo, hermano, aquí te respeto.

ESCENA XIV

El REY, DON JUAN, CAUTIVOS.—DICHOS.

D. JUAN. Dame, invicto Alfonso, dame
la mano.

D. ALF. Don Juan amigo,
¡buena cuenta del Infante
me habéis dado!

D. JUAN. Hasta su muerte
le acompañé, hasta mirarle
libre, vivo y muerto estuve
con él: mirad donde yace.

D. ALF. Dadme, tío, vuestra mano;
que aunque necio e ignorante
a sacaros del peligro
vine, gran señor, tan tarde,
en la muerte, que es mayor,
se muestran las amistades;
en un templo soberano
haré depósito grave
de vuestro dichoso cuerpo.

REY. Todos es bien le acompañen.

D. ALF. Al son de dulces trompetas
y templadas cajas marche
el ejército con orden

de entierro para que acabe.
Pidiendo perdón humilde
aquí de sus yerros grandes,
el lusitano Fernando,
Príncipe en la fe constante.





CASA CON DOS PUERTAS
MALA ES DE GUARDAR

La escena pasa en Ocaña.

JORNADA PRIMERA

Campo a la entrada de la villa.

ESCENA I

MARCELA y SILVIA, *con mantos, como recelándose,*
detrás LISARDO, CALABAZAS.

MARCELA. ¿Vienen tras nosotras?

SILVIA. Si.

MARCELA. Pues párate. —Caballeros,
desde aquí habéis de volveros,
no habéis de pasar de aquí ;
porque si intentáis así
saber quién soy, intentáis
que no vuelva donde estáis
otra vez ; y si esto no

basta, volveos porque yo
os suplico que os volváis.

LISARDO. Dificilmente pudiera
conseguir, señora, el sol
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera ;
dificilmente quisiera
el norte, fija luz clara,
que el imán no le mirara,
y el imán difícilmente
intentara que obediente
el acero le dejara.

Si sol es vuestro esplendor,
girasol la dicha mía ;
si norte vuestra porfía,
piedra imán es mi dolor ;
si es imán vuestro rigor,
acero mi ardor severo :
pues ¿ cómo quedarme espero,
cuando veo que se van
mi sol, mi norte y mi imán,
siendo flor, piedra y acero ?

MARCELA. A esa flor hermosa y bella
término el día concede,
bien como a esa piedra puede
concederlos una estrella :
y pues él se ausenta y ella,
no culpéis la ausencia mía ;
decid a vuestra porfía,

piedra, acero o girasol,
que es de noche para el sol,
para la estrella, de día.

[LISARDO insiste en seguirla, pero ante los ruegos de la tapada se decide, por fin, a retirarse.]

ESCENAS II a IV

[LISARDO, que hace pocos días ha llegado a Ocaña, está hospedado en casa de su amigo DON FÉLIX, galán locamente enamorado de la hermosa LAURA. Los dos caballeros departen acerca de sus amoríos.]

ESCENA V

[Refiere LISARDO a DON FÉLIX su extraña aventura con la dama tapada. MARCELA y SILVIA escuchan la conversación desde una habitación contigua.]

SILVIA. (Ap.) El cuenta nuestro suceso.

MARCELA. ¡Oh quién pudiera estorbarle,
antes que en Félix las señas
alguna malicia causen!

D. FÉLIX. Proseguid.

LISARDO. Ella, en efecto,
siempre embozado el semblante,
me despidió con decirme
que como no examinase
quién era, ni la siguiese,
otro día estaría a hablarme.
Seis veces, pues, corrió al sol
las cortinas orientales

sumiller el alba, y seis
tapada hallé entre unos sauces
esta mujer. Yo, enfadado
de recato semejante,
determiné de seguirla
hoy cuando a Ocaña tornase,
pero no pude, porque
volviendo ella por instantes,
me vió, y no quiso pasar
de la vuelta desta calle.

D. FÉLIX. ¿Desta calle?

LISARDO. Y a la cuenta
vive hacia aquí, que al instante
la perdí de vista. Aquí
me dijo que la dejase
otra vez, porque su vida
aventuraba mi examen.

D. FÉLIX. ¡Extraña mujer!

MARCELA. (*Ap.*) Ya es fuerza
que las señas me declaren.

D. FÉLIX. Proseguid.

LISARDO. Yo, pues...

ESCENA VI

CELIA, *con manto*.—DICHOS.

CELIA. Don Félix,
¿podrá una mujer aparte
hablaros?

- D. FÉLIX. ¿Pues por qué no?
- MARCELA. (*Ap.*) ¡Oh, a qué buen tiempo llegaste,
mujer o ángel, para mí!
- D. FÉLIX. Luego irá el cuento adelante:
 permitid ahora, por Dios,
 que con esta mujer hable,
 que es criada de la dama
 que os dije.
- LISARDO. Pues que me maten,
 si ello no es lo que yo he dicho.
 Ved el recado que os trae. (*Vase.*)
-
- D. FÉLIX. ¿Era hora de vernos, Celia?
- CELIA. No te admires ni te espantes
 que no me atreva a venir
 a verte; porque si sabe
 mi señora que te he visto,
 no habrá duda que me mate.
- D. FÉLIX. ¿Tan crüel conmigo está?
- CELIA. Viniendo yo hacia esta parte
 a un recado, no he querido
 dejar de verte y hablarte.
- D. FÉLIX. ¿Y qué hace tu hermoso dueño?
- CELIA. Sentir, es lo que más hace,
 tu ingratitud.
- D. FÉLIX. ¡Plegue a Dios,
 si la ofendi, que El me falte!
- CELIA. ¿Por qué a ella no se lo dices?
- D. FÉLIX. Porque no quiere escucharme.

- CELIA. Si tú hubieras de callar,
yo me atreviera a llevarte
donde la hablaras.
- D. FÉLIX. ¡Ay, Celia,
no habrá mármol que así calle!
- CELIA. Pues vente agora conmigo:
yo haré una seña si sale
mi señor, y dejaré
la puerta abierta; tú entrarte
hasta su cuarto podrás.
- D. FÉLIX. Dasme nuevo aliento, dasme
nueva vida.
- CELIA. Aquesta es
la hora mejor; más no aguardes,
vente tras mí.
- D. FÉLIX. Tras ti voy.
- CELIA. (Ap.) ¡Ay bobillos, y qué fácil,
a la casa de su dama,
es de llevar un amante!
- (Vanse DON FÉLIX y CELIA.)
- MARCELA. ¡Yo salí de lindo susto!
- SILVIA. Pues ¿cómo afirmas que sales,
si luego han de verse? Luego
proseguirá el cuento.
- MARCELA. Antes
lo habré remediado.
- SILVIA. ¿Cómo?
- MARCELA. Escribiéndole que calle
hasta que se vea conmigo,

y esto ha de ser esta tarde.

SILVIA. ¿Declarada por quien eres?

MARCELA. ¡Jesús, el cielo me guarde!

SILVIA. Pues ¿qué has de hacer?

MARCELA. ¿No es mi hermano

de Laura, mi amiga, amante?

¿No sabe lo que es amor?

Pues hoy he de declararme

con ella, y hoy has de ver,

Silvia, el más extraño lance

de amor, porque yo fingida...

Pero no quiero contarle;

que no tendrá después gusto

el paso, contado antes. (*Vanse.*)

ESCENAS VII a X

[*Casa de FABIO, padre de LAURA. Aprovechando una ausencia de FABIO entra DON FÉLIX para desenojar a la dama de sus pensamientos. Una vez reconciliados los amantes, deciden volver a verse aquella misma noche mientras duerma el padre de LAURA.*]





JORNADA SEGUNDA

ESCENA I

LAURA; CELIA *por una puerta, y por otra* MARCELA
Y SILVIA, *con mantos*; HERRERA.

LAURA. Tú seas muy bien venida
a esta casa.

MARCELA. Y tú seas,
amiga, muy bien hallada.

LAURA. Con tal visita, ya es fuerza
que lo esté.

MARCELA. Yo pienso antes
que te has de hallar mal con ella,
que vengo a darte cuidado.

.....
Mi amiga eres, Laura hermosa,
a quien dió naturaleza
noble sangre, claro ingenio;
¿pues de quién con más certeza
me fiaré, que de quien es
mi amiga, noble y discreta?

LAURA. Con tan grandes prevenciones
la proposición empiezas,
que ya más que tú decirla
estoy deseando saberla.

MARCELA. ¿Estamos solas?

LAURA. Sí estamos.—

Prosigue, pues,

MARCELA. Oye atenta.

Mi hermano don Félix, Laura,
por amistad que profesan
él y un noble caballero
desde sus edades tiernas,
le trajo a casa estos días,
que Aranjuez, sagrada esfera
del cuarto Felipe, cifra
la luz del cuarto planeta.
Este hospedaje, en efecto,
fué con tan vana advertencia,
que para traerle a casa
la primer cosa que ordena
es, que retirada yo
a un cuarto pequeño della,
les deje a los dos el mío,
y que tal recato tenga,
que escondida siempre dél,
ni alcance, Laura, ni entienda
que vivo en casa ; que así
(mas ¡ qué acción tan poco atenta !)
pensó sanear la malicia
de que Ocaña no dijera
que traía a casa un huésped
tan mozo, teniendo en ella
una hermana por casar :

y fué aquesto de manera,
que retirada a este cuarto
que te he dicho, aun una puerta
que sale al cuarto de Félix
(porque nunca presumiera
que había más casa), la hizo
cubrir con una antepuerta,
y por ella a aderezarle
sola Silvia sale y entra.

.....

Este recato, en efecto,
en Félix, mi hermano; esta
curiosidad, Laura, en mí,
o este destino en mi estrella,
despertaron un deseo
de saber si el huésped era,
como gallardo entendido,
cosa que quizá no hiciera
a no habérmelo vedado:
que en fin, la culpa primera
de la primera mujer
esto nos dejó en herencia.
Y para poder mejor
hablarle, sin que supiera
quién era la que le hablaba,
fuí una mañana a esas huertas,
paso de Aranjuez, por donde
había de pasar por fuerza.
Llaméle pensando, Laura,

que el hablarle no tuviera
mayor empeño que hablarle
por curiosidad o tema.
Mas ¡ay, que es fácil la entrada
cuanto difícil la vuelta
del más hermoso peligro!
Dígalo el mar desde afuera,
convidando con la paz
a cuantos a verle llegan,
cuando jugando las ondas
unas con otras se encuentran;
pues el que más confiado
pisó su inconstante selva,
ese lloró más perdido
la saña de sus ofensas.
Yo así apacible juzgué
el mar de amor; pero apenas
reconocí sus halagos,
cuando sentí sus violencias.
Pensarás que este cuidado
sólo alcanza, sólo llega
a hallarme hoy enamorada;
pues más mal hay que el que piensas,
porque de amor y de honor
estoy corriendo tormenta.
Hoy, pues, Lisardo a don Félix
(que yo detrás de la puerta
que te he dicho lo escuchaba)
de todo le daba cuenta,

si (no importa declararme)
no se lo estorbara Celia.
Doblada quedó la hoja,
y temo que por las señas
del rostro, que ya me vió
Lisardo, o por la cautela
con que le hablé, o por haber
seguídome hasta tan cerca
de casa, puedan en Félix
moverse algunas sospechas;
y así, antes que el discurso
a enlazarse, Laura, vuelva,
me importa hablar a Lisardo,
para cuyo efecto queda
Silvia ya con un papel,
en que le digo que venga
a verme a esta casa, donde
yo he de estar...

LAURA. Detente, espera,
que has usado neciamente,
Marcela, de la licencia
de la amistad; pues primero
que a ese Lisardo escribieras,
ni a mi casa le llamaras,
debieras mirar, debieras
advertir desde la tuya,
los inconvenientes desta.

MARCELA. Ya, Laura, los he mirado,
sin que corran por tu cuenta.

LAURA. ¿De qué manera? Si yo...

MARCELA. Escucha de qué manera:
Tu casa tiene dos cuartos,
y del uno cae la puerta
a otra calle; a Silvia dije
que le trajese por ella;
de suerte que entrando, Laura,
por donde saber no pueda
en fin, como forastero,
si es casa tuya, ¿qué arriesgas?

LAURA. Arriesgo el que lo pregunte,
y lo que hoy no sabe, sepa
mañana, y piense que yo
soy la tapada.

MARCELA. Que adviertas
te pido, que yo he de estar
de visita y descubierta,
como si fuera mi casa,
dentro de la tuya misma.

ESCENA II

SILVIA, *con manto*.—DICHOS.

SILVIA. A Ocaña he dado mil vueltas
hasta hallarle.

MARCELA. Silvia. ¿qué hay?

SILVIA. Que di tu papel, y apenas
le leyó, cuando tras mí
vino, y queda ya a la puerta

que me dijiste.

MARCELA. Ya, Laura,
no hay como excusarte puedas

Laura. (Ap.) ; Oh, a qué de cosas se obliga
quien tiene una amiga necia! (Vase.)

ESCENA III

SILVIA, LISARDO.—MARCELA.

SILVIA. Esta es la casa, señor,
de aquella dama encubierta,
que ya descubierta veis.

LISARDO. ¿Quién vió dicha como ésta?

MARCELA. Aunque es verdad que pudiera
hoy, por el gusto de hablaros,
señor Lisardo, llamaros
a mi casa, no lo hiciera,
a no tener que reñiros
un descuido contra mí.

LISARDO. ¿Descuido contra vos?

MARCELA. Sí,
de que me importa advertiros.

LISARDO. Si vos misma disculpáis
mi ignorancia, con que ha sido
descuido mal advertido,
ya importa que le digáis,
porque no vuelva a incurrir

en lo que ignorante estoy.

MARCELA. ¿A quién empezasteis hoy
nuestro suceso a decir,
que os estorbó una criada
la relación?

LISARDO. Ya os entiendo,
y aunque pueda, no pretendo
satisfaceros en nada;
porque mujer que de mí,
donde no soy conocido,
tanta noticia ha tenido;
mujer que se guarda así
de un hombre, de quien yo soy
amigo; mujer que tiene
criada en su casa, que viene
con las nuevas que le doy...

Harto callando la digo,
harto con irme la muestro,
porque antes que galán vuestro
fuí de don Félix amigo.

MARCELA. Habéis sin duda pensado,
por las nuevas que yo os doy,
que dama de Félix soy;
pues estáis muy engañado;
y esto me habéis de creer,
si algo cré quien dice que ama,
que no sólo soy su dama,
mas que no lo puedo ser.

LISARDO. Si los principios negáis,

mal argumento tenéis.
¿De quién mi nombre sabéis,
y de mi informada estáis?
¿De quién, pues, habéis sabido
(decir puedo en un momento)
lo que en su mismo aposento
a los dos ha sucedido?

.....
Porque si no sois...

ESCENA IV

CELIA; después, LAURA.—DICHOS.

- CELIA. Señora.
- MARCELA. ¿Qué hay, Celia?
- CELIA. Que mi señor
viene por el corredor.
- MARCELA. (A Celia.) Esto me faltaba ahora.
¿Podrá salir?
- CELIA. No, que viene
por la puerta que él entró,
y saber que hay otra no
es posible, ni conviene.
Hasta aquí entra ya.
- LISARDO. ¿Qué haré?
- CELIA. Esconderos es forzoso
en esta cuadra.
- LISARDO. Dudoso
estoy.

X

JORNADA SEGUNDA

MARCELA. Presto, que si os ve...
LISARDO. ¡Vive Dios, que estoy perdido!
(*Escóndese en un aposento.*)

(*Sale LAURA.*)

MARCELA. Cercada de penas muero.
LAURA. ¿Ves, Marcela? En el primero
hurto al fin nos han cogido.

.....

ESCENA V

FABIO.—DICHOS.

FABIO. Esta puerta, ¿cuándo abierta
sueles, por dicha, tener?
LAURA. Vínome Marcela a ver,
y por estar esa puerta
la más cerca de una casa
adonde ella estaba, yo
la hice abrir; por ella entró,
y quedóse así; esto pasa.
FABIO. Perdonad, bella Marcela;
que como la luz del día
ya se va a poner, no os vía.
LAURA. (*Ap.*) ¡Gran daño el alma recela!
.....
FABIO. ¡Hola, traed luces aquí!

ESCENA VI

CELIA, con luces, que pone sobre un bufete; HERRERA.—DICHOS.

CELIA. Ya aquí las luces están.

HERRERA. Las ocho y media serán;
¿habemos de irnos de aquí
esta noche, pues que ya
ha anochecido, señora?
¿No es de recogerlos hora?

MARCELA. Pena el dejarte me da,
Laura, con este cuidado; (*Ap. a ella.*)
pero excusarle no puedo.

LAURA. Yo, en fin, a pagar me quedo
las culpas que no he pecado.

MARCELA. ¿Qué puedo hacer? (*¡Ay de mí!*)
Dadme licencia.

FABIO. Yo iré
sirviéndoos.

MARCELA. No hay para qué
me tratéis, señor, así.
Quedad con Dios.

LAURA. (*Ap. a Marcela.*) Mejor es
dejarle ir, para que pueda
irse este hombre que aquí queda.

FABIO. Yo tengo de ir con vos.

MARCELA. Pues
me honráis tanto, replicar

a vuestra gran cortesía
pareciera grosería.

FABIO. La mano me habéis de dar.

MARCELA. Sois tan galán, que no puedo
negaros ese favor.

(*Vanse FABIO, MARCELA, HERRERA y SILVIA.*)

LAURA. ¿Hay, Celia, pena mayor
que la pena con que quedo?

.....
CELIA. Todo cuanto aquí nos pasa,
fácil enmienda ha tenido
con irse ahora mi señor.

Retírate tú de aquí:
yo le sacaré de allí
sin que pueda del error
en que está desengañarse;
pues él sin veros se irá,
ni a ti ni a Marcela.

LAURA. Ya
sólo falta efectuarse.

La puerta abre; mas detente,
que parece que he sentido
en esta sala rüido.

CELIA. Ya es otro el inconveniente.

ESCENA VII

DON FÉLIX.—LAURA, CELIA.

D. FÉLIX. Apenas la sombra fría
tendió, Laura, el manto negro

copa de noche que viste
para disfrazarse el cielo,
cuando a la puerta me hallaron
las estrellas; que el deseo
tanto anticipa las horas,
que a verte a estas horas vengo
haciendo el tiempo en tu calle,
por que no se pierda el tiempo.

.....
LAURA. ¿Te entras aquí, sin mirar
que ha de volver al momento
mi padre?

D. FÉLIX. Sólo he querido
que sepas, Laura, que espero
en la calle a que sea hora
para hablarte; porque luego
no digas que de otra parte
vengo, cuando a verte vengo.
En la calle, pues, estoy.

LAURA. Eso sí; vuélvete presto,
que al punto que se recoja
mi padre, hablarnos podremos
más despacio. No me tengas
con tanto susto, que creo
que sospechoso (; ay de mí!)
está ya del amor nuestro;
tanto que a esa puerta falsa
la llave ha quitado. (*Ap.* Esto
digo por asegurar

el paso al que está acá dentro),
y anda todos estos días
a casa yendo y viniendo.

D. FÉLIX. Por quitarte ese temor
me voy, y en la calle espero.

FABIO. (*Dentro.*) ¡Hola, bajad una luz!

LAURA. El viene ya.

CELIA. Dicho y hecho.

(*Toma CELIA una luz, y vase.*)

D. FÉLIX. Si de esotra puerta dices
que quitó la llave, es cierto
que no hay por donde salir,
y así en aqueste aposento
me esconderé.

(*Va a entrar donde está LISARDO, y se pone
delante LAURA.*)

LAURA. Aguarda, espera;
que no has de entrar aquí dentro.

D. FÉLIX. ¿Por qué?

LAURA. Porque siempre aquí
está mi padre escribiendo
mucha parte de la noche.

D. FÉLIX. ¡Vive Dios, que no es por eso!
porque al entreabrir la puerta
he visto un bulto allá dentro.

LAURA. Mira...

D. FÉLIX. Aquí, ¿qué hay que mirar?

LAURA. Advierte...

D. FÉLIX. Ya nada temo.

LAURA. Que entra ya mi padre.

D. FÉLIX. ¡Ay, triste,
en qué gran duda estoy puesto!
Si aquí hago alboroto, a Fabio
de sus ofensas advierto;
si callo, sufro las mías.

ESCENA VIII

FABIO.—DICHOS.

FABIO. ¡Vos aquí, Félix! ¿Qué es esto? [haces.

LAURA. (*Ap. a DON FÉLIX.*) Mira por Dios lo que

D. FÉLIX. Buscando a mi hermana vengo,
que me dijeron que aquí
estaba.

FABIO. Ya yo la dejo
en su casa, y vengo ahora
de servirla de escudero.

LAURA. Eso es lo mismo que yo
le estaba, señor, diciendo.

D. FÉLIX. Dios os guarde por la honra
que a mi hermana la habéis hecho.

FABIO. Ella os espera ya en casa.

D. FÉLIX. (*Ap.*) No sé (¡ay Dios!) lo que hacer debo.
Estarme aquí, es necedad;
irme, si aquí un hombre dejo,
es desaire; alborotar
aquesta casa, desprecio;
pues esperarle en la calle,

si hay dos puertas, ¿cómo puedo
yo solo? ¡Oh, quién a Lisardo,
que es mi amigo verdadero,
consigo hubiera traído!
Mas ya he pensado el remedio.
Quedad con Dios.

FABIO. El os guarde.

D. FÉLIX. Hoy he de ver ¡vive el cielo!
si es verdad que la fortuna
ayuda al atrevimiento.

(*Don FÉLIX se va muy aprisa, FABIO llega hasta la
puerta con él, y CELIA después toma una luz
y se va; FABIO toma otra luz.*)

ESCENA IX

CELIA, *que vuelve con la luz; después LISARDO.*

CELIA. Sin esperar que bajara
a alumbrarle, en un momento
se me desapareció Félix.
Bien se deja ver su intento,
que es de dar presto la vuelta
a la calle; mas primero
que él llegue, ya habrá salido
estotro; que en su aposento
está mi señor con Laura.
No hay que esperar.—Caballero, (*A Lis.*)
en gran confusión estamos
por vos. (*Sale LISARDO.*)

LISARDO. Ya sé lo que os debo ;
que aunque he entendido muy poco
del caso, porque aquí dentro
llegaban muertas las voces,
he entendido por lo menos
los empeños desta casa.

CELIA. Vamos de aquí.

LISARDO. Vamos presto.

CELIA. (*Ap.*) Salga él una vez de casa,
y mas que sucedan luego
muertes de hombres en la calle.

(*Apaga la luz, y vase con él.*)

ESCENA X

DON FÉLIX ; *después* LAURA.

D. FÉLIX. En un esconce pequeño
que hace la escalera, antes
que la luz bajara, muerto
de celos y de desdichas
pude quedarme encubierto.
Poco lugar han tenido
de echar a este hombre, y no creo
que, sabiendo que en la calle
estoy, se atrevan a hacerlo.
El fin con que heme quedado,
a mis desdichas atento,
es de sacarle conmigo
hasta la calle, fingiendo

que soy criado de casa
y que sé todo el suceso.

(*Llégase a la puerta.*)

Esta es la puerta, y está
abierta. —Ce, caballero,
seguidme: seguro soy.
¿No me respondéis? ¿Qué es esto?
Obligaréisme callando,
¡vive Dios!, a que entre dentro. (*Entra.*)

(*Sale LAURA con luz.*)

LAURA. Celia, Celia, ¿dónde estás?
Pondré que se han ido huyendo
todos, y que me han dejado
en el peligro. Y es cierto;
pues nadie parece. ¡Ay triste!
¿Qué he de hacer en tanto aprieto?
Félix estará en la calle,
cuando estotro está aquí dentro.
Pero aunque todo lo arriesgue,
esto ha de ser; que primero
soy yo. Perdona Marcela
esta vez. —Ce, caballero,
a quien necia una mujer
en tanto peligro ha puesto,
no os espantéis de mirarme.

(*Sale DON FÉLIX embozado.*)

D. FÉLIX. ¿Cómo puedo, cómo puedo
dejar de espantarme, Laura,

de mirarte...?

LAURA. ¡Ay, Dios! ¿Qué veo?

D. FÉLIX. ¿Tan mudable?

LAURA. ¡Ay, infelice!

D. FÉLIX. ¡Y tan falsa!

LAURA. ¡Ay, Dios! ¿Qué es esto?

Detente, porque primero
que te vayas, has de oírme.

D. FÉLIX. ¿Puede ser mentira esto?

LAURA. Sí, bien puede ser mentira.

D. FÉLIX. ¿Mentira lo que estoy viendo?

LAURA. ¿Qué viste?

D. FÉLIX. El bulto de un hombre
que estaba en este aposento.

LAURA. Algún criado sería.

ESCENA XI

CELIA, *muy alborozada*.—DICHOS.

CELIA. Señora, ya por lo menos
nada sucederá en casa,
que ya en la calle los dejo.

(*Ve a DON FÉLIX, y túrbase.*)

D. FÉLIX. Mira, si era algún criado.

CELIA. ¿Pues esto ahora tenemos?

¿Cómo aquí?... No puedo hablar.

LAURA. ¿Ves, Félix, con cuánto aprieto

se eslabonan mis desdichas?

Pues culpa ninguna tengo.

D. FÉLIX. Pues yo la culpa tendré.

LAURA. Tanto te estimo y te quiero,
que aun no quiero yo decirlo
porque te está mal saberlo.

D. FÉLIX. ¿Qué antiguo sagrado es ese
de un culpado, en no teniendo
que responder? Esto, en fin,
se acabó. Laura, esto es hecho.
Adiós, adiós.

LAURA. Mira...

D. FÉLIX. Suelta...

LAURA. No has de irte así.

D. FÉLIX. ¡Vive el cielo
que dé voces que despierten
a tu padre, al mundo entero,
diciendo quién eres!

LAURA. ¡Félix!

D. FÉLIX. Harás que pierda el respeto
a tu hermosura, porque
nadie le tuvo con celos. (Vase.)

.....

ESCENA XIII

Cuarto de Lisardo en casa de don Félix.

MARCELA, con manto, SILVIA, sin él, y quedan a la
puerta.—LISARDO y CALABAZAS.

.....

LISARDO. Mira si ha venido Félix.

CALAB. Félix, no ; pero la dama
tapada sí que ha venido.

LISARDO. ¿Qué dices?

CALAB. *Ecce quam amas.*

MARCELA. Señor Lisardo, no sé
que sea acción cortesana
el irse sin despediros
hoy de una mujer que os ama.

.....
En fin, ¿os vais?

LISARDO. Sí, y huyendo
de vos, que vos sois la causa.

MARCELA. De eso infiero que sabéis
ya quién soy (¡estoy turbada!);
y si el haberlo sabido
anticipa la jornada,
id con Dios; pero advirtiendo
que fué en mí y en vos la causa
imposible de decirla,
y imposible de callarla.

LISARDO. No os entiendo, pues no sé
de vos (esta es verdad clara)
más de lo que sé de vos:
y antes la desconfianza
que hacéis de mí, es quien me mueve
a irme.

(*Mira CALABAZAS adentro.*)

CALAB. Ce, por la sala
entra don Félix.

- MARCELA. ; Ay, triste!
- LISARDO. ¿Qué os turba? ¿Qué os embaraza?
Conmigo estáis.
- MARCELA. Es verdad;
mas puesto que mis desgracias
unas con otras tropiezan,
y tan en mi alcance andan,
sabed que yo soy... No puedo,
no puedo hablar más palabra,
que entra ya. Mi vida está
en vuestras manos, guardadla;
que yo aquí me escondo. (*Escóndese.*)
- LISARDO. ; Cielos,
sacadme de dudas tantas!
Ella es su dama, sin duda,
pues que tanto dél se guarda.

ESCENA XIV

DON FÉLIX.—LISARDO; MARCELA, *escondida*.

- D. FÉLIX. Lisardo.
- LISARDO. ¿Qué hay, qué traéis,
don Félix?
- D. FÉLIX. Traigo un pesar,
y véngole a consolar
con vos, que me aconsejéis.
- LISARDO. Cuando por haber faltado
de casa... —(*Vete de aquí.*)
(*A CALABAZAS. Vase.*)

toda la noche, creí
que habíades celebrado
las paces con vuestra dama,
¡al amanecer venís
con el pesar que decís?

D. FÉLIX. Sí, que un mal a otro mal llama.

.....

Muy rendido ayer llegué,
donde (¡ay de mí!) satisfice
con los extremos que hice
las lágrimas que lloré,
las mal fundadas sospechas
que de mí (¡ay, cielos!) tenía
la hermosa enemiga mía;
y cuando ya satisfechas
estaban, y yo esperaba
de los sembrados rigores
coger el fruto en favores,
de la calle en que aguardaba
entré a verla muy contento;
y porque fué fuerza así
un aposento entreabrí
(mal haya mi sufrimiento) .
y en él (¡qué torpes desvelos!)
el bulto de un hombre vi.

LISARDO. (Ap.) ¡Esto es lo que anoche a mí
me pasó, viven los cielos!

D. FÉLIX. ¿Qué puedo hacer?

LISARDO.

Olvidar.

D. FÉLIX. ¡Ay, Lisardo, ¡quién pudiera!

CALAB. (*A la puerta.*) Señor, una dama ahí fuera dice que te quiere hablar.

D. FÉLIX. Ella es, que habrá venido a verme. Yo no he de vella.

LISARDO. Mirad primero si es ella.

ESCENA XV

LAURA, *tapada*.—DICHOS.

D. FÉLIX. ¿No he de haberla conocido?

Ella es, que en conclusión, querrá agora que yo crea que todo mentira sea.

LISARDO. (*Ap.*) Ya es otra mi confusión: si ésta es la que Félix ama, y dentro en su casa vió un hombre, y este fuí yo, ¿quién es, quién, estotra dama?

LAURA. Lisardo, por caballero os ruego que os ausentéis, y con Félix me dejéis, porque hablar con Félix quiero.

D. FÉLIX. ¿Quién te ha dicho que querrá el Félix hablarte a ti?

LAURA. Dejadnos solos.

LISARDO. Por mí obedecida estáis ya.

(*Vanse CALABAZAS y LISARDO.*)

ESCENA XVI

LAURA y DON FÉLIX; MARCELA *escondida*.

LAURA. Ya que estamos los dos solos,
don Félix, y que podré
decir a lo que he venido,
escúchame.

D. FÉLIX. ¿Para qué?
Ya sé que quieres decirme:
que ilusión, que engaño fué
cuanto allí vi y cuanto oí;
y si esto en fin ha de ser,
ni tú tienes qué decir,
ni yo tengo qué saber.

LAURA. ¿Y si nada de eso fuese,
sino todo eso al revés?

D. FÉLIX. ¿Cómo?

LAURA. Escucha, oiráslo.

D. FÉLIX. ¿Iráste
si te escucho?

LAURA. Sí.

D. FÉLIX. Di, pues.

(*Asoma MARCELA.*)

LAURA. Negarte que estaba un hombre
en mi aposento, y también
qué Celia le abrió la puerta,
no fuera justo, porque
negarle a un hombre en su cara

lo mismo que escucha y ve,
es darle a un desesperado,
para consuelo, un cordel;
mas pensar tú que fué agravio
de tu amor y de mi fe,
es pensar que cupo mancha
en el puro rosicler
del sol, porque con mi honor
aun es sombra todo él.

D. FÉLIX. ¿Pues quién aquel hombre era?

LAURA. No puedo decirte quién.

MARCELA. (*Ap.*) ¡Quién vió confusión igual!

D. FÉLIX. ¿Por qué?

LAURA. Porque no lo sé.

D. FÉLIX. ¿Qué hacía escondido allí?

LAURA. No lo sé tampoco.

D. FÉLIX. ¿Pues

dónde la satisfacción
está?

LAURA. En no saberlo.

D. FÉLIX. ¡Bien!

No saberlo es la disculpa;

la culpa el saberlo es.

¿Pues cómo quieres que venza

lo que sé a lo que no sé?

Laura, Laura, no hay disculpa.

LAURA. Félix, Félix, déjame;
que aunque lo puedo decir,
tú no lo puedes saber.

D. FÉLIX. Otra vez has dicho ya
(baldón o desprecio fué)
eso mismo, y ¡vive Dios!
de no escucharlo otra vez;
porque aquí me has de decir
la verdad desto...

MARCELA. (*Ap.*) ¿Qué haré?
que, por disculparse a sí,
me ha de echar a mí a perder!

D. FÉLIX. Que nada me está peor
que el pensarlo.

LAURA Sí diré.

MARCELA. (*Ap.*) No dirás; porque primero
tus voces estorbaré
con esta resolución.
Amor ventura me dé,
como me da atrevimiento.

(*Pasa por delante tapada, como jurándoselas a DON
FÉLIX; él quiere seguirla, y LAURA le detiene.*)

Sólo esto he querido ver.

D. FÉLIX. ¿Qué mujer es ésta?

LAURA. Hazte
de nuevas.

D. FÉLIX. Déjame que
la siga y la reconozca.

LAURA. ¡Eso querías tú, porque
pudieras desenojarla,
diciéndola a ella después
que me dejaste por ir

tras ella! Pues no ha de ser.

D. FÉLIX. Laura mía, mi señora,
el cielo me falte, amén,
si sé qué mujer es ésta.

LAURA. Yo sí; yo te lo diré:
Nise era, que al pasar
yo la conocí muy bien.

D. FÉLIX. Ni era Nise, ni sé yo
cómo estaba aquí.

LAURA. Muy bien;
¡la disculpa es no saberlo,
la culpa el saberlo es!
Pues ¿cómo quieres que venza
lo que sé a lo que no sé?
Adiós, Félix.

D. FÉLIX. Si no basta
el desengaño que ves,
¿cómo quieres que yo crea
lo que tú, Laura, no crés?

LAURA. Porque yo digo verdad,
y soy quien soy.

D. FÉLIX. Yo también,
y vi en tu aposento un hombre.

LAURA. Yo en el tuyo una mujer.

D. FÉLIX. No sé quién fué.

LAURA. Yo tampoco.

D. FÉLIX. Si supiste, Laura, pues
ya me lo ibas a decir.

LAURA. Ya sin decirlo me iré,

CASA CON DOS PUERTAS

por no dar satisfacciones
a un hombre tan descortés.

D. FÉLIX. Si esto, cielos, es amar...

LAURA. Si esto, fortuna, es querer...

LOS DOS. ¡Fuego de Dios en el querer bien!
Amén. Amén.





JORNADA TERCERA

ESCENA II

Cuarto de Marcela.

DON FÉLIX, *por la puerta escondida*; MARCELA.
y SILVIA.

D. FÉLIX. Marcela.

MARCELA. ¿Qué novedad
es entrar tú en mi aposento?

D. FÉLIX. Es venir mi voluntad
por luz a tu entendimiento,
por consuelo a tu piedad.
Anoche cuando saliste
de ver a Laura, yo entré
en su casa (¡ay de mí triste!),
y vi en su casa, y hallé...

MARCELA. Di, ¿qué hallaste? Di, ¿qué viste?

D. FÉLIX. Un hombre.

MARCELA. ¿Tal pudo ser?

D. FÉLIX. Vínome a satisfacer;
una mujer, que salió
de mi alcoba, lo estorbó...

MARCELA. ¡Miren la mala mujer!

D. FÉLIX. Que con Lisardo debía

de estar. El, cuerdo y discreto,
presumiendo que ofendía
de mi casa así el respeto,
dice que tal no sabía.

En fin, sea lo que fuere
(que no hay nadie que lo diga),
celosa Laura, no quiere
que desengaños consiga
ni que disculpas espere.

Yo, por no dar a torcer
tampoco mi sentimiento,
no la quiero hablar ni ver ;
pero quisiera saber
hasta el menor pensamiento

suyo. Para esto ha pensado
una industria mi cuidado.

MARCELA. ¿Y es, si me la has de decir?

D. FÉLIX. Que tú, hermana, has de fingir
que un gran disgusto, un enfado

conmigo has tenido, y que
en tanto que esto se pasa
te quieres ir a su casa
y así una espía tendré
para el fuego que me abrasa.

pues tú a la mira estarás,
y a pocos lances verás
quién este embozado es,
y con secreto después
de todo me avisarás.

MARCELA. Aunque hay bien que replicar,
hoy me iré a su casa.

D. FÉLIX. No
puede hoy ser; que por mostrar
cuán poco mi mal sintió,
o por darme este pesar,
hoy de su casa ha salido,
y al mar de Antígola ha ido.

MARCELA. Pues digo que iré mañana.

D. FÉLIX. La vida me das, hermana;
tuya desde hoy habrá sido. (*Vase.*)

MARCELA. ¿Hay cosa como llegar
rogándome lo que yo
puedo, Silvia, desear?
Pero mira quién se entró
en el cuarto sin llamar.

SILVIA. Laura y Celia son, señora.

ESCENA III

LAURA, CELIA.—MARCELA, SILVIA.

MARCELA. Laura mía, ¡a aquesta hora!

LAURA. No te espantes desto, amiga,
que a tanto una pena obliga.

MARCELA. ¿Quién lo duda? ¿Quién lo ignora?

LAURA. De la suerte que de mí
te fuiste ayer a valer,
vengo a valerme de ti.

CELIA. Aprended, damas, de aquí,

lo que va desde hoy a ayer.

LAURA. Aquel hombre que dejaste cerrado, Marcela mía, en mi casa, vió don Félix.

MARCELA. ¡Jesús!

LAURA. No importa que diga el cómo o el cuándo, puesto que bastaba ser desdicha, para que ella se estuviese desde luego sucedida. Quísele satisfacer, y vine a tu casa, amiga, sin mirar a los respetos a que el ser quien soy me obliga. Entré en su aposento, y cuando a representarle iba disculpas que no tocasen en tu opinión ni en la mía, una mujer, que detrás de su aposento tenía, salió a dar celos por celos.

MARCELA. ¡Hay tan gran bellaquería!

LAURA. Yo no he de hablarle, porque es triste cosa, es indigna acción darle yo a torcer mis celos, y así querría de una industria aquí valerme, si es que mi amistad codicias,

y es que para que yo vea
si Nise en su cuarto habita,
le he de acechar esta noche
por aquella puerta, amiga,
que dijiste, y que a su cuarto
cae y él tiene escondida.
¿Cómo faltar de mi casa
podré?, es fuerza que aquí digas;
y respondérete yo
que hoy mi padre fué a una villa,
adonde su hacienda tiene,
y no vendrá en cuatro días.
Así que estas noches puedo
ser tu hùspeda, si obliga
mi amistad a esta fineza,
pues es fineza de amiga
tan principal, tan discreta,
tan noble y tan entendida.

MARCELA. Sólo hay un inconveniente;
mas si tú lo facilitas,
ven desde luego a mi casa;
mal dije, a la tuya misma.

LAURA. ¿Cuál es el inconveniente?

MARCELA. Tanto mi hermano te imita
en el dolor y en la causa,
que hoy me ha pedido que finja
con él un enojo, y vaya
a ser por algunos días
tu hùspeda, porque yo

allá de adalid le sirva,
Pues si no voy a tu casa
yo, porque estás tú en la mía,
dirá...

LAURA. Escucha; antes mejor
es que desde luego finjas
tú el enojo y que te vayas,
pues con aquesto le obligas
a que él esté más seguro
de que yo en su casa asista.

MARCELA. Dices bien, que con mi ausencia
se sana esta malicia.

LAURA. ¿Cómo se ha de hacer?

MARCELA. Así:
dame el manto, y dirás, Silvia,
que fuí en casa de Laura;
que para hacer más creída
la causa, quise ir de noche.

(Pónese el manto.)

Y después (aparte mira)
busca a Lisardo, y dirásle
cómo mi afecto le avisa
que a verme vaya esta noche;
y quédate donde sirvas
a Laura. Tú, Celia, ven
conmigo, pues nos obliga
esto a trocar con las casas
las criadas.

LAURA. ¿Tan aprisa?

MARCELA. Estas cosas más se aciertan
mientras menos se imaginan.

LAURA. Marcela, a mi casa vas;
por ella y por mi honor mira.

MARCELA. Por ella mira y mi honor,
pues te quedas tú en la mía.

SILVIA. ¿En qué ha de parar aqueste
trueco?

CELIA. ¿Quieres que lo diga?
En algún lance que a todas
o nos case o nos aflija.

(*Vanse por una parte CELIA y MARCELA, y por otra
SILVIA y LAURA.*)

ESCENAS IV a VII

[*FABIO sufre una caída al ir a su hacienda y tiene que
regresar a su casa.*]

Calle próxima a la casa de FABIO.

ESCENA VIII

LISARDO, DON FÉLIX; *después*, CALABAZAS.

D. FÉLIX. Mucho me he holgado de oíros,
por ser la novela extraña.

LISARDO. Esto es por mayor; que dejo
de contar mil circunstancias,
por no cansaros, don Félix;
y pues sabéis que me aguarda,
idos con Dios, que ya es la hora.

D. FÉLIX. Decirme a mí que una dama
vais a ver, y haberme dicho
que tuvisteis en su casa
riesgo, y decir que me quede,
son dos cosas muy contrarias;
pues no soy de los amigos
yo, con quien sólo se hablan
las cosas; que precia mas
las obras, que las palabras.
Id a lograr vuestro amor
norabuena, que hasta el alba
yo sabré estar en la calle.

LISARDO. A amistad, don Félix, tanta,
mal hiciera en resistirme.

.....
Porque está cerca la casa
que buscamos.

D. FÉLIX. ¿Hacia aquí
vive, Lisardo, la dama
que venís a ver?

LISARDO. Sí, Félix.

D. FÉLIX. ¿Y es bizarra?

LISARDO. Muy bizarra.

D. FÉLIX. ¿Tiene padre?

LISARDO. Sí.

D. FÉLIX. ¿Y aquí
os cerrasteis en la cuadra?

LISARDO. Sí.

D. FÉLIX. ¿Y estando ella con vos,

entró la que me buscaba?

LISARDO. Sí.

D. FÉLIX. Ved que como la noche
llena está de sombras pardas,
más oscura que otras veces,
pues aun la luna la falta,
podrá ser que os engañéis.
En la relación pasada
dijisteis que la mujer,
que para hablaros aguarda,
es la que hoy escondida
dentro de mi cuarto estaba.

LISARDO. Es verdad.

D. FÉLIX. Y que la otra
que vino...

ESCENA IX

CELIA.—DICHOS.

CELIA. (*En la ventana.*) Ce.

LISARDO. Ya me llaman.

CELIA. ¿Es Lisardo?

LISARDO. Sí, yo soy.

D. FÉLIX. (*Ap.*) Celia es ésta.

CELIA. Pues aguarda,
abriré la puerta.

LISARDO. Ya
conmigo habló la criada,
y dice que viene a abrirme

- la puerta.
- D. FÉLIX. Antes que la abra,
decid... (*Abre la puerta CELIA.*)
- LISARDO. No puede ser antes
- D. FÉLIX. Si es...
- LISARDO. Adiós, porque me aguarda.
- D. FÉLIX. La dama...
- CELIA. Entrad presto.
- LISARDO. Luego
hablaremos. (*Entrase.*)
- (*Al entrar LISARDO, quiere entrar DON FÉLIX, y CELIA cierra la puerta.*)

ESCENA X

DON FÉLIX, CALABAZAS.

- D. FÉLIX. ¡Y en la cara
con la puerta me dió Celia!
.....
¿Quién vió confusiones tantas?
¿En casa de Laura ¡cielos!
viene buscando la dama,
que hoy de mi cuarto salió,
cuando entró en mi cuarto Laura?
Luego ella no puede ser.
Mas ¿quién ser puede en mi casa?
¡Oh quién no la hubiera dicho
a Marcela que dejara
para mañana el venir



¿Quién vió confusiones tantas?

aquí, que ella lo apurara!
 Pero mientras más discurro,
 más lugar doy a mi infamia.
 Pues no discurramos, celos,
 sino a ver la verdad clara
 caminemos más aprisa,
 pues ella es Laura o no es Laura;
 si no es ella, ¿qué se pierde
 en desengañar mis ansias?
 ¿Y qué se pierde si es ella,
 en perder la vida y alma,
 despues de Laura perdida?
 La puerta en el suelo caiga.
 Pero ¿cómo a esto me atrevo,
 si a Lisardo la palabra
 le he dado? ¿Pero qué importa
 la amistad, la confianza,
 el respeto, ni el decoro?
 Que donde hay celos se acaba
 todo, porque no hay honor
 ni amistad que tanto valga.

(Da golpes a la puerta para derribarla, y al mismo tiempo, más lejos, dan también golpes dentro.)

CALAB. ¿Qué haces, señor?

D. FÉLIX. Darte muerte...

CALAB. Si es posible, no lo hagas.

D. FÉLIX. Mas ¿qué golpes son aquéllos?

CALAB. ¿De qué te admiras y espantas?

Otro será en otra parte

- que le habrá dado otra rabia,
y da golpes a otra puerta.
- FABIO. (*Dentro.*) Abre aquí, Celia; abre, Laura.
- CELIA. (*Dentro.*) Mi señor es, ¡ay de mí!
- D. FÉLIX. Fabio es aquél. (*Cuchilladas dentro.*)
- FABIO. (*Dentro.*) ¡Esta infamia
llego a ver!
- CALAB. Por Dios, que allá
ya han llegado a las espadas.
- D. FÉLIX. ¡Mal haya la puerta!
- CALAB. Amén. (*Vanse.*)

(Sala en casa de FABIO.—La escena está a oscuras.)

ESCENA XI

LISARDO, con MARCELA en los brazos; después, FÉLIX y CALABAZAS.

- LISARDO. No temáis, señora, nada;
que, aunque llaman a esta puerta,
seguro es quien a ella llama.
- MARCELA. Con vos, Lisardo, he de ir;
que como yo a vuestra casa
llegue, nada hay que temer,
si es que ella una vez me ampara.
- LISARDO. Venid, y no receléis
de un hombre que me acompaña.
- MARCELA. ¿Es Félix?
- LISARDO. Sí.
- MARCELA. Pues mirad

y ponerla en salvo.

D. FÉLIX. Es justo.
¿En fin, has venido, Laura. (A MARCELA.)
a mi poder?

MARCELA. (Ap.) ¡Ay de mí!

D. FÉLIX. (Ap.) Yo estoy muerto.

MARCELA. (Ap.) Estoy turbada.

D. FÉLIX. Ven conmigo; que aunque no
mereces finezas tantas,
soy quien soy, y he de librarte.

MARCELA. ¡Hay mujer más desdichada!

D. FÉLIX. ¡Hay hombre más infelice!

(Vanse DON FÉLIX y MARCELA.)

ESCENA XII

[FABIO con sus criados persigue a los fugitivos. LISARDO y CALABAZAS riñen con ellos a fin de dar tiempo a que la dama llegue segura a casa de DON FÉLIX.]

ESCENA XIII

Casa de DON FÉLIX.

DON FÉLIX y MARCELA, a obscuras; después, HERRERA, LAURA y SILVIA.

D. FÉLIX. (Dentro). ¡Hola! Traed aquí una luz.

HERRERO. (Dentro.) Ya la llevo, si es que hallan
luz unos ojos dormidos.

(Salen al paño LAURA y SILVIA.)

LAURA. (A SILVIA.) Ya dentro del cuarto andan:

escuchemos desde aquí.

D. FÉLIX. Ya por lo menos, ingrata,
ya por lo menos no puedes
negarme...

LAURA. (*Ap.*) Con mujer habla.

D. FÉLIX. En este lance, que eres
mudable, inconstante, falsa,
crüel, aleve, engañosa,
pues a nadie desengañan
más cara a cara sus celos.

MARCELA. (*Ap.*) Aquí mi vida se acaba.

D. FÉLIX. ¿Para esto viniste hoy
a mi casa?

LAURA. (*Ap.*) La que estaba
tapada hoy es, pues la dice
que hoy ha venido a su casa.

D. FÉLIX. En mi poder estás, mira
si habrá disculpa. ¡Mal haya
cuanto tiempo te he querido,
cuantas penas, cuantas ansias
padecí, y cuantas finezas
hizo mi amor por tu causa!

LAURA. ¿No escuchas cómo confiesa
que la ha querido? ¿Qué aguarda
mi paciencia?

SILVIA. ¿Dónde vas?

LAURA. No sé. (¡Ay, Silvia, estoy turbada!)
A escucharle de más cerca.

D. FÉLIX. ¡Ah, cuánto con la luz tardas!

HERRERA. (*Dentro.*) Ya va la luz.

MARCELA. (*Ap.*) ¿Qué he de hacer
si la trae?

D. FÉLIX. ¿No dices nada?
Pero si estás convencida,
¿qué has de decir?

(*Suéltale de la mano; vase retirando MARCELA, y LAURA viene a ponerse en medio de los dos; él la coge la mano, entendiendo que es MARCELA.*)

MARCELA. (*Ap.*) ¡Oh si hallara
por donde irme! Que a lo menos
la vida así asegurara.

D. FÉLIX. Detente, no huyas, no huyas;
que no quiero más venganza
de ti, que sepas que sé
esto.

LAURA. (*Ap.*) Por otra me habla,
y he de callar mis agravios
hasta que las luces traigan
y vea que yo soy con quien
está.

MARCELA. (*Ap.*) Confusa y turbada,
la puerta hallé de mi cuarto:
este sagrado me valga,
pues fué dicha estar abierta.

SILVIA. ¿Eres Laura?

MARCELA. No soy Laura.

¿Eres tú Silvia?

SILVIA. Yo soy.

¿Qué es esto?

MARCELA.

Fortunas varias.

Cierra esa puerta, y conmigo
ven, Silvia, aprisa. ¿Qué aguardas?

(*Vanse, cerrando tras sí la puerta.*)

ESCENA XIV

DON FÉLIX, LAURA; HERRERA, *que saca luz.*

HERRERA. Ya están las luces aquí.

D. FÉLIX. Déjalas, y afuera aguarda.

(*Vase HERRERA y cierra la puerta DON FÉLIX.*)

LAURA. (*Ap.*) ¡Aquí es ello, cuando vuelva
a verme!

D. FÉLIX. En efecto, Laura,
yo soy quien solo guardó
a sus celos las espaldas.

LAURA. (*Ap.*) ¿Qué es esto? ¿Cómo de verme
ni se turba ni embaraza?

D. FÉLIX. Sólo yo en el mundo traje
para otro galán su dama.
Di agora que yo te ofendo.

LAURA. ¡No está la deshecha mala!
¡Bien te alientas a fingir
la razón con que me agravias;
pues viéndote convencido,
cuando en tus brazos me hallas,
de haberme hablado por otra
a quien traes a tu casa,

prosigues las quejas della
conmigo!

- D. FÉLIX. Sólo eso falta
a mi paciencia ofendida,
que tú agora creer me hagas
que hablaba con otra yo.
- LAURA. ¿Pues de qué, Félix, te espantas,
si es verdad?
- D. FÉLIX. ¿Pues dónde está
la mujer con quien yo hablaba?
- LAURA. Si una casa con dos puertas
mala es de guardar, repara
que peor de guardar será
con dos puertas una sala.
Ya se fué.
- D. FÉLIX. Laura, por Dios,
que me dejes. Vete, Laura,
que me harás perder el juicio,
si quieres que yo no haya
traídote aquí, porque
estando (la voz me falta)
tu padre fuera, Lisardo...
No puedo hablar.
- LAURA. Tú te engañas;
que yo escondida esta noche
en el cuarto de tu hermana
he estado, por sólo ver
esto que a los dos nos pasa;
y ella...

D. FÉLIX. Detente, que ahora
lo veré.—Marcela, ¡hermana!

ESCENA XV

MARCELA, SILVIA.—DON FÉLIX, LAURA.

MARCELA. ¿Qué quieres? (*Ap.*) Disimular
importa, pues informada
estoy de todo.

D. FÉLIX. Di, ¿ha estado
contigo esta noche Laura?

MARCELA. ¿Laura conmigo, señor?
¿A qué efecto? Yo mañana
había de ir a estar con ella;
pero ¡ella conmigo!

LAURA. Aguarda.
¿No vine esta tarde yo
a pedirte que en tu casa
me tuvieras? ¿Y a la mía
tú...?

MARCELA. No prosigas, que nada
de eso es verdad.

D. FÉLIX. Laura, ¿ves
qué mal te salió la traza?
¿Éstase esotra en su cuarto
recogida y retirada,
y dices que estás con ella?

LAURA. Pues tú, Marcela, me agravias.

MARCELA. (*Ap. a LAURA.*) Sí, que soy primero yo.

- LAURA. Pues tanto me apuras, salgan verdades a luz. Marcela ha sido... (*Llaman dentro.*)
- SILVIA. A la puerta llaman.
- LISARDO. (*Dentro.*) Abrid, don Félix.
- D. FÉLIX. Agora verás que todo se acaba, pues tu galán, Laura, viene.
- LAURA. Ahí tengo yo mi esperanza.
- MARCELA. Aquí se deshace todo. ¡Quién a Lisardo avisara de mi peligro! (*Retírase a un lado.*)

ESCENA XVI

LISARDO.—DICHOS.

- LISARDO. Don Félix, porque ninguno llegara a seguirme, tardé. ¿Dónde habéis puesto aquella dama?
- D. FÉLIX. Véisla aquí; pero primero que acabe con mi esperanza el verla en vuestro poder, me habéis de sacar el alma.
- LISARDO. Hasta agora no creí que caballeros engañan, de nuestras obligaciones, a los que dellos se amparan.

- D. FÉLIX. También sabéis
quien yo soy, y que en mi casa
menos que quien sea su esposo
no ha de atreverse a mirarla.
- LISARDO. Luego con serlo quedamos
bien los dos.

ESCENA XVII

FABIO, CALABAZAS, CRIADOS.—DICHOS.

- FABIO. Esta es la casa ;
entrad.
- D. FÉLIX. ¿Qué es esto?
- FABIO. Esto, Félix,
es honor.
- CALAB. (*Ap.*) ¿Qué linda danza
se va urdiendo!
- FABIO. ¿Dónde está
un Lisardo, camarada
vuestro?
- LISARDO. Yo soy, porque nunca
a nadie escondí la cara.
- CALAB. (*Ap.*) Nunca la cara escondió,
pero volvió las espaldas.
- FABIO. ¡Oh traidor!
- D. FÉLIX. Fabio, teneos,
(*Pónense los dos a un lado.*)
que la cólera os engaña.
El enojo que traéis,

si ha sido la ocasión Laura,
es conmigo, y me ha tocado
como a mi esposa guardarla.

FABIO. No tengo que responderos
si Laura con vos se casa.

D. FÉLIX. Pues para que veáis si es cierto,
aquesta es mi mano, Laura.
Y pues el haber tenido
dos puertas ésta y tu casa
causa fué de los engaños
que a mí y Lisardo nos pasan,
de la *Casa con dos puertas*
aquí la comedia acaba.





LA PUENTE DE MANTIBLE

JORNADA PRIMERA

[Están acampados, a corta distancia uno de otro, el ejército de CARLOMAGNO con sus paladines, y el de FIERABRÁS, caudillo de todos los pueblos que siguen la ley de Mahoma. El noble GUIDO DE BORGOÑA va como emisario al campo de FIERABRÁS para proponerle la paz en nombre del emperador franco. Durante su estancia en el campamento enemigo, GUIDO enciende profundo amor en el corazón de FLORIPES, valerosa hermana de FIERABRÁS, al cual acompaña siempre en sus victoriosos combates.

Las proposiciones de paz son inútiles. FIERABRÁS desea humillar a CARLOMAGNO y a sus doce pares. Se da una batalla furiosa entre ambos ejércitos. La media luna vence a la cruz; los franceses huyen; GUIDO DE BORGOÑA, OLIVEROS, RICARTE DE NORMANDÍA y el INFANTE GUARINOS caen en poder del moro, el cual los encierra en una torre inexpugnable, fabricada en tiempos antiguos por un hábil nigromante.]



JORNADA SEGUNDA

Selva espesa y en su fondo una torre.

ESCENA I

FLORIPES, IRENE, ARMINDA, *con un hacha encendida.*

ARMINDA. ¿Dónde des a suerte vas?
 ¿Qué es lo que intentas? ¿Qué buscas
 en un monte despoblado,
 pisando la sombra oscura
 de la noche? ¿No te viste
 de horror esta selva inculta?
 ¿No te calza de temor
 esta fábrica confusa?
 ¿No te da pavor el ver
 esta soledad nocturna,
 tanto, que no nos dispensa
 trémulos rayos la luna,
 y a merced de aquesta antorcha,
 que luces cobarde pulsa,
 vamos siguiendo tus pasos,
 tristes, cobardes y mudas?
 ¿Dónde nos llevas, Floripes?
 ¿Qué pretendes, qué procuras?

FLORIPES. Dos admiraciones son
 las que a un tiempo dais; la una

es que viniendo conmigo,
tengáis temor ; la segunda
es que ignoréis a qué vengo,
si ya os dije a las dos juntas
mi amor, si las dos supisteis
mis penas y mis angustias.
Si no podéis ignorar
la gran victoria en que triunfa
mi hermano de Francia, dando
a la fama eternas plumas ;
si sabéis, que hoy con despojos
desta lid sangrienta y dura
se retiró hasta pasar
las verdinegras espumas
del Mantible, y entre tanto
fué el mayor de todos (nunca
triunfara), Guido mi amante,
el cual, expuesto a la injuria
del hado, con muchos presos
vive una cárcel oscura,
sin que yo pudiese entonces
darle favor, darle ayuda ;
si sabéis que un calabozo,
cuya bóveda profunda
es sepulcro donde yacen,
de quien esa torre es tumba,
vive, ¿ qué me preguntáis ?
¿ Pudo nadie formar duda
de que vengo a darle vida ?

Esa torre, esa columna
excelsa, que fundación
fué de un gran mágico, cuya
eminencia no es posible
que el tiempo de ruinas cubra,
ni que en pálidas cenizas
voraz el fuego consuma,
es su prisión. Llamad, pues ;
que aunque quede mal segura
de mi hermano, con mi vida
tengo de comprar la suya.—
¡Ah de la torre!

ESCENA II

BRUTAMONTE.—DICHAS.

BRUTAM. (*Dentro.*) ¿Quién llama
a estas horas?

FLORIPES. Quien procura
ejecutar la sentencia
que el almirante pronuncia
en esos míseros presos,
tragedias de la fortuna.

BRUTAM. Buenas señas son ; por ellas
abro.

FLORIPES. Pues ¿de qué te turbas?
(Viendo que vuelve a cerrar.)

BRUTAM. De haberte, señora, visto.

FLORIPES. ¿Cuál es la cueva que oculta

los franceses prisioneros?

BRUTAM. Yo, Floripes...

FLORIPES. No hay disculpa.

Cuál es su prisión me di,
o deste acero la punta
pasará tu pecho.

BRUTAM. Ven
conmigo, señora.

FLORIPES. (*Ap.*) Mucha
es mi turbación. (*Vanse.*)

Prisión lóbrega en la torre.

ESCENA III

DICHOS, y luego RICARTE.

IRENE. ¡Qué horror!

ARMINDA. ¡Qué tiniebla tan oscura!

BRUTAM. Esta es, señora, la cueva.

FLORIPES. ¿Cuáles son las llaves tuyas?

BRUTAM. Estas. (*Dáselas.*)

FLORIPES. Suelta, y tenga agora
mi secreto sepultura.

(*Dale con un puñal, y cac.*)

BRUTAM. ¡Muerto soy!

FLORIPES. Así estará
nuestra traición más segura;
caiga despeñado al mar.
Tu agora esas puertas junta,
y las tres solas rompamos

candados y cerraduras
desta bárbara prisión.

ARMINDA. Ya la losa que la ocupa
se abre, porque su centro
la horrible boca descubra

.....

FLORIPES. Echad la escala.—¡ Ah del centro,
donde yace en noche oscura
muerta la vida más breve,
viva la muerte más dura!
Miseros presos, oíd,
y por esa escala suba
el horror del africano
a ver del sol la luz pura.

RICARTE. (*Dentro.*) Dejadme subir, franceses.
Si es la muerte quien nos busca,
quiebre su cólera en mí;
muera yo primero. (*Ap.*) ¡ Mucha
es mi turbación!

FLORIPES. (*Ap.*) No es este
Guido. ¡ Grande desventura!
¿ Quién eres, galán francés?

RICARTE. Yo soy, bellissima turca,
Ricarte de Normandía.
No pensando hallar ventura,
salí a morir el primero;
ya no es hazaña ninguna;
porque pretender morir
es ley soberana y justa,

cuando ha de morir quien muere
a manos de la hermosura.

FLORIPES. Huélgome de conocerte;
y aunque otro mi intento busca,
estimo el haberte hallado.

RICARTE. Mi vida, señora, es tuya.

FLORIPES. Luego sabrás quien yo soy.—
¡Ah de la cárcel profunda!
El más galán paladín
que ese oscuro centro ocupa
salga a ver la luz del sol.

ESCENA IV

El INFANTE.—DICHOS.

INFANTE. Si verá, viendo la tuya.

FLORIPES. ¿Quién eres?

INFANTE. Soy el infante
Guarinos, y es dicha suma,
como de aventuras selvas
hallar cuevas de aventuras.

FLORIPES. (*Ap.*) Tampoco es aqueste Guido.
¡Oh rigor de mi fortuna!
Pero de esta vez saldrá,
que irán las señas seguras.—
Salga el honor de la lis
francesa, a esta voz que escucha.

ESCENA V

OLIVEROS.—DICHOS.

OLIVEROS. Ya el honor de la francesa
lis satisface a tus dudas,
respondiéndote Oliveros
de Castilla.

FLORIPES. (*Ap.*) ¡Oh suerte injusta!—
¿No está Guido de Borgoña
en esta cárcel inculta?

OLIVEROS. Sí.

FLORIPES. Pues ¿cómo no responde,
cuando mi voz le intitula
horror de Africa, y de Francia
honor, cuando le articula
el más galán paladín?

OLIVEROS. Porque sin fuerza ninguna,
agonizando en su sangre,
yace en una peña dura;
que como ha de ser después
de nobles cenizas urna,
en vida se está tomando
medida a la sepultura.

FLORIPES. Calla, y el necio recato
ni el necio decoro sufra
oír su muerte; yo misma
me arrojaré a esa profunda
bóveda a morir con él.

- INFANTE. Tente, señora, que injurias
a nuestro valor así.
- RICARTE. Cuando no fuera ley justa
de caballeros valernos
en estos trances y angustias,
le libráramos, señora,
porque tú de verle gustas.
- OLIVEROS. Yo soy su mayor amigo;
y así es forzoso que acuda
en la mayor ocasión:
con esa antorcha me alumbra.
Pero ¿qué es esto que veo?
El desmayado se ayuda,
y por salir, con la muerte
a brazo partido lucha.

ESCENA VI

GUIDO, *ensangrentado*.—DICHOS.

- GUIDO. Viendo que a ser sacrificios
del templo de la fortuna
salís, nobles paladines,
no es bien que mi valor sufra
veros morir sin que muera,
y así mi valor procura
que como juntas vivieron,
mueran nuestras vidas juntas.
- FLORIPES. Noble Guido de Borgoña,
quien a estas horas te busca

no viene a darte la muerte,
antes tu vida asegura.

GUIDO. ¡Oh bellísima Floripes,
que buscas mi bien no hay duda!

FLORIPES. Ya, generosos franceses,
que aquí la desdicha os junta,
quiero que sepáis la causa.
Yo soy la princesa augusta
del Africa; a Guido el alma
eternas prisiones jura;
nada le vengo a ofrecer,
pues le doy prenda que es suya.
Para curar sus heridas
traigo mágicas unturas;
ya sabéis cuánto las moras
hechizos y encantos usan.
Como la salud le ofrezco,
sabe el cielo que me escucha
que os quisiera dar las vidas
de todo trance seguras,
mas no puedo, que mi hermano
a la luz primera anuncia
vuestra muerte. ¿Quién creerá
que cuando Febo madruga
a dar una vida al mundo
hoy salga a quitar él muchas?
Lo más que os puedo ofrecer
son armas: todas las suyas,
por ser prodigiosa, tanto

esta torre las oculta.
Venid donde las heridas
de la pasada fortuna
curéis, y donde os arméis,
para que en honrosa fuga
os ganéis la libertad;
que no es muy pequeña ayuda
dar a quien tiene valor
su mismo valor mi industria.
Y sea presto, porque ya
el llanto del alba enjuga
el sol, y doblando el manto
de las tinieblas oscuras
la noche, como le dobla
sin orden, y con arrugas,
más que doblarle, parece
o que le aja o le arrebujá.

GUIDO. Yo, por quien todos vivimos,
es bien que por todos supla
la voz, y así...

FIER. (*Dentro.*) ¡Brutamonte!

OLIVEROS. ¿Cúya es la voz que se escucha?

FLORIPES. Mi hermano es éste, ¡ay de mí!

IRENE. ¡Qué pena!

ARMINDA. ¡Qué desventura!

FLORIPES. No sé qué tengo de hacer;
que si me halla aquí, es sin duda
que me dé muerte.

GUIDO. Señora,

¿pues no habrá por donde huyas?
Que si con armas nos dejas,
hoy en la defensa tuya
moriremos.

FLORIPES. No es posible,
que no hay otra puerta alguna.

OLIVEROS. ¿Hay armas?

FLORIPES. Sí.

GUIDO. No temáis;
que si hay armas, bien seguras
estáis, que no ha de andar siempre
de mala nuestra fortuna. (*Vanse.*)

.....
Vista exterior de la torre.

ESCENA VIII

GUIDO, RICARTE, OLIVEROS, *el* INFANTE GUARINOS, *en*
las almenas.—FIERABRÁS.

GUIDO. ¿Quién a las puertas de la torre llama?

FIER. ¿Pues quién (esto a mi miedo corresponde)
de la torre a la almena me responde?

GUIDO. ¿Quién responder pudiera
así, que menos que su dueño fuera?

FIER. ¿Pues quién su dueño ha sido
viviendo yo?

GUIDO. El valeroso Guido
de Borgoña. ¿Qué quieres
aquí? Dínos: ¿qué buscas o quién eres?

Porque si es que has venido
 embajador, para pedir partido
 a la grandeza mía
 de parte del gran rey de Alejandria,
 las puertas te abriremos,
 y de paz en la torre trataremos;
 que son divinas leyes
 usar piedad con los vencidos reyes;
 y aunque yo pretendía
 darle la muerte en el albor del día,
 revocaré por hoy esta sentencia.

FIER. (Ap.) ¿Dónde a tanto rigor habrá pacien-
 Miserable cristiano, [cia?
 ¿cómo pretendes defenderte en vano?
 ¿Tú en mi casa, en mi tierra
 armas empuñas y publicas guerra?
 Traígote de la tuya prisionero,
 ¿y quieres en la mía altivo y fiero
 librarte y defenderte?

Abre la puerta ya; ríndeme el fuerte,
 o tú y cuantos su centro
 contiene habéis de ser ceniza dentro;
 y la fiera, la ingrata
 que darme muerte con tu vida trata,
 entre mis brazos probará el castigo.

GUIDO. Tú ignoras cuán segura está conmigo,
 pues así la amenazas.

FIER. Nuevos linajes de tormentos trazas.
 ¿Contigo está Floripes?

- GUIDO. Si supiera
que lo ignorabas, no te lo dijera;
mas con las amenazas que la hacías,
pude pensar que todo lo sabías.
Mas ya está dicho.
- FIER. (*Ap.*) ; Cielos,
esto es más que morir, que estos son celos!
- RICARTE. Los cuatro que aquí estamos
sus vidas y las nuestras les guardamos.
- FIER. ¿Cómo, si soy volcán de fuego y humo?
- INFANTE. Yo mar, que me le bebo y le consumo.
- FIER. Yo soy fuego, soy rayo.
- RICARTE. Yo viento, que con soplos le desmayo.
- FIER. Yo soy rabia, soy ira.
- OLIVEROS. Yo furia, que las vence y las respira.
- FIER. Del brazo de la muerte es esta espada
guadaña acicalada
con la sangre que vierte.
- GUIDO. Este es el mismo brazo de la muerte,
que manda esa guadaña.
- FIER. Presto veréis cuánto el valor engaña.
- OLIVEROS. Presto verás cuánto este nuestro ha sido,
que es fuego, y hoy revienta de oprimido.
- FIER. ¿Y habrá partidos?
- GUIDO. Sí.
- FIER. Tu voz los pida.
- GUIDO. Dejarte que te vuelvas con la vida.
(Quítanse los cuatro de las almenas.)



“¿Ves esa fábrica altiva...”

La puente de Mantible.

ESCENA IX

ROLDÁN, GUARÍN.

ROLDÁN. ¿Ves esa fábrica altiva,
Guarín, toda de madera,
en cuyo ceño la esfera
del sol descansa y estriba,
que ni el peso la derriba,
ni el tiempo la hace pasible?
¿Ves ese monstruo terrible,
que del agua nace? ¿Ves
ese prodigio? Esa es
la gran puente de Mantible.

El edificio eminente,
que no sin fatiga suma
sustenta sobre la espuma
esa lóbrega corriente,
es, Guarín, la excelsa puente;
y este piélagos que veo
correr tarde, triste y feo,
es, si el ser de cristal pierde,
el río del Agua Verde,
desatado del Leteo.

Pues ese campo profundo,
que en montes Cenéleos yace,
con él del infierno nace,
y dando una vuelta al mundo,

fatal, lóbrego e inmundo
en el mar de Africa muere,
que por admitirle adquiere
el nombre de Marmihonda,
nombre que decir mar honda
en alarbe idioma quiere.

GUARÍN. Señor, otra vez me di,
que no lo he entendido bien:
¿Esto que mis ojos ven,
nace del infierno?

ROLDÁN. Sí.

GUARÍN. ¿Y quién ha de ir por ahí?

ROLDÁN. Tú y yo, que a eso venimos.

GUARÍN. Pues volvámonos, si hicimos
necedad de tanto exceso
como haber venido a eso.

ROLDÁN. La palabra a Carlos dimos

.....
Ya del río las riberas
piso; hacer señas es bien
al gigante que la guarda.

GUARÍN. Gi... ¿qué?

ROLDÁN. ¿Pues qué te acobarda?

GUARÍN. ¿Giganticos hay también,
sin ser día del Señor?
pues óyeme, plegue al cielo:
que mil demonios de un vuelo
me arrebatan con rigor
deste brazo y desta pierna,

y que me arrastren inquietos
 por montes y vericuetos
 de la Majestad eterna,
 si ánimo para que aguarde
 a ver el gigante tengo.

ROLDÁN. ¡Con buen escudero vengo!

GUARÍN. Bueno, sí, pero cobarde.

ROLDÁN. En notable tema has dado.
 ¿Ves toda esa puente, di,
 moverse a la seña?

GUARÍN. Sí.

ROLDÁN. ¿Ves el ruido que ha causado?
 ¿Que ronca el agua responde,
 porque al moverse parece
 que el peso sobre ella crece?

GUARÍN. Sí.

ROLDÁN. ¿Ves el gigante donde
 se estrecha la puente?

GUARÍN. ¡Horrible
 aspecto! ¡Temblando estoy!

ESCENA X

El gigante GALAFRE.—DICHOS.

GALAFRE. (*Desde arriba.*) ¿Quién se atreve a pasar
 la gran puente de Mantible? [hoy

GUARÍN. Yo no.

ROLDÁN. Yo soy, valeroso
 Galafre, un gran mercader;

vengo al Africa a vender
todo un tesoro precioso
de las piedras que el sol cría
para estrellas de su frente,
en las Indias del oriente,
cuna donde nace el día;

porque en mil reyes jamás,
a quien su riqueza enseño,
he hallado para ellas dueño,
sino el grande Fierabrás.

Aquí las traigo; mi gente
un poco atrás se quedó,
y heme adelantado yo
para que esté abierto el puente.

Déjame pasar a mí
y a este criado primero,
que con la gente que espero
viene el feudo para ti,
que se debe de pasar
el puente.

GALAFRE. ¿Ya habrás sabido
lo que es?

ROLDÁN. De todo advertido
vengo.

GALAFRE. Porque me has de dar
una gallarda doncella.

GUARÍN. (Áp.) No podrá, eso es cosa llana,
que ya cualquiera es pavana.

ROLDÁN. La que te traigo es muy bella.

- GUARÍN. (*Ap. a ROLDÁN.*) ¿Tráesla en letra?
- ROLDÁN. (*Ap. a GUARÍN.*) Calla, necio;
que así le pienso engañar,
por que nos deje pasar.
- GALAFRE. Luego, por segundo precio,
me has de dar un bello esclavo.
- GUARÍN. Huélgome que dijo bello
y que yo no puedo sello,
que soy feo por el cabo.
- ROLDÁN. También viene.
- GALAFRE. Dos quintales
me has de dar de plata y oro.
- ROLDÁN. Todo viene en el tesoro
de mis piedras orientales.
- GALAFRE. Pues entra; que aunque el primero
eres que entró sin pagar,
de ti lo sabré cobrar.
- ROLDÁN. ¿Ya no te digo que espero
mi gente?
- GUARÍN. ¡Lance terrible!
- ROLDÁN. Sube, y no temas, Guarín;
que ya estamos dentro, en fin,
de la puente de Mantible. (*Subiendo.*)

ESCENAS XI y XII

[*FIERABRÁS decide rendir por hambre a los sitiados. Manda rodear el castillo y se hace servir un banquete espléndido cerca de sus murallas.*]

ESCENA XIII

FIER. ¡Ah de la torre de amor!
Si es verdad que los amantes
viven con verse no más,
no habréis sentido que os falten
estas viandas, que yo
estoy echando a mis canes.

GUIDO. Digno precio es de la vida,
caballeros, este ultraje.
No se diga que encerrados
supimos morir cobardes,
y no morir animosos
en campaña, en duro trance;
pues mejor yace el francés
que envuelto en su sangre yace,
que el que en brazos de su dama
se deja morir de hambre.

OLIVEROS. Salgamos, pues, a ganar
de su ejército el bagaje,
y traer socorro a la torre.

ARMINDA. ¡Dios os lo lleve adelante!

FLORIPES. Nosotras os guardaremos
en vuestra ausencia constantes
la torre; y por si la noche
os cogiere en el combate,
el nombre ha de ser *amor*,
y en el último remate
de la torre estará Irene,

dando voces a los aires,
para que no la perdáis.

INFANTE. Vamos a armarnos, que es tarde.

FLORIPES. ¡El cielo os lleve con bien!

IRENE. ¡Dios os guíe!

TODOS. ¡Dios os guarde!

(Quítanse de la torre.)

ESCENAS XIV y XV

[ROLDÁN llega a presencia de FIERABRÁS para reclamarle los prisioneros en nombre de Carlomagno. El rey moro se burla de él y le muestra la torre en que morirán de hambre los cuatro paladines. ROLDÁN saca su espada y acomete al moro, al tiempo que los cuatro cautivos salen de la torre para procurarse con las armas las provisiones que les faltan.]

ESCENA XVI

(Dentro estrépito de la batalla.)

FLORIPES; IRENE, en la torre.

FLORIPES. Ya la noche aborrecida
del sol, que su luz ofende,
las negras alas extiende,
haciendo sombra a la vida,
de luto y horror vestida:
ya el sol entre luces bellas
muere, pareciendo en ellas
parasismo su arrebol,

y del cadáver del sol
cenizas son las estrellas ;
 que en sus rayos derramado,
en sus luces dividido,
es un planeta partido,
es un dios multiplicado.

Como un espejo quebrado
finge varios tornasoles,
así el sol entre arreboles,
aunque exequias se celebra,
no muere, sino se quiebra,
pues nos deja tantos soles.

Y para la pena mía
la muerte treguas no hace :
llanto soy desde que nace
hasta que fenece el día ;
desde que la noche fría
baja, hasta la aurora lucho
conmigo ; mi esfuerzo es mucho,
pues tan constante peleo,
de día con lo que veo,
de noche con lo que escucho.

Si bien parece que ya
puso a la contienda fin
la noche ; sólo un clarín
voces a los vientos da ;
llamando a su gente está ;
y pues la nuestra no tiene
clarín de metal que suene,

mandándoles recoger,
vivo clarín has de ser
de nuestro ejército, Irene.

Desde esa torre en que estás,
temerosas y veloces
el viento lleve tus voces,
que le atemoricen más.
Un norte vocal serás;
pues la campaña cubierta
de sangre ser mar concierto,
tu voz los atraiga a ti;
que yo a quien viniere aquí
le defenderé la puerta.

IRENE (Cantando.) “El manso viento que corre
mi voz lleve a los confines.
¡A la torre, paladines!
¡Caballeros, a la torre!”

Interior de la torre.

ESCENAS XVIII y XIX

[Roldán y los demás caballeros van entrando en la torre, después de pronunciar como consigna la palabra AMOR. Pero GUIDO DE BORGONA no regresa...]

OLIVEROS. Si a Guido habemos perdido,
caballeros, triste fué
la salida, pues compramos
por un precio tan cruel
la vida de cuatro días,

FLORIPES. ¡Qué poca razón tenéis
 en decir que le perdisteis!
 Paladines, no os quejéis,
 pues yo sola le he perdido.
 ¡Ay de mí! Cielos, ¿qué haré?
 ¡Oh gallardos paladines,
 honor del lirio francés!
 ¡Buena cuenta me habéis dado
 de un alma que os entregué!
 Roldán, ¿dónde vuestro primo
 quedó? ¡Habladme, responded!
 Oliveros, ¿dónde está
 vuestro amigo el más fiel?
 Ricarte, ¿dónde dejáis
 aquel vuestro deudo? Aquel
 compañero, ¿dónde queda,
 Guarinos? ¿No respondéis?
 Hacéis bien en callar todos,
 por no engañarme otra vez;
 pues todos me habéis mentido,
 todos me engañasteis, pues
 al llegar a aquesta torre,
 cuando el nombre os pregunté,
 todos dijisteis *amor*,
 y ninguno dijo bien.
 Si calláis por no decirme
 que murió, mirad que hacéis
 mayor mi pena, pues ya
 muero de una y otra vez.

Hidrópica de desdichas,
tengo dellas tanta sed,
que quiero agotarlas todas
por morirme de una vez.
No podréis decirme todos
ya más de lo que yo sé;
porque ya le he visto, ya,
dentro de mí misma hacer
piélagos de undosa sangre,
siendo su acero el desdén
del noto, cuando sacude
las espigas de una mies:
aquí derriba, allí mata,
y son ruinas de sus pies
las victorias de sus manos:
ya desmayado se ve;
despedazado el escudo,
mal guarnecido el arnés,
entre alarbes enemigos
vaga sin tino y sin ley:
ya bañado en polvo y sangre
cayó, dando el rosicler
en cada gota un rubí
y en cada perla un clavel.
Pues si yo le he visto ya
en tal desdicha, ¿por qué
todos lo queréis negar?
¿No es peor, franceses, que
esté con nùevo tormento

muriendo una y otra vez?
Dadme, pues, por nombre *muerte*,
y no *amor*, y acertaréis;
porque es muy tirana acción,
porque es piedad muy crüel,
que todos digáis *amor*,
y ninguno diga bien.

ROLDÁN. Señora, si tu desdicha
y la nuestra, pues ya es
tan una, remedjo tiene,
fíalo de mí; yo iré
al campo, y aquí te doy
palabra de no volver
sin Guido.

OLIVEROS. Todos la damos;
y de no volver sin él
vivo o muerto, el homenaje
te prometemos a ley
de Francia.

FLORIPES. A darne la vida
vais. ¡Alá os lleve con bien!,
y el nombre, cuando volváis,
sea *amor*, si le traéis
vivo, y si muerto, *fortuna*;
porque no escuche otra vez
que todos digáis *amor*,
y ninguno diga bien.



JORNADA TERCERA

ESCENA I

FLORIPES, *en la torre. (Suenan trompetas y cajas destempladas.)*

FLORIPES. No acabó con la pálida tristeza
de la noche la injusta pena mía,
pues con el día a proseguir empieza.
¡Oh!, plegue a amor que acabe con el día.
La voz primera, que la ligereza
del viento lleva, es fúnebre armonía
de ronca caja y de bastarda trompa,
que el viento hiera y que los cielos rompa.

Si estos, pues, los anuncios son primeros,
y de mal en peor van mis enojos,
¿cuáles serán (¡oh cielos!) los postreros?
Fuentes perennes llorarán mis ojos.
Mas ya evidencias son, no son agujeros
los que el campo me ofrece por despojos,
pues miro que un entierro en forma mar-
al profanar de la primera escarcha. [cha,
¿Un cadalso en el campo? ¡Triste caso!
¿Roncos los instrumentos? ¡Dura suerte!
¿Vueltas las armas? ¡Estupendo paso!
¿Las luces desmayadas? ¡Lance fuerte!

¿Arrastrar las banderas? ; Gran fracaso!
¿Acercarse hacia mí? ; Tirana muerte!
¿Evidencias no son (¡vista importuna!)
del postrer parasismo de fortuna?

ESCENA II

SOLDADOS MOROS *en orden y arrastrando banderas;*
GUIDO DE BORGONA, *atadas las manos, cubiertos
los ojos con una banda negra;* FIERABRÁS.—FLO-
RIPES.

(*Tocan cajas.*)

FIERABRÁS. ; Ah de la torre, que hoy de Amor se lla-
y del Encanto ayer! Si bien el nombre [ma.
no mudó, ni el sentido ni la fama; [bre;
que encanto es la hermosura para el homi-
y si vive encantado el hombre que ama.
no será bien que la mudanza asombre;
que el mismo nombre tiene, o monta tanto.
pues sinónimos son amor y encanto.

Decid a esa hermosura aborrecida.
a esa luz de mi esfera desatada,
estrella de mis rayos desasida,
fuerza de mi poder tiranizada
y mitad de mi alma y de mi vida,
si bien en ella está mal empleada;
a Floripes decid (mi pena es mucha)
que me escuche a esa almena.

FLORIPES.

Ya te escucha.

No, Fierabrás, la desasida estrella,
 aborrecida luz ni despreciada,
 no aquella de tu ser mitad, no aquella
 de tu imperio deidad tiranizada;
 aquella, sí, virtud más pura y bella;
 aquella, sí, beldad más celebrada,
 después que se ha negado a tus desdenes:
 Floripes, pues, te escucha; di, ¿a qué vie-
 nes?

FIER. Vengo a que sepas hoy en tus desvelos,
 vengo a que sepas hoy en tu mal fuerte,
 cómo mi muerte da muerte a mis celos,
 si muerte puede haber para la muerte.
 Este que ves en tantos desconsuelos,
 sacrificio del hado y de la suerte;
 este que miras en miseria tanta,
 ya el funesto cuchillo a la garganta,
 es Guido de Borgoña, este es tu amante;
 y por que más de mi dolor se crea,
 le traigo a que, teniéndole delante,
 el suyo y tu rigor distinto sea.
 Tú has de verle, él no a ti; porque bastante
 será a morir felice el que te vea;
 y habéis de padecer dos una muerte,
 tú con verle morir, y él con no verte.
 Marcha al cadalso con la pompa agora
 del entierro feliz que le apercibo,
 que vengarse en su honor mi honor ignora,
 y las exequias le celebro vivo.

Tú, Floripes, padece, siente y llora,
pues yo siento, padezco y lloro altivo ;
tú me das celos, yo te doy rigores ;
diga amor cuáles son penas mayores.

FLORIPES. ; Espera, aguarda, bárbaro homicida !
; Aguarda, espera, bárbaro inhumano !
(Ap.) Mas de injurias no es tiempo ; enter-
[necida
le he de obligar. ; Ah, Fierabrás ! ; Ah, her-
[mano !
; Ah, rey, dueño y señor de aquesta vida !
Mira que está pendiente de tu mano
el alma que quisiste y adoraste ;
por lo que he sido, a enternecerte baste.

Nunca el noble que amó cubrió de olvido
tanto el pasado amor ; que siempre deja
el fuego señas de que fuego ha sido.
Mis suspiros, mis lágrimas, mi queja
te muevan.

FIER. Aspid soy ; cerré el oído.

FLORIPES. Pues tanto de mi voz tu amor se aleja,
eres vil, eres monstruo, eres tirano,
ni mi rey, ni mi dueño, ni mi hermano ;
y antes que yo la muerte suya vea,
has de ver tú la mía ; y pues el hado
tan en mi daño su dolor emplea,
muera con él mi amor desesperado.
; Seguidme, pues, Irene, Arminda, Astrea !

(*Quítase de la ventana* FLORIPES.)

ESCENA III

LOS CABALLEROS FRANCESES.—DICHOS.

OLIVEROS. La ocasión a las manos ha llegado.

¡Ea, fuertes franceses!

FIER. Pues ¿qué es eso?

ROLDÁN. Nosotros, que venimos por el preso.

FIER. ¿De dónde habéis salido? ¿Por ventura
hombres armados ese monte encierra?
Cuando a un muerto francés doy sepultura
¿con cinco vivos me pagó la tierra?
Mas ya sé lo que próspera procura:
que como vivos nunca los entierra,
vivos me los ofrece todos juntos
para que se los vuelva yo difuntos.

ROLDÁN. Discursos han sido vanos
los que la lengua primero
articula que el acero.

FIER. Pues hablen, francés, las manos.

(Entranse peleando, y dejan solo a GUIDO.)

ESCENAS IV a IX

[Mientras dura la pelea salen FLORIPES, ARMINDA e IRENE y conducen a GUIDO a la torre. Los demás caballeros regresan a ella después de conseguido su objeto.]

GUIDO. A muchos debo la vida,
y he de ser forzosamente
ingrato, que a solo un dueño

la he de dar.

ROLDÁN. Nada le ofreces,
porque aunque todos pelean
y todos la empresa vencen,
los prisioneros después
sólo son de quien los prende,
y así, aunque todos salimos
a librarte y defenderte,
pues Floripes te ganó,
sólo de Floripes eres.

FLORIPES. Ya que otra vez, paladines,
nos ha juntado la suerte,
de una mujer los discursos
escuchad atentamente:

.....

Otra vez sitiados; ya
volvimos a la inclemente
ruina pasada; ¿qué alivio
tenemos que nos consuele?
¿Qué esperanza que nos valga?
¿Qué poder que nos remedie?
El más osado peligro
lo más que ofrecernos puede
es un día más de vida,
y éste pasado, se vuelve
a quedar la duda en pie.
Juntemos los pareceres
nuestros, y búsquese un medio,
a pesar de inconvenientes,

con que de una vez salgamos
de morir de tantas veces.

.....
Yo estoy dispuesta a seguiros,
porque no hay inconveniente
que rinda tan firme amor,
que fe tan pura sujete.
En la vuestra he de morir
de Guido esposa, si quiere
el cielo que con un bien
tantos pesares descuente.
No quedemos sospechosos
con este escrúpulo, este
recelo de que no hicimos
cuanto pudimos valientes.
Y mirad cómo ha de ser,
que yo altiva, osada y fuerte,
no me he dar a partido
a la fortuna inclemente,
pues la he de esperar constante,
vista a vista, frente a frente,
cara a cara, cuerpo a cuerpo;
porque así viva quien vence.

ROLDÁN.

Aunque yo callar pudiera
donde todos hablar pueden,
como mejor informado
de todo lo que sucede
en Africa y fuera della,
quiero, señora, atreverme

a tomar esta licencia.
Carlo Magno con su gente
en Aguas Muertas está,
y, piadoso, no se atreve
a combatir y postrar
aquel prodigioso puente,
porque en los presos tu hermano
rabia y cólera no vengue.
A tratar partidos vine:
el poco efecto que tiene
mi embajada, ya lo ves;
repetirle no conviene.
Digo, pues, por ir al caso,
que si avisar se pudiese
al Emperador de cómo
vivimos, y él emprendiese
ganar el puente, era fuerza
que el gran poder divirtiese
de tu hermano, siendo entonces
más flaco por menos fuerte.
Ésta es la razón de estado
más práctica; lo que tiene
de dificultad agora
es cómo avisarse puede
a Carlos.

OLIVEROS. Pues que tú diste
el consejo, me parece
que yo podré dar el modo.
Escuchad: pues en el fuerte

tenemos tantos caballos,
el más veloz se aderece,
y armado de todas armas
uno de nosotros muestre
su valor, saliendo al campo
y no a vencer, como suele,
sino a huir, porque tal vez
por más victoria se tiene.
Con industria y con valor
pase de Mantible el puente,
y avise a Carlos de todo.

INFANTE. Pues uno el consejo ofrece
y otro el arbitrio, a mí agora
dar algo me pertenece;
y así soy el caballero
que ha de salir.

GUIDO. ¿Pues no adviertes
que todos por mí arriesgasteis
la vida, y es bien que arriesgue
también la vida por todos?

RICARTE. Yo es justo que a los dos medie,
saliendo yo.

ROLDÁN. Yo he venido
con la embajada, y conviene
que vuelva con la respuesta;
que son estilos corteses
que con la respuesta vuelva
quien con el recado viene.

OLIVEROS. ¿Y qué dijera de mí

quien de mi valor creyese,
que supe dar el consejo
y que no supe emprenderle?
Bueno fuera que el hablar
me tocase solamente,
y el hacer a otro.

FLORIPES. Yo
os compondré.

ROLDÁN. Cuanto intentes
obedeceremos todos.

OLIVEROS. ¿Quién dices?

FLORIPES. Que se echen suertes
digo; así a ninguno agravio,
pues que saldrá el que saliere.

ROLDÁN. Dices bien.

GUIDO. ¿Cómo ha de ser?
Que ni aquí tinta se ofrece,
ni dados.

IRENE. Yo os lo diré.
Esta cinta partes breves
haced, tantas como sois,
y a tomar cada uno llegue
un cabo, estando en mis manos
todos, y aquel que escogiere
Floripes, ese saldrá.

[Parten la cinta con una daga y cada uno da su parte a IRENE. GUIDO es el designado por la suerte para aquel viaje peligroso.]

ESCENA X

GUIDO, FLORIPES.

GUIDO. Floripes, leyes de honor
son más que divinas leyes,
que obligaciones del gusto
en un noble pecho vencen.
Sabe el cielo que mi vida
es tuya, y sabe que siente
vivir sin ti; mas sin ti
no vive, no, sino muere.
A darte voy libertad.

FLORIPES. ¡Ay, Guido, lo que me debes!
¡Ay, Guido lo que me cuestas,
que aun de burlas no consiente
amor que yo elija otro!

GUIDO. Esa es mi suerte dos veces.

FLORIPES. No digas que suerte ha sido
la que mi mano te ofrece,
pues era fuerza que yo
entre todos te eligiese,
y lo que hubo de ser fuerza
no es bien que se llame suerte.

GUIDO. Suerte con razón la llamo,
pues me pesara de verte
nombrar a otro; dejo aparte
el valor, pues me parece
que sólo de que tu mano

tocara a la línea breve
de una cinta cuyo extremo
ajena mano tuviese,
bastara a matar de amor ;
porque hay venenos tan fuertes.
que a un valle se comunican
de hoja verde en hoja verde,
y pudo por el contacto
dilatarse y extenderse
veneno de amor, porque es
tu mano un áspid de nieve.

FLORIPES. Correspondan las finezas
ausente, como presente.

GUIDO. Siempre será tuya el alma.

FLORIPES. Y mi vida tuya siempre.

GUIDO. Quédate a Dios.

FLORIPES. El te libre.

GUIDO. El te guarde.

FLORIPES. Y él te lleve
con bien.

GUIDO. ¡Oh, qué mal se ausenta
un hombre de lo que quiere!

FLORIPES. ¡Oh, qué bien una partida
dice lo que el alma siente! (*Vanse.*)

ESCENAS XI a XIII

[CARLOMAGNO tiene preparado un ejército para vengar a los cautivos, que él cree ya muertos por la crueldad del moro. GUIDO, después de grandes trabajos, consigue llegar al campamento del EMPERADOR.]

EMPER. ¡ Guido ! ¡ Sobrino ! (Sale GUIDO.)

GUIDO. Señor,
dame tus plantas heroicas.

EMPER. Pues ¿ qué fortunas son estas ?

GUIDO. No es tiempo de hablar agora,
cuando da paso a las manos
el oficio de la boca.
Sólo te podré decir
que aquesta acción generosa
de haber pasado ese río,
siendo en verdinegras olas
un escollo fugitivo
que la corriente furiosa
de sus centros arrancó,
peñascos de algas y de ovas ;
que el haber sido piloto
sobre las cerúleas ondas
de un animado bajel,
siendo la frente la proa,
remos los pies, los estribos
costados, las ancas popa,
las guedejas jarcias, yo
la vela que el viento azota

y el timón que nos gobierna
sobre la espuma, la cola:
es pequeño triunfo, hazaña
humilde y empresa poca,
para la que has de saber.
Y pues que la priesa importa,
da, soberano señor,
asalto a esa poderosa
eminencia, de quien es
pensil el cielo, pues logra
por jardines sus esferas
y por estrellas sus rosas.
Darás libertad, señor,
no digo a tus gentes todas,
a quien bárbaro sujeta,
a quien crüel aprisiona
una fiera, pues lo es
en el nombre y en las obras,
sino a la bella Floripes,
deidad del Africa hermosa,
en cuyo divino objeto
la edad de los dioses torna.
Por ella tus caballeros
tienen vida generosa;
por ella vive la lis
de Francia en tierras remotas;
por ella de mi garganta
al cuchillo y a la sogá
se admitió la apelación,

y todo tan a su costa,
que en los brazos de la muerte
la he dejado tan dudosa,
que teme a cada suspiro
si se ahoga o no se ahoga.
Si soy tu sobrino, si eres
César, cuyo nombre asombra ;
si solicitas la vida
de cuatro deudos que agora
muertos viven, contra un rey
bárbaro las armas toma,
o volveréme otra vez
a echar a esa espuma sorda,
volviendo a morir con ellos
entre mis cenizas propias,
fénix de amor, que esta fe
debo a Floripes hermosa.

EMPER.

El que muertos pretendía
vengaros, no tendrá otras
albricias, Guido, que darte
por nuevas tan venturosas,
sino hacer lo que me pides.
Hoy verás mi vencedora
cuchilla sobre ese puente.
Cesen las funestas pompas ;
cajas el aire ensordezcan,
clarines el cielo rompan ;
que pues vivos tengo dentro
del Africa venenosa

mis paladines, es bien
haga fiestas; no se oigan
voces algunas que digan
guerra ya, sino victoria. (Tocan.)

ESCENA XV

El EMPERADOR, GUIDO, SOLDADOS y *los* CABALLEROS, *las* DAMAS, GUARÍN.—FIERABRÁS, *los* GIGANTES.

FIER. Generosos paladines,
los de la Tabla Redonda,
cuya fama de dos polos
uno y otro extremo toca,
ya libres o ya cautivos
estéis, escuchadme agora,
que quiero que os maten antes
mis palabras que mis obras.
Dentro y fuera de mi tierra
me hacéis guerra (¡acción famosa!),
porque no era para mí
bastante una empresa sola.
Y así, porque en todos juntos
tenga nombre de victoria,
sobre el puente de Mantible
os espera mi persona.
Dos gigantes me acompañan
que el Flegra abrasado aborta,
hijos del sol y la tierra,

para que a mis pies se pongan.
 Descendientes son de aquellos
 que guerra al cielo pregonan,
 o personas de dos montes,
 o montes de dos personas;
 y con todo yo os espero
 con esta cuchilla corva,
 que es del libro de la muerte
 desencuadernada hoja.
 Llegue, pues, si quiere alguno
 probar de qué suerte corta,
 antes de dar la batalla;
 y si uno solo no osa,
 subid todos, que el río Verde
 en sus profundas alcobas
 ya sepulcros os construye,
 y su corriente espumosa
 ya del nombre se despide,
 que si fué verde hasta agora,
 ha de ser de aquí adelante
 el río del Agua Roja.

EMPER. Ya sólo, bárbaro, es tiempo
 de que las cajas respondan.—
 Toca al arma, y ¡viva Francia!

FIER. ¡Viva Africa! Al arma toca.

VOCES (*Dentro.*) ¡Viva Africa!

OTRAS. ¡Francia viva!

(*Salen por la parte del EMPERADOR y pelean en
 la puente.*)

ROLDÁN. Ya se escucha que de estotra
parte se da la batalla:
acometamos agora
nosotros por este lado.

*(Suben unos por una parte y otros por otra; dase la
batalla muy reñida en lo alto, y éntranse
todos por arriba.)*

FLORIPES. Retirémonos nosotras,
pues basta que no ayudemos
nuestra patria en tal discordia,
sin ser también instrumento
de sus pérdidas.

IRENE. Señora,
muy bien lo puedes decir,
pues ya ves las fuerzas rotas
de las huestes africanas,
y el francés la puente toma.

ARMINDA. Y de la más alta almena
bárbaro un turco se arroja,
hasta llegar a tus pies.

*(Cae desde lo alto FIERABRÁS, sin espada y ensan-
grentado.)*

FIER. ¡Oh, reniego de Mahoma!
¿Agora hubo de faltarme
con que darme muerte? ¿Agora...
Pero yo me mataré
con mis manos y mi boca.

FLORIPES. Mi hermano es.

FIER. ¿Quién está aquí?

FLORIPES. ¡Ay, cielos! (*Quiere huir.*)

FIER. No, no te escondas;

que quiero, ingrata, que veas

cómo con mi muerte logras

ruinas de tu propia patria,

muerte de tu sangre propia.

De los cielos blasfemaba,

tirando con furia loca

pedazos del corazón...

Pues fuiste mi cielo, toma:

(*Arrójale la sangre.*)

bebe de mi sangre; harta

della la sed que te enoja.

• ESCENA XVI

EL EMPERADOR, *los* CABALLEROS.—DICHOS.

EMPER. ¿Adónde está Fierabrás?

FIER. Aquí está; que la victoria

aún no es tuya mientras vivo,

pues sin tiempo te coronas.

Acábame de matar,

y asegura tu persona,

si no es que después de muerto

te da la muerte mi sombra.

EMPER. Llévadle donde le curen

como a mi persona propia,

que diferencia ha de haber

- de la prisión rigurosa
de un rey bárbaro a la mía. (*Llévanle.*)
- ROLDÁN. Danos los brazos, que honran
los nuestros.
- GUIDO. Y yo merezco
lugar entre tantas honras,
siquiera por el padrino,
que esta es Floripes, mi esposa.
- EMPER. Despacio quiero ofrecirme
a vuestro servicio; agora
dadme los brazos.
- FLORIPES. Yo soy
en ser tu esclava dichosa.
- EMPER. Pues cobré mis caballeros,
asegurando la gloria,
aquesa fábrica altiva,
que el paso al Africa estorba,
en cenizas se resuelva,
para que de todas formas,
hoy *La puente de Mantible*
tenga fin con tal victoria.





LA CENA DEL REY BALTASAR

AUTO SACRAMENTAL

ESCENA I

[*El profeta DANIEL procura detener al loco PENSAMIENTO de BALTASAR, rey de Babilonia, el cual, no contento con haberse casado con la VANIDAD, va a desposarse también con la IDOLATRÍA.*]

ESCENA II

DANIEL, el PENSAMIENTO, retraídos.—*Tocan chirimías y salen BALTASAR y la VANIDAD, y por otra parte la IDOLATRÍA, bizarra, y acompañamiento.*

BALTASAR. Corónese tu frente
de los hermosos rayos del Oriente,
si ya la pompa suya
no es poca luz para diadema tuya;
gentil Idolatría,
reina en mi imperio y en el alma mía.
En hora feliz vengas
a la gran Babilonia, donde tengas

en mi augusta grandeza
dosel debido a tu imperial belleza,
rindiéndose a tus plantas
cuantas estatuas, cuantas
imágenes y bultos
dan holocaustos y fabrican cultos
a tu aliento bizarro,
en oro, en plata, en bronce, en piedra, en
IDOLAT. Baltasar generoso, [barro.
gran rey de Babilonia poderoso,
cuyo sagrado nombre,
porque al olvido, porque al tiempo asombre,
el hebreo sentido
le traduce *tesoro*, que escondido
está; la Idolatría,
emperatriz de la mansión del día
y reina del Oriente,
donde joven el sol resplandeciente
más admirado estuvo,
de quien la admiración principio tuvo,
hoy a tu imperio viene
por el derecho que a tus aras tiene;
pues desde que en abismos sepultado
del gran diluvio el mundo salió a nado,
fué este imperio el primero
que introdujo, político y severo,
dando y quitando leyes,
la humana idolatría de los reyes,
y la divina luego

de los dioses en lámparas de fuego.
 Nemrod hable adorado,
 y Moloc, en hogueras colocado,
 pues los dos merecieron este extremo :
 Nemrod por rey, Moloc por dios supremo :
 de donde se siguieron
 tantos ídolos, cuantos hoy se unieron
 a estas bodas propicios,
 pues las ven, en confusos sacrificios,
 treinta mil dioses bárbaros, que adoro
 en barro, en piedra, en bronce, en plata.
 [en oro.]

PENS. (*Ap. a Daniel.*) Aquesta sí que es vida :
 haya treinta mil dioses a quien pida
 un hombre, en fin, lo que se le ofreciere,
 porque éste otorgue lo que aquél no diere,
 y no tú, que importuno
 tienes hartos con uno,
 que de oílo me espanto.
 ¿Y un solo Dios puede acudir a tanto
 como tiene que hacer?

DANIEL. (*Ap. al PENSAMIENTO.*) Cuando lo sea,
 en más su mano universal se emplea.

DALTASAR. Habla a la hermosa Vanidad, que ha sido
 mi esposa ; y pues las dos habéis nacido
 de un concepto, a las dos unir procura
 mi ambición. ¡Qué belleza ! ¡Qué hermo-
 [sura !

(*Mirando a las dos y él en medio.*)

- IDOL. Dame, soberbia Vanidad, los brazos.
VANIDAD. Eternos han de ser tan dulces lazos.
IDOL. Envidia la beldad tuya me diera,
si lo divino que envidiar tuviera.
VANIDAD. Celos tu luz me diera, por los cielos;
pero la Vanidad no tiene celos.
BALTASAR. (*Ap.*) Un día me amanece en otro día,
y entre la Vanidad e Idolatría,
la más hermosa, el alma temerosa
duda, porque cualquiera es más hermosa,
cuando con el aplauso lisonjero
rey me apellido y dios me considero.
IDOL. ¿De qué te has suspendido?
VANIDAD. ¿De qué te has divertido?
BALTASAR. Tu gran beldad ; oh Idolatría ! me admira ;
tu voz ; oh Vanidad ! dulce me inspira,
y así, porque divierta mi tristeza,
movido de tu aliento y tu belleza,
hoy a las dos pretendo
desvanecer y enamorar, haciendo
la Idolatría alarde de mis glorias,
cuando la Vanidad de mis victorias.
.....
- IDOL. A tus pies verás que estoy,
siempre firme y siempre amante.
VANIDAD. Siempre, Baltasar, constante
luz de tus discursos soy.
IDOL. Y si a los dioses te igualas,
yo por dios te haré adorar.

- VANIDAD. Yo, porque puedas volar,
daré a tu ambición mis alas.
- IDOL. Sobre la deidad más suma
coronaré tu arrebol.
- VANIDAD. Yo, para subir al sol,
te haré una escala de pluma.
- IDOL. Estatuas te labraré
que repitan tu persona.
- VANIDAD. Yo al laurel de tu corona
más hojas añadiré.
- BALTASAR. Dadme las manos las dos;
¿quién de tan dulces abrazos
podrá las redes y lazos
romper?
- DANIEL. ; La mano de Dios!
- BALTASAR. ¿Quién tan atrevido aquí
a mis voces respondió?
- PENS. Yo no he sido.
- BALTASAR. ¿Pues quién?
- DANIEL. Yo.
- BALTASAR. Pues, hebreo, ¿cómo así
os atrevéis vos, que fuisteis
en Jerusalén cautivo?
¿Vos, que humilde y fugitivo
en Babilonia vivisteis?
¿Vos, misero y pobre; vos
así me turbáis? ¿Así?
¿Quién ya libraros de mí
podrá?

- DANIEL. La mano de Dios.
- BALTASAR. ; Tanto puede una voz, tanto,
que de oírla me retiro!
De mi paciencia me admiro,
de mi cólera me espanto.
Enigma somos los dos;
cuando tu muerte pretende
mi furor, ¿quién te defiende,
Daniel?
- DANIEL. La mano de Dios.
- PENS. ; Lo que en la mano porfía!
- VANIDAD. (A BALTASAR.) Déjale; que su humildad
desluce mi vanidad.
- IDOL Y su fe mi idolatría.
- BALTASAR. Vida tienes por las dos.—
Y que viva me conviene,
porque vea que no tiene
fuerza la mano de Dios.

ESCENA IV

[La MUERTE se ofrece a DANIEL para ejecutar en BALTASAR la cólera divina. DANIEL detiene a la MUERTE porque antes quiere apurar todos los medios para atraer al rey soberbio e idólatra al cumplimiento de la ley de Dios.]

- DANIEL. (A la MUERTE.) Baltasar quiere decir
tesoro escondido, y yo
sé que en los hombres las almas
tesoro escondido son.

Ganarle quiero; y así
sólo licencia te doy
para que a Baltasar hagas
una notificación.
Recuérdale que es mortal,
que la cólera mayor
antes empuña la espada
que la desnuda; así yo
que la empuñes te permito,
mas que la desnudes, no

ESCENAS V a IX

[*El PENSAMIENTO conduce a la MUERTE a presencia de BALTASAR, el cual oye con sobresalto las amenazas de aquélla. El recuerdo de la caducidad de las cosas humanas y la fealdad de la MUERTE inevitable producen honda impresión en su espíritu. VANIDAD e IDOLATRÍA vienen a disipar sus tétricos pensamientos.*]

IDOL. ¿Qué ha sido esto?

BALTASAR. No lo sé.

Una sombra, una ilusión
que ocupó mi fantasía,
que mi discurso ocupó;
pero ya se fué la sombra,
desvaneciendo su horror.
¿Qué mucho que temerosa
la noche huyese, si vió
que en vuestros ojos divinos
madrugaba el claro sol?

Y no a los míos parece
que solamente salió
esa luz que me ilumina,
que me alumbra ese esplendor,
sino a todo el jardín, pues
oscuro el rubio arrebol
del sol estaba hasta veros,
y viéndoos amaneció
segunda vez, porque como
dos soles y auroras sois,
él no se atrevió a salir
sin licencia de las dos.

VANIDAD. Sí, soles somos y auroras,
por su antigua adoración;
el sol es la Idolatría,
yo la aurora, que inferior
soy a los rayos; y así,
a ella debe el resplandor
el valle que goza, pues
cuando entre sombras durmió,
no la despertó la aurora,
que otro sol la despertó.

IDOL. Concedo que aurora seas,
y concédote que soy
yo el sol, por rendirme a ti;
porque al hermoso candor
de la aurora el sol le debe
todo el primero arrebol;
y así, siendo la primera

su luz, que le iluminó,
la luz de la aurora ha sido
más bella que la del sol,
pues salió primera al valle
y antes que él amaneció.

PENS. La hermosura y el ingenio
se compiten en las dos;
y pues convida el jardín
con la dulce emulación
de las flores y las fuentes,
sobre el lecho que tejió
para sí la primavera
os sentad. Lisonjas son
los pájaros y las ramas,
haciendo blando rumor
al aire, que travesea
entre las hojas veloz,
donde aromas de cristal
y pastillas de ámbar son
las fuentecillas risueñas
y el prado lleno de olor.

(*Siéntanse todos; en medio* BALTASAR. *La IDOLATRÍA
le quita el sombrero y con el penacho le hace aire.*)

IDOL. Yo con el bello penacho
de las plumas que tejió
la Vanidad, escogidas
de la rueda del pavón,
te haré aire.

PENS. Pues ¿conmigo

no fuera mucho mejor,
que soy sutil abanillo
del pensamiento? Aunque no;
que más parezco en la cara
abanillo del Japón.

VANIDAD. Yo con música cantando
pararé el aire a mi voz.

BALTASAR. La música del aurora
no me sonara mejor,
cuando saludando al día,
entre uno y otro arrebol,
le daban la bienvenida,
perla a perla y flor a flor.

VANIDAD. *(Cantando.) Ya Baltasar es deidad
pues le rinde en este día
estatuas la Idolatría
y templos la Vanidad.*

ESCENAS X a XV

[BALTASAR se duerme en el jardín, arrullado por las caricias de sus dos esposas. De pronto se le aparece en sueños la estatua de Nabucodonosor, con el cuerpo de distintos metales y los pies de barro. La estatua hace a BALTASAR funestas predicciones. Aterrado por aquella visión, despierta con sobresalto, y dice:]

BALTASAR. ¡Ay de mí! La Vanidad
es la breve flor de almendro;
la Idolatría, la rosa
del sol; aquélla, al primero

suspiro se rinde fácil
a las cóleras del cierzo;
esta, a la ausencia del día
desmaya los rizos crespos;
¡breve sol y breve rosa
de las injurias del tiempo!

ESCENA XVI

BALTASAR, *el PENSAMIENTO, la IDOLATRÍA.*

Idol. No ha de vencer mis glorias
una voz, ni un engaño mis victorias;
triunfe la pompa mía,
en esta noche, de la luz del día.—
Baltasar, soberano
príncipe, rey divino más que humano;
mientras que suspendido
diste al sueño la paz de tu sentido,
treguas del pensamiento,
mi amor, a tus aplausos siempre atento,
velaba en tus grandezas,
que no saben dormirse las finezas.
Una opulenta cena,
de las delicias y regalos llena
que la gula ha ignorado,
te tiene prevenida mi cuidado,
adonde los sentidos
todos hallan sus platos prevenidos.
En los aparadores

la plata y oro brillan resplandores,
y con ricos despojos
hartan la hidropesía de los ojos.
Perfumes lisonjeros
son aromas de flores, en braseros
de verdes esmeraldas,
que Arabia la feliz cría en sus faldas
para ti solo, plato
que el hambre satisface del olfato.
La música acordada,
ni bien cerca de ti, ni retirada,
en numeroso acento suspendido,
brinda a la sed con que nació el oído.
Los cándidos manteles,
bordados de azucenas y claveles,
a dibujos tan bellos,
que hace nuevo valor la nieve en ellos,
son al tacto suave
curiosidad, que lisonjearle sabe.
Néctares y ambrosías,
frías bebidas (basta decir frías),
destiladas de rosas y azahares,
te servirán a tiempo entre manjares,
porque con salva y aparato justo
alternen con las copas hoy al gusto;
y porque aquestas sean
en las que más tus triunfos hoy se vean,
los vasos que al gran Dios de Israel sagra-
trujo Nabucodonosor, robados [dos

de aquella gran Jerusalén, el día
que al Oriente extendió su monarquía,
manda, señor, traellos;
hoy a los dioses brindarás con ellos,
profanando el tesoro
de su templo los ídolos que adoro.
Postres serán mis brazos,
fingiendo redes y inventando lazos,
cifrando tus grandezas,
tus pompas, tus trofeos, tus riquezas,
este maná de amor, donde hacen plato
olfato, ojos y oídos, gusto y tacto.

BALTASAR. En viéndote me olvido
de cuantos pensamientos he tenido,
y despierto a tu luz hermosa, creo
más que lo que imagino lo que veo;
sólo tu luz podía
divertir la fatal melancolía
que mi pecho ocupaba.

PENS. Eso sí ¡vive el cielo! que esperaba,
según estás de necio,
que de tal cena habías de hacer desprecio...

BALTASAR. Los vasos que sirvieron en el templo,
eterna maravilla sin ejemplo,
a sacerdotes de Israel, esclavo,
sírvanme a mí también.

PENS. Tu gusto alabo.

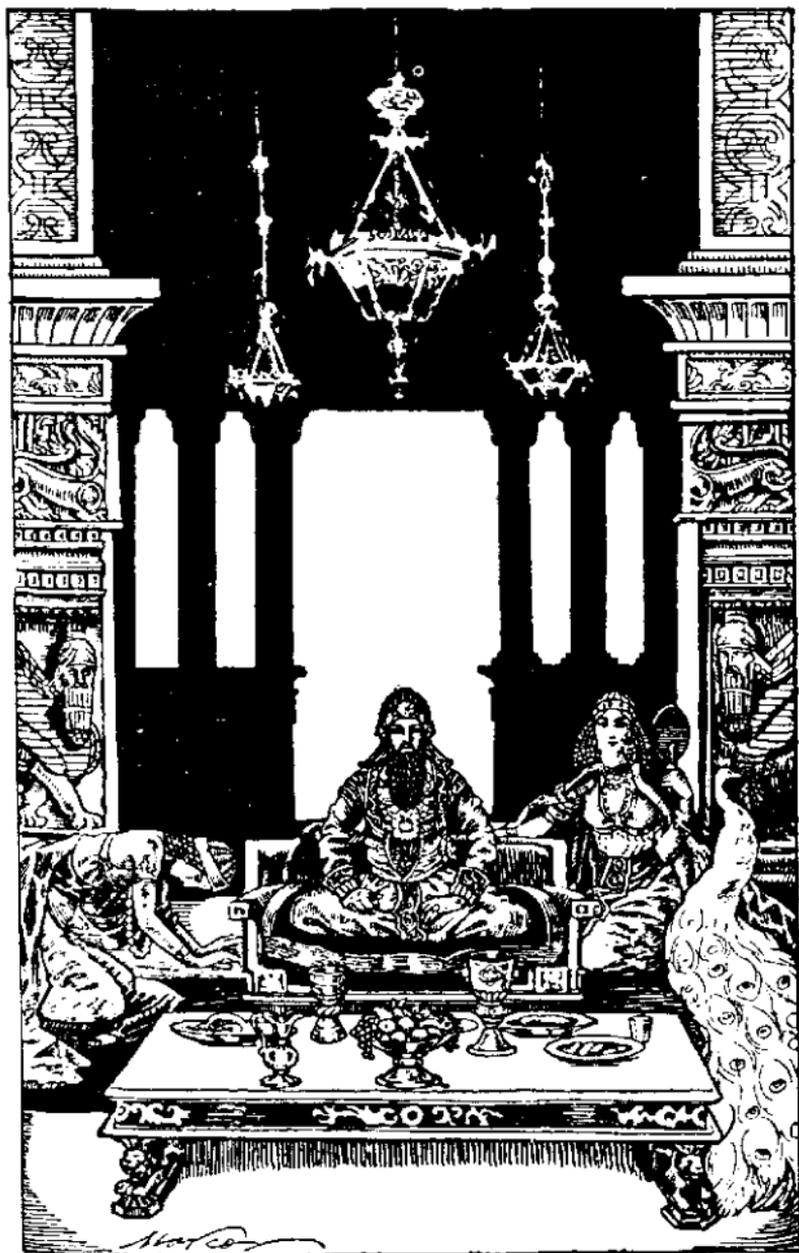
ESCENAS XVII a XIX

[*Viene la VANIDAD con los vasos sagrados. Empieza el banquete sacrilego con gran pompa. Cantan los músicos:*]

*Esta mesa es este día
altar de la Idolatría,
de la Vanidad altar;
pues adornan sin ejemplo
todos los vasos del templo
la cena de Baltasar.*

[*La MUERTE, mezclada con los criados que sirven a la mesa, da a beber a BALTASAR un vino envenenado. Se oye un gran estampido y aparece en la pared una mano que señala las palabras: MANÉ, TECHÉL, FARÉS. Nadie puede interpretar el sentido de aquellas letras misteriosas. En medio de gran confusión sale DANIEL y dice:*]

DANIEL. *Mané dice que ya Dios
ha numerado tu reino;
Techél, y que en él cumpliste
el número, y que en el peso
no cabe una culpa más;
Farés, que será tu reino
asolado y poseído
de los persas y los medos.
Así la mano de Dios
tu sentencia con el dedo
escribió, y esta justicia
la remite por derecho*



"Esta mesa es este día
altar de la Idolatría."

al brazo seglar ; que Dios
la hace de ti, porque has hecho
profanidad a los vasos,
con baldón y con desprecio ;
porque ningún mortal use
mal de los vasos del templo,
que son a la ley de gracia
reservado sacramento,
cuando se borre la escrita
de las láminas del tiempo.
Y si profanar los vasos
es delito tan inmenso,
oíd mortales, oíd,
que hay vida y hay muerte en ellos,
pues quien comulga en pecado
profana el vaso del templo.

(BALTASAR y la MUERTE éntranse luchando, y tras
ellos el PENSAMIENTO.)

ESCENA XX

IDOL. ¡Quién viera la clara luz
de la ley de gracia, cielos,
que ahora es la ley escrita!

(Sale la MUERTE, de galán, con espada y daga, y el
manto lleno de muertes.)

MUERTE. Bien puedes verla en bosquejo
en la piel de Gedeón,
en el maná del desierto,

en el panal de la boca
del león, en el cordero
legal, en el pan sagrado
de proposición.

DANIEL.

Y si esto
no lo descubre, descubra
en profecía este tiempo
esta mesa transformada
en pan y vino; estupendo
milagro de Dios, en quien
cifró el mayor Sacramento.

*(Descúbrese, con música, una mesa con pie de altar y
en medio un cáliz y una hostia, y dos
velas a los lados.)*

IDOL.

Yo, que fuí la Idolatría,
que di adoración a necios
ídolos falsos, borrando
hoy el nombre de mí y de ellos,
seré Latria, adorando
este inmenso Sacramento.—
Y pues su fiesta celebra
Madrid, al humilde ingenio
de don Pedro Calderón
suplid los muchos defectos,
y perdonad nuestras faltas
y las suyas, advirtiendo
que nunca alcanzan las obras
donde llegan los deseos.



LA VIÑA DEL SEÑOR

AUTO SACRAMENTAL

País montañoso: al fondo un viñedo, cerrado con su cerca, y una torre, que sirve de lagar y atalaya.

ESCENA I

Salen por una parte el LUCERO DE LA NOCHE, y por otra la MALICIA, como oyendo a lo lejos lo que cantan dentro el LUCERO DEL DÍA y toda la MÚSICA.

LUC. I.^o *(Dentro.) Jornaleros de la vida,
que a providencias de Dios
pan de ángeles cogisteis,
sembrando pan de dolor,
¡venid a mi voz!*

MÚSICA. *¡Venid a mi voz!*

LUC. I.^o *Que el sueldo que os dió el Señor de la
igual os dará de la viña el Señor. [mies,*

MÚSICA. *Que el sueldo que os dió el Señor de la
igual os dará de la viña el Señor. [mies,*

MALICIA. *¿Qué misteriosas voces
saludan hoy al día,
alternando veloces*

- del ritmo de la métrica armonía
 las cláusulas suaves
 con las hojas, las fuentes y las aves?
- LUC. 2.º ¿Qué misteriosa salva
 tan festiva hoy madruga,
 que al llorar de la aurora, al reír del alba,
 risas aumenta y lágrimas enjuga,
 a cuyo acorde acento
 en aves, fuentes y hojas calma el viento?
- MALICIA. El orbe suspendido
 yace al ver que en sus cóncavos más huecos
 no hay parte en que no suene repetido
 el balbuciente idioma de los ecos.
- LUC. 2.º Aun los troncos más áridos, más secos,
 rejuvenecen al templado canto.
- MALICIA. Sola yo absorta...
- LUC. 2.º Solo yo adormido...
- MALICIA. Sierpe al conjuro...
- LUC. 2.º Víbora al encanto...
- MALICIA. Toda horror...
- LUC. 2.º Todo espanto...
- MALICIA. Su frase ignoro...
- LUC. 2.º Ignoro su sentido...
- LOS DOS. Por más que articular oiga esparcido
 en átomos al céfiro veloz...
- MÚSICA. *¡Venid a mi voz!*
Que el sueldo que os dió el Señor de la
igual os dará de la viña el Señor. [mies,
- LUC. 2.º Mas ¡ay de mí! ¿qué mucho

- que admire el nuevo cántico que escucho?...
- MALICIA. Mas ¡ay de mí! ¿Qué extraño
que tema el nuevo cántico en mi daño?
- LUC. 2.º Cuando es objeto de mi devaneo...
- MALICIA. Cuando término es de mi suspiro...
- LUC. 2.º Nuevo alcázar que allí labrado miro.
- MALICIA. Nueva heredad que allí plantada veo.
- LUC. 2.º Lo que oigo dudo.
- MALICIA. Lo que dudo creo.
- LUC. 2.º ¿Qué pirámide altiva será aquella
que a coronar de la mayor estrella
su chapitel tan elevado sube,
que empieza torre y se remata nube?
- MALICIA. ¿Qué fértil viña bella,
que hasta hoy no vi, será la que, cercada,
tanto sobre las bardas se descuella,
que deja ver en ella,
de fértiles verdores coronada,
los laberintos de amorosas lides
con que se enlazan pámpanos y vides?
- LUC. 2.º ¿Qué fuera (¡ay, infeliz!) que la alta torre,
de la viña atalaya, unión tuviera
con aquel canto?
- MALICIA. ¡Ay, infeliz! ¿Qué fuera
que aquella voz que tan sonora corre
con este hermoso pago conviniera?
- LUC. 2.º ¿Dándome en lo frondoso de su esfera
hoy las mismas fatigas
las vides, que me dieron las espigas?

MALICIA. ¿Dándome hoy en sus dos frutos opimos
las ansias que los haces, los racimos?

LUC. 2.º Y es sin duda, pues que dijo,
convidando a su labor...

MALICIA. Y es sin duda, pues llamando
a su afán, dijo el pregón...

LOS DOS Y MÚSICA.

*Jornaleros de la vida,
que a providencias de Dios
pan de ángeles cogisteis,
sembrando pan de dolor,
¡venid a mi voz!
Que el sueldo, etc.*

LUC. 2.º ¿Qué Señor ni qué viña? ¿De la era
del sembrador divino,
el Padre de Familias no lo era?

MALICIA. ¿El Padre de Familias no es quien vino
a conducir obreros,
igualando primeros y postreros?

LUC. 2.º Pues ¿cómo de la siega
a la vendimia pasa?

MALICIA. Pues ¿cómo si es que llega
a fabricar plantel, lagar y casa,
en dos sacras parábolas le infiero
una vez labrador y otra cordero?

LUC. 2.º ¡Oh quién, ya que la gracia y la hermosura
perdió, perdido hubiera
la ciencia, pues con eso no tuviera
que batallar en mí la conjetura!

- MALICIA. ¡Quién, ya que me llamó docta escritura
entre las sombras de la edad presente,
depravado delirio de la mente,
ofuscara la luz de la futura!
- LUC. 2.º Y pues mi pena dura...
- MALICIA. Y pues mi ansia tirana...
- LUC. 2.º No hay con quien más se desvanezca vana...
- MALICIA. No hay con quien más sus senos desabro-
[che...
- LUC. 2.º Me iré a valer de la Malicia humana.
- MALICIA. Consultaré al lucero de la noche.

[Ambos se ponen de acuerdo para oponerse a los designios del Altísimo.]

ESCENA II

[El PADRE DE FAMILIAS instituye heredero de la viña al HIJO, el cual, queriendo aumentar el premio de los que acudan a cultivarla, canta alternando con el LUCERO DEL DÍA lo que sigue:]

- LUC. I.º *Jornaleros de la vida,
que sujetos a hambre y sed
bebéis de lágrimas agua
y pan de dolor coméis...*
- HIJO. *El gran Padre de Familias,
atento a vuestro interés,
llama a los que trabajáis
para que no trabajéis.*
- LOS DOS. *¡Venid y veréis!...*
- MÚSICA. *¡Venid y veréis!...*

LOS DOS. *Que el que labra en su propio provecho
convierte el afán de pesar en placer.*

MÚSICA. *Que el que labra, etc.*

ESCENAS III a VI

[*La GENTILIDAD y el HEBRAÍSMO han oído aquellos dulces cánticos, cuyas armonías han llenado el mundo. Pero la GENTILIDAD no encuentra de dónde proceden aquellas voces, porque anda siempre por caminos floridos y placenteros. El HEBRAÍSMO, en cambio, como más acostumbrado a trepar por las ásperas peñas, llega a las puertas de la heredad prometida.*]

ESCENAS VII a XIII

[*El PADRE DE FAMILIAS entrega la viña al HEBRAÍSMO, a condición de que éste le pague diezmos y primicias. La MALICIA acecha ocasión favorable para destruir tantos bienes. Arrebata los vestidos a la INOCENCIA y disfrazada de este modo consigue que el HEBRAÍSMO la admita en su compañía.*]

ESCENA XIV

La MÚSICA, el HEBRAÍSMO.—Salen de villanos y villanas todos los que puedan, y entre ellos el LUCE-RO 2.º, y detrás la SINAGOGA, esposa del HEBRAÍSMO.

HEBR. Hermosa esposa mía,
 en cuya gran belleza
 segunda vez empieza
 a amanecer el día,
 pues no había sol donde tu sol no había,

- muy bien venida seas.
- SINAG. Fuerza es ser bien venida
la que, buscando en ti su media vida,
halla la entera luz de sus ideas.
- HEBR. Entra en tu posesión, que es bien que veas
que supo mi firmeza
buscar también empleo
en que hallase el deseo,
con no menor fineza,
templo que consagrar a tu belleza.
- SINAG. Informada venía
de esta amena heredad y su hermosura ;
mas que juzgué asegura
bien que me desconfía
que ajena sea y que la llames mía.
Si la hubieras comprado
y propia tuya fuera,
aun siendo tal, mejor me pareciera ;
pero esto de arrendado,
para tener de ajeno bien cuidado,
no sé si lo condeno,
mas sé que no lo apruebo cuando toco
que propio albergue es mucho aun siendo
[poco,
y mucho albergue es poco, siendo ajeno.
Y con todo, mi amor, de afectos lleno,
por no dar a entender que esto sentía,
y en desdén de la heroica altivez mía,
algún villano note

que el sentimiento era obligar mi dote,
sabiendo que había un hombre
que, para descuidarte en la existencia
del campo, por su crédito y su nombre,
de agricultor hoy goza la excelencia,
le he recibido.—Llega a su presencia.

LUC. 2.º Dame tus pies.

HEBR. Levanta.

MALICIA. (Ap.) ¿Qué miro? Mas su astucia ¿qué
[me espanta?

HEBR. ¿De dónde eres?

LUC. 2.º Distante patria bella
de imperial corte fué mi primer cuna.

HEBR. Pues ¿por qué la dejaste?

LUC. 2.º Una fortuna
deshecha fué quien me obligó a perdella,
bien que las ciencias no, que aprendí en

HEBR. ¿Cómo te llamas? [ella.

LUC. 2.º Genio.

HEBR. ¿Y sabes con primor la agricultura?

LUC. 2.º No hay árbol, planta o flor que de mi inge-
la oculta cualidad tenga segura. [nio

[*Ha llegado el mes de octubre, los racimos están ya en sazón y todos parten gozosos a la vendimia.*]

ESCENA XV

(Llaman a la puerta.)

ISAÍAS. (Dentro.) ¡Abrid, pues cosa es cierta
que no es ladrón quien viene por la puerta!

- HEBR. Abrid; veamos quién llama de estos mo-
[dos.
- ISAÍAS. (*Saliendo.*) La salud del Señor asista en to-
- HEBR. Aunque te reconozco por criado [dos.
del Padre de Familias, y a su lado
te vi, pensé que hacerme creer querías,
en la pausa que hiciste, que tú eras
la salud del Señor; y bien pudieras,
si usando las hebreas frases mías,
nos dices a entender ser Isaías.
Pero, seas quien fueres,
dime a qué fin me buscas y qué quieres.
- ISAÍAS. —El gran Padre de Familias,
viendo que la edad es esta
del año en que, agradecida
al cielo, rinde la tierra
sus mejores frutos, pues
cuando la fértil cosecha
del trigo en agosto acaba,
testigo septiembre, empieza
en octubre la del vino,
como en misteriosas prendas
de ser juntos vino y pan
sus más altas providencias.—
El gran Padre de Familias
(otra vez a decir vuelvo),
salud conmigo te envía,
y de su parte me ordena
que en la vendimia te asista,

para saber lo que de ella
por su primicia le toca;
con que tendrás esta deuda
pagada, mientras tras mí
otro por los diezmos venga.

HEBR. ¿Con tanta puntualidad
cobra ese Señor sus deudas?

ISAÍAS. Sí, que nunca este Señor
quiere que el tiempo se pierda.

.....
(Vase ISAÍAS a recorrer la heredad.)

ESCENAS XVI a XIX

MALICIA. Quien viene a cobrar, ¡qué dueño
viene del deudor! Apenas
hizo en ti reparo.

SINAG. ¡Que esto
mis vanidades consientan!

HEBR. ¿No vais con él? ¿Qué esperáis?
¿Antes tanta diligencia,
y tanta pereza ahora?

TODOS. El despecho no es pereza.

(Los zagales se marchan protestando contra ISAÍAS.)

.....
MALICIA. (Ap. a LUCERO.) Malcontento el pueblo va;
Lucero, aviva su queja.

LUC. 2.º Ayuda tú, que no en vano
rompido habemos la cerca.

- trabajar para nosotros
fué, con que la viña es nuestra,
pues es nuestra la fatiga.
- TODOS. Claro está, que sólo de ella
es dueño nuestro sudor.
- ISAÍAS. Primero que lo consienta
mi lealtad...
- HEBR. Porque no clame,
ni puedan llegar sus quejas
al Padre de las Familias,
¡muera a nuestras manos!
- TODOS. ¡Muera!
y a instrumento que le dé
más dolor y menos priesa.
- ISAÍAS. ¡Ay, no de mí, mas de quien
la salud de Dios desprecia!
(*Matan a ISAÍAS.*)

ESCENA XX

[*Viene JEREMÍAS —alteza de Dios— a cobrar el diezmo de parte del Señor. Todos lo reciben a pedradas y él huye exclamando:*]

- JEREMÍAS. ¡Ay, no de mí, más de quien
la Alteza de Dios desprecia!

ESCENAS XXI a XXVI

[*Para celebrar el fin de la servidumbre a que estaban sometidos, la SINAGOGA ofrece al HEBRAÍSMO un gran banquete, con músicas, fiestas y regocijos de to-*

das clases. El LUCERO DEL DÍA viene a predicar penitencia a los mortales. El HEBRAÍSMO le manda encerrar en oscuro calabozo.

Al final del banquete, la SINAGOGA pide a su esposo que le presente en una bandeja de plata la cabeza del LUCERO DEL DÍA. El HEBRAÍSMO accede a su deseo, afirmando con este nuevo crimen su abierta rebeldía contra la ley divina.]

Morada del Padre de Familias.

ESCENA XXVII

La INOCENCIA, el PADRE DE FAMILIAS y el HIJO.

INOCENCIA. ¡ Ah de la sacra soberana esfera,
trono, dosel y silla
del Padre universal de las Familias!
(*Salen el PADRE y el HIJO.*)

PADRE. ¿ Qué quieres, Inocencia?

INOCENCIA. Mandásteme que viviera
en tu viña; a ella no entré,
porque la Malicia fué
bastante a dejarme fuera,
no sólo vencida, pero
desnuda; de cuyo ultraje
resultó que con mi traje
la Sinagoga y su fiero
pueblo se prevaricase,
haciendo que con violencia
negándote la obediencia,
tus enviados matase.

De suerte que...

PADRE.

No prosigas,
no al dolor añadas, no,
de haberlo previsto yo,
el de que tú me lo digas.

.....

Sus cercas derribaré;
esté a las fieras desierta. (*Llora el HIJO.*)
Y aun ellas, árida y yerta,
sin yerba la hallen, porque
en lóbrego seno frío,
ni el sol la dé su esplendor,
ni las nubes su candor,
ni la aurora su rocío.

HIJO.

¡Pereza, pues, al severo
decreto de mis enojos!
No en abrasados despojos,
Padre, arda, sin que primero
consideres que plantaste
para mí esa viña bella,
y que a dos luces en ella
mi mayorazgo fundaste.

.....

Consérvala al esperado
tiempo de otra edad futura,
no perezca la figura
hasta ver lo figurado.

Si sientes verla en poder
de tan ingrato rentero,

yo iré, como tu heredero,
a tomar la cuenta y ver
si le puedo reducir
a tu obediencia; pues sé
que tu honra y tu gloria fué
que te lleguen a pedir
perdón; para cuyo efeto
con él quedaré después
a ser yo tu obrero, pues
a mí me tendrán respeto.

.....

Pues para que llegue a dar
el grano cosecha inmensa
el hombro pondré a la prensa
de la viga del lagar.

Envíame a ser tu obrero
en la viña de Israel.

PADRE. ¡Ay, que es pueblo muy cruel!
HIJO. Pues, ¿qué más honor si muero
 por reducirle? Y no harán,
 que para obrar, albedrío
 tienen.

PADRE. Ve, por hijo mío
 quizá te venerarán;
 yo al mundo le argüiré,
 si no atiende a esta piedad,
 que mi Hijo no perdoné
 por guardarle a él la heredad
 de la viña que planté. *(Vase.)*

HIJO. Espera que mi clemencia
 redimirá su injusticia
 si a desterrar su Malicia
 va conmigo mi Inocencia.

.....

ESCENAS XXVIII a XXXI

[El HIJO se dirige a la viña acompañado por la INOCENCIA.]

HIJO. ¡Qué fragoso es el camino!
 Apenas la planta estampo
 en yerba que no sea abrojo,
 en terrón que no sea cardo.

[En la heredad reciben al HIJO triunfalmente. Pero la SINAGOGA, la MALICIA y el LUCERO DE LA NOCHE convierten pronto los triunfos en espinas. Convencen al HEBRAÍSMO de que debe deshacerse del heredero de la viña para quedar como dueño absoluto de ella. El pueblo pide a voces su muerte, obligándole a llevar a cuestas el leño del lagar, que ha de ser instrumento de tortura.]

HEBR. El mismo al hombro le lleve.

HIJO. A su grave peso caigo
 rendido. ¿Dónde mi pena
 descanso hallará?

INOCENCIA. En mis brazos.

HIJO. Sí, que sólo en ti, Inocencia,
 tiene igual pasión descanso.
 Y pues en la mies del trigo
 fui grano mortificado

por ti, por ti sea en la viña
racimo exprimido, dando
en la viña y en la mies
sagrada materia entrambos
a la misteriosa forma
del Sacramento más alto.

ESCENAS XXXII a XXXIX

[*Al morir el HIJO la tierra se estremece y el trueno ronca en los aires. Huyen la SINAGOGA, la MALICIA y el LUCERO DE LA NOCHE temiendo las iras del Eterno.*]

[*La GENTILIDAD se encarga de castigar al HEBRAÍSMO esparciendo por el mundo al pueblo de Israel. El HIJO deja en herencia a todos los hombres el Sacramento de la Eucaristía, al cual se acercarán todos, iluminados por la Fe.*]

INOCENCIA. Y pues es de perdón día,
merezca perdón el auto,
porque a vuestros pies gozosos
una y mil veces digamos...

MÚSICA y TODOS.

*A tan alto Sacramento
venere el mundo postrado,
suplicando en la fe el oído,
gusto, olor, sabor y tacto.*





INDICE

	<u>PÁGS.</u>
LA VIDA ES SUEÑO.....	5
EL ÁLCALDE DE ZALAMEA.....	71
EL PRÍNCIPE CONSTANTE.....	127
CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR..	181
LA PUENTE DE MANTIBLE.....	243
LA CENA DEL REY BALTASAR.....	291
LA VIÑA DEL SEÑOR.....	309



